

LOUIS BRUHNKE

Sufridor

el caballito criollo que llegó a Alaska



Emecé Editores

Louis y Vladimir

Recuerdo muy poco de mi madre. Recuerdo que fue la única de los caballos que me dejaba acercarme cuando era pequeño. Ningún otro me dejó llegar tan cerca. Recuerdo también la leche tibia que mamaba metiendo la cabeza bajo su panza.

A la mañana cuando me despertaba, ella siempre estaba parada a mi lado. Tocaba su nariz con la mía y yo sentía su aliento y los rayos del sol en mi pelo. Pero un día, cuando tenía apenas dos meses, me desperté solo. Busqué y busqué, y cuando al fin encontré a mi madre, estaba tendida lejos de mí. Me acerqué y le toqué la nariz, pero no se movió. Su aliento cálido ya no salía de su boca.

El señor Sáenz era el dueño del campo donde nací. No supo por qué había muerto mi madre, pero se ocupó de mí. Sus hijas me visitaban y me traían avena y me decían "pobre huerfanito".

Había muchos otros caballos en el campo. Algunos eran hermanos y medio hermanos míos, todos más grandes que yo, y más fuertes. Cuando llegó la hora de ponerme un nombre, el señor Sáenz me miró y habló.

Pobre peticito. Has tenido que soportar mucho. Te llamaremos "Sufridor".

Al crecer veía cada vez menos al señor Sáenz y a sus hijas. A veces los peones me montaban, pero en general preferían caballos más grandes, así que yo pasaba el tiempo pastando tranquilo. Me habría quedado para siempre allí, y ustedes nunca habrían oído de mí, si no fuera por unas palabras que llamaron la atención del señor Sáenz.

Era un día de primavera. Un amigo le propuso que conociera a dos hombres que buscaban caballos especiales para emprender un viaje. Al principio el señor Sáenz no le dio importancia. Después de todo, en la Argentina no era tan raro que los caballos viajaran. El amigo se rió y le dijo que no se trataba de un viaje corriente. No llevaría dos días o tres, ni veinte. Iba a ser el viaje a caballo más largo que se hubiera intentado, desde un extremo de las Américas hasta el otro.

¿Te parece que uno de tus caballos podría servir?

El señor Sáenz no dudaba de que sus criollos pudieran hacer el viaje. Como la mayoría de los argentinos, había oído hablar de Mancha y Gato, dos caballos criollos que habían ido de Buenos Aires a Washington D.C., sesenta años atrás. Este nuevo viaje sería más largo todavía: empezaría en Tierra del Fuego y terminaría al norte de Alaska, cubriendo terreno aun más remoto y más difícil que el que habían recorrido Mancha y Gato. Aun así, el señor Sáenz sentía que sus caballos estaban a la altura del desafío. El único problema era, ¿cuál elegir?

El señor Sáenz tenía muchos caballos, pero a la mayoría los necesitaba para los trabajos de la estancia. También había algunos potrillos, pero les faltaba crecer, o todavía no habían sido domados. Ustedes ya se imaginan a quién eligió.

¿Por qué no Sufridor?

Me gustó que tuviera fe en mí. Pero mi vida habría sido

mucho más fácil si hubiera elegido a algún otro caballo para ese viaje.

A lo largo de toda la distancia que he viajado, he oído una y otra vez una exclamación, que siempre me produjo la misma irritación: "¡Si supiera hablar! ¡Qué historia fascinante podría contar!". A mi modo de ver, la gente le da demasiada importancia al acto de hablar. He escuchado más charla de la que debería escuchar un caballo, y puedo decirles que las palabras son un pozo sin fondo de confusión y malentendidos. Curiosamente, dicen que no es de buena educación hablar y comer al mismo tiempo. Es sorprendente que la mayoría de los humanos no mueran de hambre. Si me piden que elija entre hablar y comer, no vacilaría. Sea como sea, Louis y Vladimir están contentos conmigo sin que yo tenga que hablar.

Antes de seguir adelante, debo explicar que Louis y Vladimir no son caballos, lejos de ello. Igual que el señor Sáenz y su familia, Louis y Vladimir son humanos. Seguramente ustedes habrán visto a algún humano. Son pequeños, no tienen cola, y el pelo que les crece en la cabeza casi no puede llamarse "crin". No necesito decir que tienen muy poco atractivo. Lo peor es que cuando estos pobres seres aprenden a caminar en sus patas traseras quedan tan satisfechos consigo mismos que siguen haciendo el mismo tonto truco hasta el fin de sus días.

Como podrán imaginarse, caminar en dos patas es una desventaja. Los humanos tienen problemas para viajar a grandes distancias por sí solos. Cuando tienen que ir a algún lado, dependen de otras criaturas para que los lleven, sobre todo de nosotros, los caballos. Esta fue, lamentablemente, la base de mi asociación con Louis y Vladimir. Louis y Vladimir eran mis jinetes.

Debo admitir que sería una pena dejar que el relato de

todo lo que pasó lo hiciera alguno de esos dos. Si fuera por Louis, el resto de nosotros sólo estábamos ahí para admirar su coraje e inteligencia. Por lo general Vladimir es un poco más modesto. Eso sí, si aparece una mujer, Vladimir se lanza a hablar como un perico.

La primera vez que vi a Vladimir, o Vova, como lo llamaba Louis, fue en los potreros. Yo había vivido siempre en los potreros. Eran el mejor lugar donde estar, y por más que he visto muchos campos después, nunca encontré mejores. Allí comía todo el día, y cada bocado me sabía mejor que el anterior. En ocasiones un jinete venía a interrumpir mi comida, y juntos perseguíamos a una vaca o dos. Y realmente, perseguir vacas es algo que abre el apetito.

Pero en general los humanos se mantenían en sus madrigueras, como los ratones y los zorros. Las madrigueras de los humanos parecen nidos de pájaros, sólo que los pájaros son mucho más rápidos, porque pueden volar, así que no pierden tanto tiempo discutiendo qué le pertenece a cada cual.

Pues bien, Vova vino a verme, y poco después las cosas empezaron a cambiar. Un día el señor Sáenz me llevó a una madriguera pequeña y trató de convencerme de entrar. Por supuesto, me negué. No me gusta lo desconocido. Pero el señor Sáenz, que era un poco más brillante que el común de los humanos, había aprendido que dándome un poco de avena podía lograr lo que quería de mí. Fue el cebo que usó en esta ocasión.

Entré, y apenas empezaba a comer la avena cuando la madriguera empezó a rugir, y las paredes alrededor a sacudirse, y la avena que acababa de tragar empezó a saltarme en el estómago como una nube de langostas.

Un pequeño chorro de viento me llegó a través de un agujero en la madriguera. Yo estaba tan asustado que apenas si podía masticar. Cuando miré por ese pequeño agujero, los ojos se me llenaron de lágrimas. Lo que vi era

aterrorizante. Aunque mis cascos estaban tan quietos como piedras, los campos pasaban hacia atrás más rápido que una bandada de pájaros. Me habría desmayado, de no ser por el tranquilizante sabor de la avena en la boca.

El piso de la madriguera saltaba y se inclinaba, y varias veces estuve a punto de caerme. Terminé toda la avena que el señor Sáenz me había dejado, y los campos seguían corriendo hacia atrás. Aunque viviera hasta llegar a estar tan encorvado como la yegua vieja, nunca podría llegar a probar todo el pasto que veía ahí afuera. Además, tal como se daban las cosas, estaba fuera de mi alcance. Cada vez que asomaba el hocico por la abertura, mi propio hocico no me dejaba ver lo que estaba tratando de comer.

Cuando volví a mirar por la abertura vi caballos en los campos. Eran caballos que no había visto nunca antes. Apenas si alzaban la vista del pasto para verme pasar.

Al fin los campos se hicieron más lentos y los saltos menos violentos, y después todo se detuvo. Me sentí mareado, como si un verano lleno de moscas me zumbara dentro de la cabeza. Habló una voz que no me resultaba desconocida.

Saquen a Sufridor del acoplado. Despacio.

Cuando salí, caminando marcha atrás, sólo reconocí a Vova. Alrededor de él había otros humanos.

Es pequeño pero parece fuerte, dijo uno.

Parece capaz de soportar mucho, dijo otro.

Lo necesitará, respondió un tercero.

Por no saber nada de caballos, encontraste uno bueno, Vova, dijo otro riéndose.

Vova estaba hablando en voz baja con un humano que estaba a su lado. Esa fue la primera vez que vi a Louis.

Louis tenía más cabello que Vova, y mientras éste era rubio, Louis era mucho más moreno y era evidente que su pelo se había enredado mucho en árboles y en alambre

de púas. Ni Vova ni Louis eran algo de lo que uno pudiera sentirse orgulloso de tener montado. La mayoría de los jinetes que yo había llevado usaban pañuelos de colores vivos en el cuello y se sentaban más erguidos que postes. A esos jinetes se los llama "gauchos". Louis y Vova no podían ni empezar a compararse con ellos.

Era evidente que Vova no había montado muchos caballos antes. La primera vez que se subió sobre mí se prendió como garrapata y le llevó un día entero aprender a ubicarse bien, y no como un paquete mal atado.

Por lo menos, mejoró. Algunos humanos nunca llegan a sentirse a gusto montados. Louis era uno de ellos. Se trepó a mí y de inmediato empezó a cambiar de posición. Simplemente no lograba ponerse cómodo. Siguió retorciéndose durante los cinco años y medio que anduvimos juntos. Al fin me acostumbré, pero hay que reconocer que una vez que dejé mis potreros nunca dejó de sorprenderme la cantidad de cosas extrañas con las que uno debe aprender a convivir.

Aquí en estos nuevos potreros la hierba tenía otro gusto. En los míos había un sector donde la hierba era parecida a ésta. Estaba bajo el roble, cerca del charco. Traté de pensar en aquella hierba cuando empecé a pastar en estos nuevos campos. Pero no era lo mismo. Además, estaban los caballos.

Nunca habría imaginado que podía haber tantos caballos como los que vi cuando salí de mis potreros. Ahora sé que no importa lo lejos que uno vaya, siempre encontrará caballos. De todos los descubrimientos que hice durante mis viajes, éste fue, de lejos, el más feliz.

Al principio me sentía incómodo entre los caballos de los nuevos potreros. Sus colores diferentes me ponían nervioso. Se comportaban como si nunca me hubieran visto

antes, y pensándolo bien, era lógico. Si yo nunca los había visto antes, entonces ellos podían sorprenderse también conmigo. Aunque sentí cierto alivio de ver caballos, ellos no sintieron lo mismo ante mi súbita aparición. Levantaron las cabezas y bajaron las orejas, y supe que me patearían si me acercaba demasiado.

Pero había un caballo que estaba aparte de los demás, y que me ignoró totalmente. Podría decirse que era gris, pero también habría podido decirse que era blanco. Blanco o gris, su nombre era Fénix, y era un caballo muy especial.

Para empezar, Fénix nunca estaba satisfecho con la hierba que comía. Siempre andaba vagando y buscando algo nuevo. A veces yo lo seguía y encontrábamos buen pasto, pero eso no le importaba a Fénix, que de inmediato se ponía a buscar otro todavía mejor. A Fénix le gustaba moverse.

Otra cosa peculiar de este caballo era el modo en que se comportaba con los humanos. Le gustaban más de lo que deberían gustarle a un caballo. Aun cuando un humano no le trajera avena, Fénix igual salía a su encuentro.

No le molestaba tener un jinete montado mientras vagaba. Yo siempre prefería no tener encima el peso extra, pero Fénix parecía feliz con un humano sobre el lomo. Sus orejas se erguían, la cabeza se inclinaba hacia un lado, y se lanzaba cruzando el campo como una abeja sobre una alfombra de margaritas. Como era un caballo árabe, le gustaba levantar la cabeza cuando caminaba.

Fénix parecía evitar a la mayoría de los otros caballos, y ellos le respondían ignorándolo. Pensé que podía ser un poco tímido. Tuve la seguridad de que Fénix nunca haría frente a otro caballo. De todos modos, pequeño como soy, me sentí feliz de que no fuera un bravucón como tantos otros.

Preparativos

“Alaska”: desde que llegué a los nuevos campos oí esa palabra muchas veces. Era el sitio adonde viajarían Louis y Vova. Por el gesto serio que ponían los humanos cuando hablaban de Alaska, supuse que sería difícil llegar.

Cuanto más oía la palabra “Alaska”, más raras eran las cosas que empezaron a pasar.

Una mañana llegó un humano que yo nunca había visto antes. Comenzando por Fénix tomó varios caballos y los sujetó con una cuerda corta. Primero les levantó las patas y después empezó a martillarles los cascos. Ese humano insólito parecía pensar que había encontrado unos muebles de madera que había que arreglar.

Los otros no pusieron objeciones, pero cuando llegó mi turno decidí que no me dejaría hacer eso. Después de que hubo inspeccionado mis cascos delanteros, dejé que ese presuntuoso humano se me pusiera atrás. Y cuando se inclinaba sobre mi pata trasera izquierda, solté la coza.

Si le hubiera acertado, mi casco habría sido la última cosa que viera en su vida. Pero aunque parecía tan viejo como una montura muy usada, era sorprendentemente ágil. De un salto se hizo a un lado de la trayectoria de mi casco. Acto seguido me encontré rodeado por una cantidad de peones que me sujetaban. Estaba eligiendo uno para lanzarle una patada, cuando sentí un dolor agudo en el pescuezo. Traté de patear, pero sentía las patas como si pertenecieran a otro caballo. Después sentí pesada la cabeza, y el resto de mi cuerpo la siguió al suelo.

* * *

No recordaba haberme dormido, pero de pronto me sentía como si me estuviera despertando. Apenas un momento antes el sol había estado alto, y ahora ya casi se ponía y los grillos estaban cantando. Vova estaba de pie a mi lado. Habló en voz muy baja:

Sufridor, tendrás que acostumbrarte a las herraduras. No podemos estar dándote una inyección cada vez que necesites una. ¿Y si pierdes una en medio de alguna selva?

Me puse de pie, y sentía el estómago como si estuviera lleno de langostas otra vez. Di unos pasos alejándome de Vova, y sentía pesados los cascos. Había algo sujeto a ellos.

Cuando caminaba sobre piedras, oía un clic-clac. Los humanos nunca son tan felices como cuando están haciendo ruido. Ahora yo tenía que hacer lo mismo. Me parecía que se habían tomado mucho trabajo sólo para que yo pudiera colaborar en su barullo. Además, en los campos donde nosotros llevábamos a nuestros jinetes gauchos, nunca había piedras. Nuestros campos eran de tierra blanda. A veces yo galopaba por ellos sólo para oír el golpeteo que resonaba como un trueno lejano. Hay cosas que no pueden mejorarse, pero eso no impide que los humanos quieran probar de todos modos.

A la mañana siguiente los potreros bullían de vida. Los humanos iban y venían. Salieron de la madriguera principal, treparon a coches impacientes, vinieron caminando por senderos. Aunque no serían más de una docena, parecían una muchedumbre. Se reunían en grupos pequeños, hablaban unos con otros en susurros y después salían corriendo, a hacer no sé qué cosas que hacen los humanos cuando van corriendo a hacerlas.

A nosotros los caballos nos reunieron más temprano de lo usual. No me gustó. Seguía sintiendo raros los cascos, y no tenía ganas de ver qué nuevo tormento me aguar-

daba. Louis y Vova no nos ensillaron, sino que nos hicieron esperar mientras cargaban sacos, bolsos y cajas y los apilaban cerca de nosotros.

Poco a poco empezó a formarse una pequeña montaña de cosas. Cada vez que Louis y Vova agregaban algo nuevo, se alejaban, observaban su creciente colección y sacudían las cabezas. Louis parecía preocupado.

No sé cómo cargaremos todo esto sobre los animales.

No soy un caballo paciente. Al cabo de unos minutos quise volver al buen pasto que había estado comiendo. Estaba seguro de que, si no lo hacía, una de esas vacas glotonas lo descubriría y no dejaría nada. Di unas patadas en el suelo. Louis estalló:

¡Basta, Sufridor! Y deja de mirarme con esa cara.

El sol subió sobre nuestras cabezas y las mariposas que habían estado revoloteando toda la mañana se llamaron a descanso. Alto en el cielo unos pocos pájaros aleteaban con urgencia. Eran rezagados. Otras bandadas habían hecho su paso estival días antes. En el invierno los pájaros huían de los vientos helados del sur. En el verano empezaban a extrañar ese viento frío y volvían a él, huyendo de los calores del norte.

Estaba mirando a los pájaros cuando oí un trueno bajo. Reconocí de inmediato el sonido de un camión. Los camiones eran unas criaturas horrendas que escupían grandes nubes de un humo maloliente. El que se nos acercaba era rojo y brillante. Un humano grande y de cara redonda bajó de su cabeza y nos miró durante un momento.

¿Estos son los caballos que irán a Alaska?

Si es que podemos llevarlos a Tierra del Fuego antes, respondió Louis sin alzar la vista. Estaba ocupado agregando otra montura a la pila de cosas. Jadeaba y tenía la camisa húmeda.

Deben de ser más de diez mil kilómetros.

Treinta mil.

El humano de cara redonda puso una expresión peculiar, pero no dijo nada.

En una hora la colección de cajas, bolsos, latas, monturas, tiendas, botas, mantas, almohadas, clavos, cámaras, libros, combustible, cuchillos, ollas, baldes, radios, cuerdas, grabadoras, velas, linternas, fósforos, palas, cantimploras, termos, hierbas y especias estaba cargada en el camión.

Louis, Vova y los otros empujaron y lanzaron, doblaron y plegaron, amontonaron y apretaron y jadearon y maldijeron hasta que todo estuvo a bordo. Pero curiosamente, dejaron la mayor parte del espacio de la caja del camión completamente vacía.

Mi curiosidad se transformó rápidamente en horror cuando Vova empezó a llevar a Fénix por la rampa que subía hasta el espacio vacío en el camión. Yo había visto vacas subir en camiones antes. Pero no recordaba haber visto a ninguna regresar.

La rampa estaba hecha de tablones que Fénix olfateaba mientras subía. Saltaban y temblaban cada vez que levantaba un casco. Los demás lo observábamos con atención. Fénix pareció aliviado cuando llegó a terreno más firme, en la caja del camión. Pero los demás ya habíamos llegado a la conclusión de que no nos dejaríamos llevar tan lejos.

Algunos de los caballos se resistieron con más bravura todavía que yo. La batalla fue espectacular. Los humanos eran tenaces. Yo nunca habría pensado que podían correr tan rápido, saltar tan alto o gritar tan fuerte como lo hicieron esa tarde.

¡Cling! ¡Clang! ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

* * *

Cuando el caos amainó y estuvimos todos metidos en el camión, partimos por el sendero negro. El camión galopaba casi tan rápido como un caballo. Yo diría inclusive más rápido, si tal cosa fuera posible. Parecía tan veloz como el que me había traído desde mis potreros. Pero había una diferencia: en el viaje anterior yo podía ver muy poco, mientras que ahora lo veía todo, aunque no estaba muy seguro de que quisiera hacerlo.

Los ojos se me llenaban de lágrimas. No importaba para qué lado mirase, el viento siempre me daba en la cara, me soplaba en los ojos y se me metía por la nariz. Aquí también veía caballos al pasar. Apenas si alzaban la vista de su pasto. Comprendí que nuestro problema le importaba muy poco al resto del mundo.

Todo el día y el día siguiente corrimos de cara al viento. Hacía cada vez más frío, y aunque en general no me gusta rozarme contra otros caballos, me reconfortaba tener su flancos calientes apretados contra los míos.

Otra noche y otro día pasaron, y no vimos una sola colina o un solo árbol, y yo empecé a preguntarme si no nos habríamos desviado del camino de los pájaros.

En ocasiones nos deteníamos donde los humanos habían construido sus madrigueras, junto a senderos que se entrecortaban. Me alegraba de estas paradas pues en ellas Louis y Vova encontraban heno que darnos. Por cierto que no había nada que comer en ninguna otra parte, de eso no cabía duda. Desde arriba del camión donde pasábamos nuestros días, nada se nos ocultaba, ni una sola roca tras la cual pudiera esconderse una mata de pasto.

* * *

Los lugares donde se reunían las madrigueras de los humanos se llamaban "pueblos". Todo en estos pueblos era chato. Las únicas excepciones eran los árboles muertos y sin ramas unidos arriba por un hilo negro.

Después de viajar cuatro días con rumbo al invierno, el viento se hizo más fuerte aún. Si esas ráfagas sin corazón hubieran atrapado a un pájaro, lo habrían desviado de su curso y arrojado a cualquier rincón del cielo.

Los árboles que hubieran podido crecer aquí habían sido arrancados por ese ventarrón incesante. Hasta el sol parecía no atreverse a hacer frente al viento. Se mantenía cerca del horizonte, como un soldado en su trinchera.

De vez en cuando veíamos pequeñas plantas tan pálidas que parecían más grises que verdes. Se pegaban al suelo rocoso, demasiado petrificadas para alzar sus hojas.

El viento parecía adormecernos los pensamientos. Ninguno de nosotros ofrecía resistencia a subir y bajar del camión. En ese viento enloquecedor, ya nos habíamos acostumbrado a nuestra extraña nueva vida.

La Bestia

Tiempo atrás, yo había conocido el agua-que-no-se-puede-beber. Los humanos me habían llevado al borde arenoso de una inmensa extensión de agua en movimiento, y los había visto zambullirse y chapotear entre sus espumas. Ahora, de pronto, nuestro camión entró en una zona que tenía el mismo olor pesado. Aminoramos la velocidad y de entre la niebla apareció una visión horrenda.

En sueños he visto muchas veces bestias con la locura en los ojos y colmillos brillantes, pero siempre me desperté en mi potrero. Esta vez, en cambio, en lugar de abrirse en mis lejanas pasturas, mis ojos se llenaron con la criatu-

ra titánica que teníamos enfrente. Los otros caballos resoplaron y relincharon de preocupación. Nuestro camión, sin embargo, seguía acercándose.

La bestia chapaleaba con el agua hasta el pecho. Se balanceaba suavemente, y yo estaba seguro de que el ruido de nuestro camión la despertaría.

El olor del agua-que-no-se-puede-beber era inconfundible. Un olor feo y más fuerte que como yo lo recordaba. Al fin nuestro camión se detuvo, ronroneó un momento, y se calló. Estábamos en la costa justo bajo la bestia, que seguía flotando en el agua quieta y oscura.

Aunque dormida, la bestia no estaba callada. De lo profundo de su cuerpo surgía un rumor que me hacía temblar. Y de vez en cuando soltaba un sonido metálico, o silbaba con sonido penetrante.

La bestia estaba atada a la costa con varias correas. Y a pesar de que cada correa era gruesa como un árbol joven, yo estaba seguro de que bastaría un cabeceo del monstruo para romperlas.

Alguien gritó hacia el camión.

Los cargaremos no bien suban esos camiones que están adelante de ustedes. No se preocupen, que hay mucho lugar esta mañana.

El hombre llevaba una gruesa bufanda alrededor de la cara y se ponía las manos en bocina cerca de la boca. Golpeaba con los pies en el suelo para mantener el calor.

¿Adónde van con esos caballos? preguntó.

El humano de cara redonda respondió desde el camión.

Estos señores que vienen conmigo los llevarán a Alaska.

¿Alaska? ¿No van en dirección equivocada? Este ferry va para Tierra del Fuego. Me parece que Alaska está para el norte.

El hombre soltó la risa.

No. No. Irán montándolos desde Tierra del Fuego.

¿A Alaska?

Yo estaba horrorizado. Con esos gritos terminarían despertando a la bestia. Pero, por algún milagro, ella seguía dormitando en el agua helada.

Pasaron unos minutos y la hilera de camiones empezó a moverse solemnemente hacia el extremo de la bestia apoyado en la costa. Uno por uno los camiones avanzaron por la lengua estirada de la bestia, y se metieron, con un ruido resonante, dentro de su vientre. Nosotros, los caballos, estábamos petrificados. Nos apiñábamos unos contra otros, y alguien me pisó un casco. No escaparíamos. La suerte que corriera el camión, la compartiríamos.

De pronto, el vientre de la bestia estaba lleno de humanos. Tiraban de pesadas cadenas y las usaban para asegurar cada camión al sitio donde estaba. La bestia se balanceaba suavemente y después rugió de contenta. No era raro, porque estaba a punto de devorar una enorme cantidad de imprudentes humanos, camiones insensatos y pobres caballos.

El rugido continuó, la lengua se alzó lentamente y al fin se cerró con ruido sobre toda esa comilona de la cual los caballos, aunque involuntariamente, habíamos sido parte. Me sentí muy desgraciado.

Pero nuestros sufrimientos no habían terminado. En ese momento sonó un silbato y el mundo entero dio una sacudida y mis patas empezaron a balancearse y no me sentí bien. Si esto era ser comido, no me gustaba.

Louis y Vova eligieron este preciso momento para asomar las cabezas. Naturalmente, su conducta fue inapropiada. Acabábamos de ser horrendamente devorados, y ellos sonreían como conejos.

Estamos cruzando el Estrecho de Magallanes, Sufridor. Espero que no se mareen. Louis era todo sonrisas. *Estoy seguro de que ya están deseando despedirse de este ca-*

mión. No se preocupen. Tenemos apenas para unas pocas horas más.

Afortunadamente, la bestia debió pagar el precio de su glotonería. Horas después de habernos tragado empezó a sufrir de indigestión y nos depositó a todos en una costa nueva.

Una vez libre del monstruo, nuestro camión rugió y enfiló hacia el sur. El camino ahora no era liso y negro, sino de tierra y cubierto de piedras grises. Atrás de nosotros se levantaba el polvo. Ésta fue la parte más incómoda del viaje. Todos los caballos nos sacudíamos y balanceábamos. Caíamos unos sobre los otros y estábamos desesperados por salir de ese camión que nos mareaba. Al fin, poco antes de que oscureciera, empezamos a ver colinas que se alzaban más alto que cualquier colina que yo hubiera visto antes. A los costados del camino aparecieron plantas verdes, y hasta unas hayas retorcidas.

Yo estaba tan feliz de ver vegetación que me olvidé de todas las penurias del viaje y sólo pensé en lo bueno que sería estar pastando otra vez.

Ushuaia

No puedo decir cuándo sucede exactamente, pero hay un punto en que las colinas ya no son colinas, y pasan a llamarse "montañas". Las alturas que nos rodeaban ahora habían dejado hacía mucho de ser colinas. Eran montañas, con toda seguridad, pues las nubes usaban a las más altas como anclas para no seguir alejándose.

Entre estas montañas serpenteaba una ancha cinta de agua llamada Canal de Beagle. Anidadas entre las monta-

ñas y con vista al canal había hileras de casas pintadas con toscas pinceladas brillantes. Ahí fue donde empezó nuestro verdadero viaje, en la ciudad de Ushuaia.

Vova recibe una patada

Partir de Ushuaia fue difícil. Tuvimos que irnos sin Vova, a quien dejamos en una cama del hospital después de que uno de nuestros caballos lo pateara en la pierna.

Pero no hay que culpar a Ñandú. Como el resto de nosotros, Ñandú estaba confundido después de nuestro largo viaje en camión. Habían venido a vernos toda clase de humanos, y en la confusión Ñandú se enredó en una cuerda y empezó a lanzar coces con las patas traseras.

¡Crac!

Ya por el ruido queda claro que Vova no volvería a usar esa pierna en un tiempo.

Alguien tomó mi cabestro y me llevó, junto a los otros caballos, lejos de donde yacía Vova. Alrededor se formó un círculo grande de humanos. Pocos minutos después pusieron a Vova en un pequeño camión blanco. Lo vi alejarse, con sus luces azules parpadeando tristemente.

Así empezó nuestra primera demora. Mientras Louis daba vueltas hablando consigo mismo y Vova estaba en el hospital, haciendo lo que sea que hacen los humanos cuando se rompen un hueso, nosotros los caballos pastábamos.

El pasto de nuestro pequeño prado no era muy bueno, ni tampoco el heno que nos daban. Yo pasaba la mayor parte del tiempo hambriento, añorando mis potreros. Al menos, pensaba, cuando estábamos viajando siempre había algo en qué ocupar los pensamientos. Aquí, en Ushuaia, todo era tan diferente de mis campos. Era lindo, por cierto, pero no se podía ver muy lejos sin que la mirada trope-

zara con una montaña. La lluvia era fría, y llovía demasiado. Los árboles también eran diferentes, todos se veían más pequeños que los árboles que yo recordaba, y parecían un poco enfermos. Nada parecía del todo bien. Y yo sentía grandes nostalgias.

Hasta que, la segunda tarde, vi algo conocido: varios cauqueses bajaron a compartir nuestra pastura. Por lo común no aprecio mucho la compañía cuando estoy comiendo, pero me sentí feliz de ver a estos pájaros. No dijeron gran cosa, pero era lindo mirarlos dar saltitos mientras agitaban sus alas partidas.

Por fin sabía adónde venían los cauqueses durante el calor del verano. Me pregunté si alguno de los otros caballos de mis potreros lo sabría, y sospeché que no, lo que me dio una agradable sensación de superioridad. Es curioso, pero después de ver a los cauqueses este nuevo lugar empezó a gustarme un poquito más.

Estaba empezando a hacer frío. Mi pelaje se estaba poniendo espeso y lanoso, como sucede siempre cuando llega el otoño. Me gustaba el frío, pero podía ver que los otros caballos estaban ateridos.

Algunos de los gauchos que habían estado presentes cuando se accidentó Vova, le advirtieron a Louis que se acercaba el invierno.

Sabemos que no quiere irse sin su socio, pero tiene que pensar en estos caballos. Ellos no han vivido los inviernos aquí. A veces no hace tanto frío, pero hay inviernos... Si nieva mucho, sus caballos no podrán pastar. Los animales de esta región aprenden desde que nacen a remover la nieve con las patas para buscar el pasto, pero sus caballos no sabrán hacerlo, ¿y qué comerán entonces?

Cuando los gauchos se fueron, Louis nos comentó sus preocupaciones. En realidad, se las comentó a Fénix, pero yo pude oírlo.

Fénix, sé que no quieres irte sin Vova, pero no pode-

mos quedarnos mucho tiempo más aquí. El mismo Vova dice que debemos irnos sin él. Los gauchos prometen visitarlo todos los días. Todos ustedes están cada día más flacos, salvo Sufridor. No podemos correr el riesgo de quedar atrapados en la nieve. Espero que comprendas.

Supongo que no soy tan sentimental como Fénix, porque no me importaba marcharme sin Vova. Por mí, lo habría dejado a Louis también. Pero el único miembro de nuestra expedición que finalmente se quedó con Vova fue Ñandú. Al parecer, era demasiado nervioso para nuestra aventura.

Empieza la cabalgata

Partir nos entusiasmó. Después de tantos días de ocio yo tenía mucha energía acumulada. Louis iba al frente montado en Fénix, y los demás casi teníamos que trotar para no rezagarnos. Alrededor el pasto crecía en abundancia bajo árboles altos. Y lo mejor de todo era que estábamos lejos de aquel calamitoso camión.

Había pocas casas, pero a veces, después de pasar a través de las montañas, veíamos tropillas enteras de caballos pastando en prados dorados. Uno por uno los caballos venían hacia el alambrado del lado del camino. Tenso por la curiosidad, nos miraban pasar.

Asustaban un poco. Los padrillos eran los más grandes que yo hubiera visto nunca. Llevaban la crin sin recortar, y sus ojos brillaban. La tierra temblaba cuando descargaban sus cascos. Cuando pasábamos bajo su mirada severa, tratábamos de parecer tan calmos como pudiéramos, pero hasta el tranquilo Fénix aceleraba el paso.

Todos los caballos que cruzamos nos observaban curiosos. Sin duda se daban cuenta de la importancia de nues-

tro viaje. Aunque no sabíamos bien adónde íbamos, nosotros nos sentíamos orgullosos y caminábamos con la cabeza alta.

Con el paso de los días, nuestro espíritu decayó. Al descender a las llanuras, empezó la lluvia y el viento se nos metía en lo profundo del cuerpo.

Louis tenía combates contra el viento y la lluvia todas las mañanas. Las ráfagas eran tan fuertes que las mantas y cueros de oveja que usaba para cubrirnos el lomo se volaban no bien él se agachaba para alzar la montura del suelo. Murmuraba palabras que se perdían en el viento, iba a recoger la manta fugitiva y empezaba de nuevo.

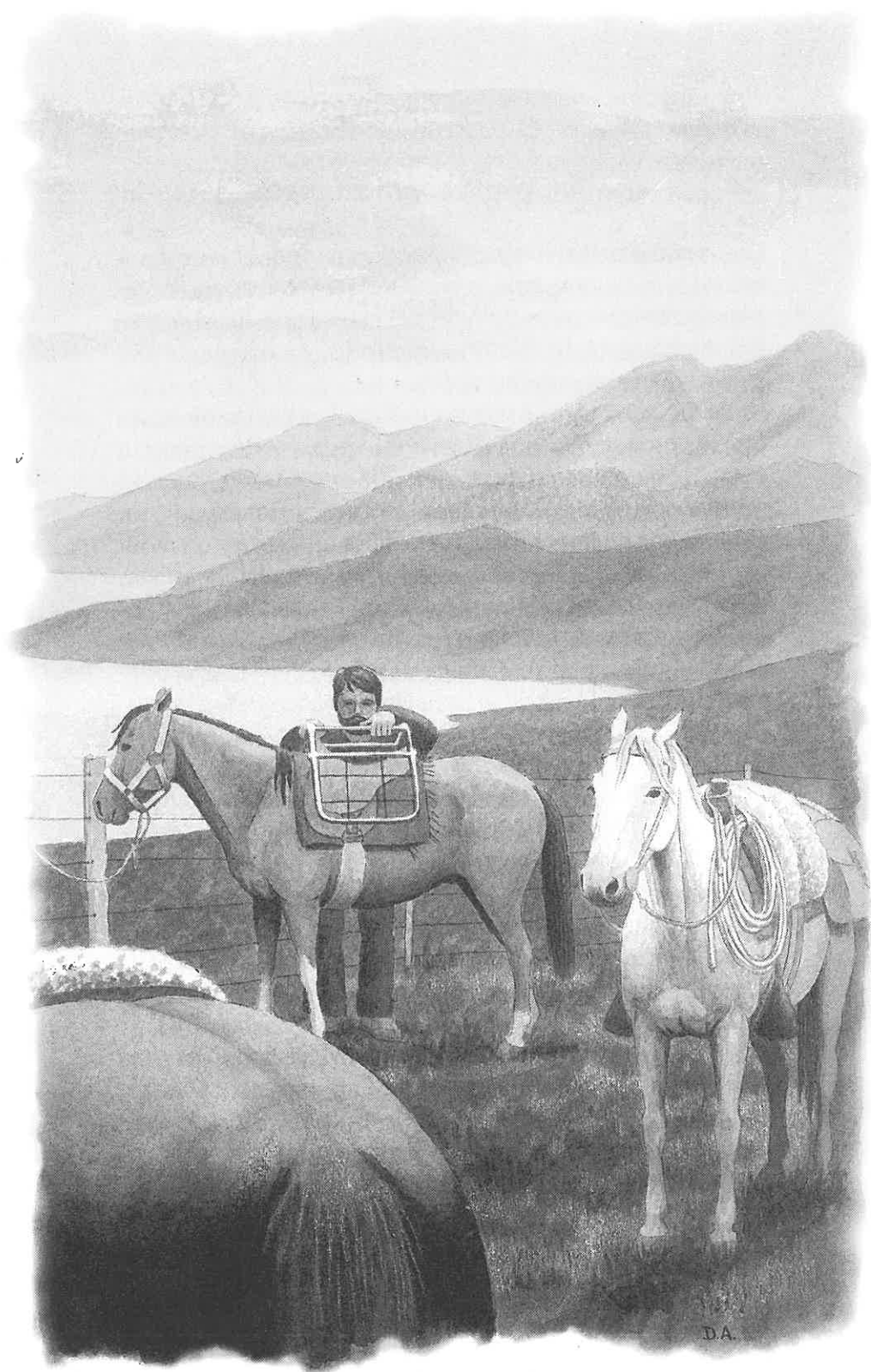
Viajábamos casi todos los días, a menudo hasta entrada la noche. Las largas distancias eran fantasmales. A veces caminábamos durante horas y no veíamos una sola casa.

Una vez nos despertamos a pocos metros del Océano Atlántico. Así es como Louis llamaba al agua-que-no-se-puede-beber. Había poco pasto alrededor, pero muchas rocas, y entre ellas descubrimos un pingüino.

Los pingüinos son exactamente como los humanos salvo que más pequeños y no tan ruidosos. Como siempre, Louis mostró mucha curiosidad y trató de hacerse amigo del pingüino, aunque era fácil ver que el pingüino prefería estar solo. No pareció nada feliz cuando nuestro jinete se le acercó.

El pingüino atrapó con su pico la manga de la camisa de Louis. Éste se sorprendió de la conducta del animal. Trató de soltar la manga, pero el pingüino apretaba con fuerza. En la lucha, Louis resbaló y él y su contrincante fueron rodando colina abajo.

Cuando al fin volvimos al camino, la expresión furibunda del pingüino dejaba en claro que guardaría una mala opinión de los expedicionarios.



La Patagonia cobra su precio

En aquellos primeros y difíciles días caminábamos a través de la Patagonia, una tierra donde mis ojos siempre tenían hambre. A veces, cuando el viento se calmaba, una fina niebla colgaba cubriéndolo todo, y a través de ella sólo podía ver montañas vacías.

Si divisaba alguna forma confusa, la observaba hasta que los ojos se me cansaban. Por lo general desaparecía antes de que pudiera descubrir qué era. A veces, cuando permanecía, la forma crecía lentamente hasta volverse un caballo con su jinete. Otras veces era una casa y un molino. Pero con más frecuencia la forma se multiplicaba en docenas, o cientos, de puntos grises. Eran ovejas pastando. A veces las seguían perros que corrían y ladraban y saltaban y se mostraban muy enérgicos. Cuidar a las ovejas es una responsabilidad que les causa muchas preocupaciones a estos perros.

Detrás de los rebaños obedientes y los perros regañones se movían dos o tres caballos con sus jinetes. Para poder ver a las ovejas, los jinetes se sentaban muy erguidos en sus monturas. Les daban órdenes a los perros con fuertes silbidos.

Los caballos de los pastores siempre mostraban curiosidad por nosotros. Con frecuencia se acercaban, y sus jinetes le preguntaban a Louis adónde íbamos. Se mostraban muy sorprendidos cuando Louis se lo decía.

Nunca llegará a Alaska con estos caballos, necesita otros más fáciles de mantener. ¿Por qué no compra caballos aquí?

Por suerte, mi peso era el adecuado, y nunca me había sentido mejor. Pero, por el modo en que Louis miraba a

los otros caballos, era evidente que estaba preocupado.

Fénix, tú y Sufridor son los únicos que se mantienen en buen estado. Me temo que los gauchos tienen razón: los otros caballos no podrán seguir. Tendremos que mandarlos de vuelta a casa.

Yo me había acostumbrado a los otros caballos. Había dos cuarterones, Regalito y Rocinante, y, además de Fénix, otro árabe, de nombre Nabil. Todos ellos se esforzaron al principio, pero uno por uno empezaron a quedarse atrás. Cuando Louis los montaba, tenía que estar animándolos todo el tiempo.

Una mañana llegó un camión a la estancia donde habíamos pasado la noche. Sin discutir, Regalito, Rocinante y Nabil subieron a bordo. No volvimos a verlos.

Los caballos, en tanto conservamos los dientes fuertes y los cuatro cascos, no tenemos problemas. Cualquier cosa que aparezca, la ignoramos, la comemos o nos escapamos de ella corriendo. Así de simple es.

Los humanos son más complicados. Como no les gusta la lluvia, tienen casas donde dormir; como no les gusta el frío, tienen ropa para protegerse; como no les gusta masticar, tienen cuchillos para cortar; y cuando no les gusta la verdad, tienen palabras para cambiarla.

Cuando Regalito, Rocinante y Nabil partieron en el camión, una docena de bolsos y cajas se fue con ellos. Liberado de la mayor parte de su equipaje, Louis tuvo que dejar de comportarse tanto como un humano y empezar a hacerlo de modo más simple, más como un caballo. Cuando partimos, a nuestros jinetes todo lo que contenían las cajas y bolsos les había parecido indispensable. Pero poco a poco esa enorme carga se volvió un impedimento.

¿Para qué cargar con dieciséis herraduras cuando podía pasar una semana o dos sin que ninguno de nosotros

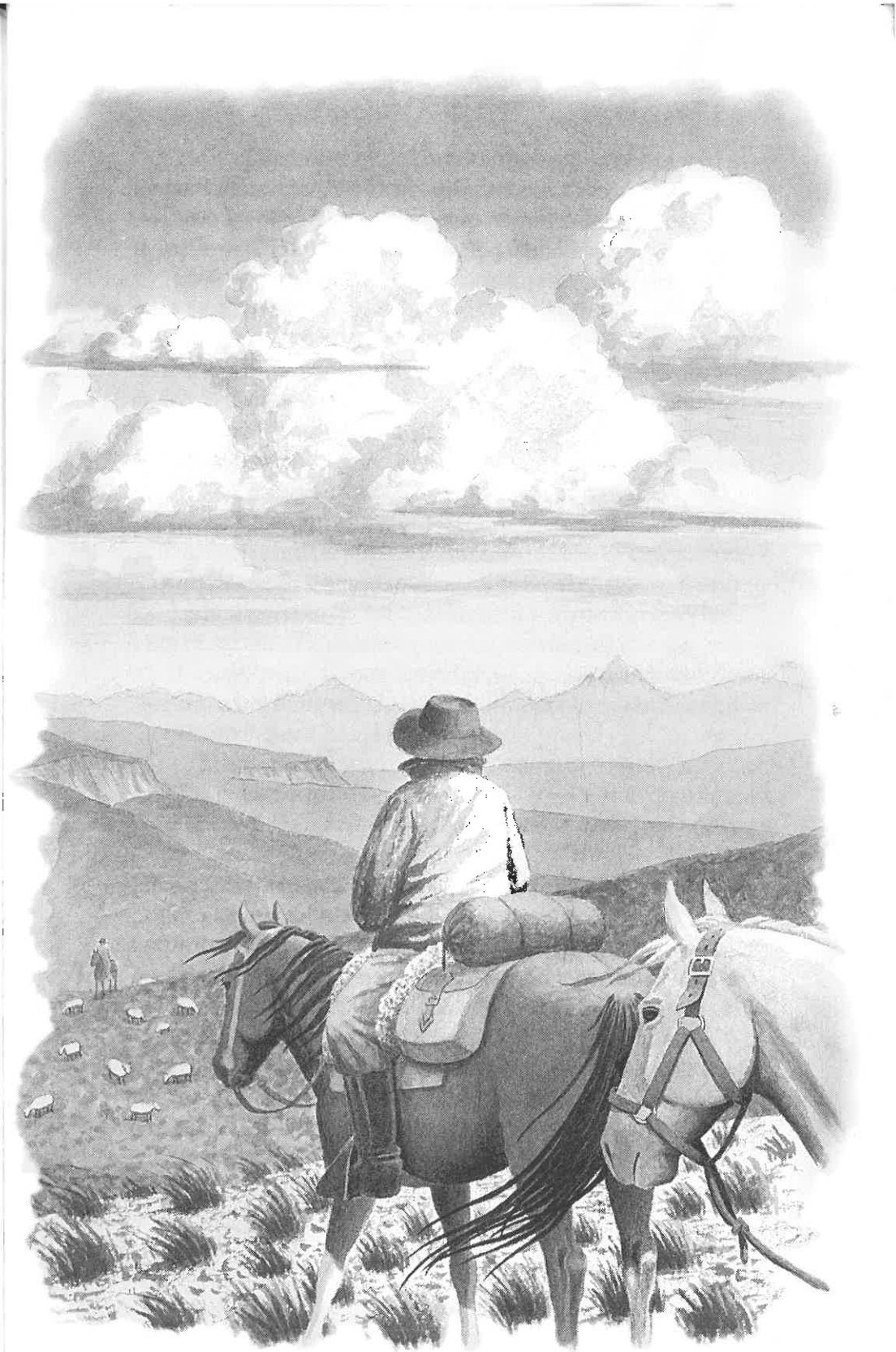
necesitara siquiera una? ¿Por qué cargar con tres martillos diferentes cuando una piedra bien elegida podía servir lo mismo hasta la próxima estancia? ¿Para qué andar con tres ollas, cuatro platos, seis tenedores, ocho cuchillos y media docena de cucharas, cuando uno sólo tiene una boca? ¿De qué servía llevar diez kilos de arroz cuando un kilo podía durar un mes o dos o tres? Louis separó brazadas de utensilios, herramientas y provisiones inútiles, y las hizo a un lado alegremente.

Para ser justo con nuestros jinetes, debo decir que no fue sólo la miopía o el temor lo que les hizo juntar semejante exceso de equipaje. Si nos hubiéramos encontrado completamente solos en la pampa patagónica, sin duda que las provisiones que Louis y Vova habían preparado habrían sido escasas. Pero dondequiera que llegábamos, otros humanos nos daban más de lo que necesitábamos. En lugar de disminuir, nuestras provisiones crecían.

Algunas de las estancias eran más grandes que cualquiera que yo hubiera visto. Las casas se alzaban en lomas bajas, de frente a los vientos, qué nos llevaban directo hacia ellas. A medida que nos acercábamos a las casas, la idea de la cena apuraba nuestro paso.

Siempre había alguien esperándonos cuando llegábamos. Los peones ayudaban a Louis a desensillarnos, y después se nos servía heno, especialmente de alfalfa, y avena. Ningún estómago se muestra más agradecido que uno que ha pasado el día cruzando la helada Patagonia. Lo que más me gustaba era cuando nos ponían en un potrero a pastar. Por lo general había alguna pequeña pastura cerca de la casa principal, plantada en una ladera y protegida del viento.

A la mañana el estanciero o sus peones ayudaban a ensillarnos otra vez. Con gente que ayudara, el viento no molestaba tanto. A Louis le enseñaron cómo acomodar las mantas de modo que no se nos llagara el lomo. Todos



estos humanos sabían cómo hacer un viaje largo. Cada día galopaban en sus caballos desde el amanecer hasta la noche, y la experiencia que le transmitieron a Louis nos ayudó a llegar a Alaska. Cuando les agradecía, siempre le respondían del mismo modo:

Nuestros abuelos llegaron a la Patagonia tan inexperimentados como usted. El viento, la lluvia y la nieve hacen difíciles estos lugares, y tuvieron que aprender a sobrevivir. Los vecinos dependemos unos de otros. Todos sabemos cuánta ayuda recibieron nuestros padres cuando llegaron aquí, así que tratar bien a los viajeros es nuestro modo de devolver el favor.

Como siempre, cuando dejábamos las estancias, nuestras alforjas estaban más pesadas que cuando llegábamos. Con frecuencia los hombres le daban a Louis sacos de cereal para nosotros, los caballos, y sus esposas le daban buen pan para él. Por mucho que nos cansáramos para llegar a una estancia a la noche, la hospitalidad con que nos trataban nos daba el valor para volver a partir al día siguiente.

Chile

Entrar en un país extranjero no es poca cosa. Es especialmente temible si uno no tiene idea de lo que es un país extranjero. Por supuesto, yo nunca habría sabido qué país maravilloso era mi Argentina natal si no me hubiera atrevido a salir de ella.

Cuando nos acercábamos a la frontera chilena el viento nos alertó de que algo estaba por cambiar. El viento en la Patagonia es inconfundible. Por estar tan cerca de la casa donde vive el invierno, las montañas, las llanuras y el mar oscuro se arrugan y desgarran y crean las corrientes de aire más infernales que hayan castigado nunca a un caballo.

Ese día marchamos de cara al viento, y aunque la pampa era llana, sentíamos cada paso como si quisiéramos trepar a las nubes. Era imposible mirar adelante, así que inclinábamos las cabezas. Louis nos llevaba hacia el oeste y se tapaba los ojos con el ala del sombrero, mientras nosotros marcábamos pesadamente el paso sobre la tundra blanda.

Todo el día combatimos ese viento. Teníamos las orejas doloridas. Al fin, cuando el cielo ya se oscurecía, vimos una fila de casas recortadas contra un crepúsculo solitario.

Aparecieron varios humanos vestidos de oscuro. Llevaban las manos hundidas en los bolsillos de sus chaquetas. No nos sacaban la vista de encima mientras nos acercábamos. Uno se dirigió a Louis y le estrechó la mano.

Bienvenido a Chile.

Los otros hombres empezaron a hablar también.

Así que estos son los caballos que van a Alaska. Mañana los verá un veterinario. Viene desde Punta Arenas, así que no llegará hasta la noche.

El aduanero nos llevó a un pequeño corral.

Tendrá que dejar sus caballos aquí por la cuarentena. Si todo está en orden, no tendrá que esperar más de quince días.

Cuando los humanos vestidos de negro se marcharon, otro humano se acercó a Louis.

Si necesita heno para sus caballos yo puedo venderle. Tengo una finca a quince kilómetros de aquí.

Después de hablar unos minutos con Louis giró para irse, pero se detuvo y volvió.

Me estaba preguntando, ¿no sería más fácil que deje estos caballos en la Argentina y compre unos caballos chilenos? Sabe, si estos animales no pasan el análisis de sangre, habrá que matarlos.

Louis sonrió con calma.

Acabamos de empezar nuestro viaje, y yo querría llegar a Alaska con los mismos caballos.

¿De veras? Ya veo.

El humano que estaba hablando con Louis era bajo y llevaba mucha ropa superpuesta. Por unos segundos nos miró con sus ojos azules.

¿Le parece que podrán hacer todo el viaje?

Sí.

Louis habló con voz fuerte. Pero cuando el humano se hubo marchado, se volvió hacia nosotros y le dijo a Fénix, en un tono más débil:

Espero.

Fénix demostró su valor cuando llegó el veterinario al día siguiente. Esperó con paciencia cuando el hombre levantó una larga aguja. Era algo horrible. El veterinario quería sangre. Clavó la aguja en el cuello de Fénix. Después buscó una vena. Lentamente, el tubo detrás de la aguja se volvió rojo oscuro. Cuando estuvo lleno de sangre, el veterinario arrancó la aguja. Fénix no se inmutó.

Admiré el valor de Fénix, pero no vi ningún motivo para portarme con la misma indiferencia. No llevo tanta sangre extra encima, así que me propuse darle la menos posible al veterinario. De hecho, si Louis no hubiera intervenido, el veterinario no se me habría acercado siquiera. Louis tomó mi cabestro y lo sostuvo. Traté de liberarme y los pies de Louis abandonaron el suelo muchas veces, pero no me soltó.

Sufridor, el doctor te sacará sangre, te guste o no. Podrías hacerlo más fácil para todos si dejaras de moverte.

En los días que siguieron, Louis pareció preocupado. Cuando venía a darnos de comer, apenas si decía nada. Una vez, cuando le cambiaba una de las herraduras a Fé-

nix, soltó un grito. Por lo general usaba el martillo para clavar los clavos de la herradura, pero otras veces lo usaba para golpearse los dedos, cosa que a mí me resultaba incomprensible. Y después se ponía a gritar muy fuerte y a correr en círculos sosteniéndose el dedo que se había martillado.

Hasta que un día apareció sin el gesto de preocupación.

Fénix, Sufridor, ¡pasaron su examen de sanidad!

Bienvenidos a los Andes Australes

Al principio, Chile se parecía mucho a la Argentina. Los primeros días fuimos por un camino de grava muy similar al argentino. El mismo viento demoledor soplaba sobre la misma pampa vacía.

Parecía como si la pampa fuera a seguir por siempre, pero no fue así. Terminó en una larga cadena de montañas llamada los Andes. Durante los siguientes tres años, mis compañeros y yo los recorrimos todos. Al oeste de los Andes viajaríamos por los lugares más húmedos y los más secos de la Tierra. Al este, sudaríamos bajo un sol impiadoso, y nos perderíamos en junglas enmarañadas. Cuando subiéramos a lo alto de las montañas, respiraríamos un aire delgado e insatisfactorio, y temblaríamos en noches iluminadas por las estrellas.

Por supuesto, yo no sospechaba nada de esto cuando entramos en los Andes por su extremo sur. Aquí la larga cordillera se dispersaba y se hundía en las profundidades del mar.

Para entonces las noches eran más frías de lo que yo nunca hubiera sentido. Una mañana gris, cuando Louis

ensillaba a Fénix y se esforzaba por cargar las alforjas en mi lomo, presencié una curiosidad nueva.

Las nubes formaban una masa oscura que ya no se sostenía en el cielo. Entonces, trozos de nube empezaron a desprenderse en copos y caer flotando al suelo como pequeñas hojas de otoño.

Cuando marchábamos, los trozos de nube se acumularon en el suelo, de modo que la tierra y los árboles empezaron a ponerse blancos. Una capa blanca cubrió la tierra, y nuestros cascos resbalaban en ella. Nuestros pasos se hicieron torpes porque los copos formaban masas sólidas dentro de nuestras herraduras. Louis las llamaba "bolas de hielo" y cada pocos minutos se detenía a extraerlas golpeándolas con una piedra.

A Louis no parecía importarle la lentitud a que esto nos obligaba. De hecho, desde el accidente de Vova yo nunca lo había visto tan feliz como cuando caminábamos entre ese polvo blanco.

Esa noche no encontramos una estancia donde hacer alto así que seguimos caminando hasta que apareció la luna y la vimos subir hasta la mitad del cielo. Al fin nos detuvimos cuando todos estábamos muy cansados y Louis armó su tienda. Después de unas pocas horas se despertó temblando y encendió un pequeño fuego.

A la mañana nos apartamos del camino para beber de un pequeño arroyo. Pero el agua había desaparecido. La había reemplazado la piedra más peculiar que yo hubiera visto nunca. Era una piedra chata encajada perfectamente en el arroyo, al que seguía fielmente en toda su extensión. Lo más extraño de todo, es que se podía ver el agua a través de la piedra. Era como si la piedra misma estuviera hecha de agua.

Igual que yo, Fénix podía oler el agua bajo la piedra transparente. Era muy frustrante. Ninguno de los dos quería acercarse demasiado a ese arroyo después de su extra-

ña transformación. Louis tiraba de nuestros cabestros para llevarnos hacia él, pero nos resistíamos.

Toda la mañana duró ese combate. Cada vez que nos acercábamos a un arroyo, Louis trataba de llevarnos hacia él, y nosotros retrocedíamos tan rápido como podíamos. Por un rato olvidé que tenía sed. Pero cuando Louis tomó un trago de su cantimplora, pude oír el ruido del agua y sentí como si no hubiera bebido en muchísimo tiempo. Cuando Fénix y yo tratamos de compartir su provisión, Louis nos lo impidió con egoísmo.

Fuera de aquí, esta agua es mía. Ustedes podrán beber del arroyo cuando se atrevan a hacerlo.

A la tarde el sol empezó a brillar. Noté que el polvo blanco que cubría los árboles casi había desaparecido. Igual que después de una lluvia, caían gotas de agua de las hojas. El camino ya no estaba cubierto de blanco. Se había vuelto pardo y nuestras patas chapaleaban en el barro.

Yo observaba cada arroyo que pasábamos. Todos estaban cubiertos con la misma lápida clara. No podía ver agua en ellos, pero eso ya no me asustaba tanto como a la mañana. Nada que se ocultara en esos arroyos; pensé, podría ser tan horrible como la sequedad en mi garganta.

Fénix también parecía más seguro de sí. Al fin, Louis logró llevarlo hasta el borde mismo de un arroyo. Yo los seguí y observé.

Louis se paró con un pie en la piedra transparente y el otro en una roca que asomaba de ella. Con una mano sostenía el cabestro de Fénix, con la otra el mío.

Sin ninguna advertencia, Louis levantó el pie que había apoyado en la piedra transparente y empezó a golpear, al principio ligeramente y después con más vigor. Estos golpes me pusieron nervioso, así que cuando la piedra de pronto se rompió con un sonoro "crac" di un salto atrás, y lo mismo hizo Fénix. Como uno de sus pies había penetra-

do en la piedra transparente, Louis no pudo retener nuestros cabestros y nos dejó ir. Lamentablemente para él, nuestros cabestros eran el único apoyo que le impedía caerse de espaldas. Su caída fue súbita. No obstante se levantó igual de rápido y sacó el pie del arroyo más rápido aún. Cuando se sacaba el agua de la bota dijo algo que nunca le había oído decir antes.

Yo no consideraba a Louis como un ser especialmente inteligente, ni siquiera en el nivel de los humanos. Así que me sorprendió su ingenio para encontrar agua. Fénix se acercó al arroyo, resopló frente a la piedra y después la atravesó con el hocico y llegó al agua. Después de resoplar un par de veces, para asegurarme, seguí su ejemplo. Con el mayor cuidado, hice un agujero hasta el agua y bebí como un camino seco.

Vuelve Vova — Nuevos compañeros

La piedra que cubría los arroyos y charcos las mañanas frías estaba hecha de algo llamado "hielo". Los copos blancos que caían del cielo se llamaban "nieve". Cada día Louis pronunciaba estas palabras con más frecuencia. Para cuando Vova volvió al fin, el hielo y la nieve estaban por todas partes.

Ahora que Vova estaba de vuelta, no sabíamos bien dónde lo meteríamos. Tal como estaban las cosas, un grano más de maíz no habría encontrado lugar en nuestra expedición. Fénix y yo no podíamos llevar todo, así que se decidió invitar a dos caballos chilenos a venir con nosotros.

Fue fácil encontrar voluntarios. Muchísimos caballos que encontrábamos en el camino querían hacernos compañía. Un caballo empujaba una tranquera para unírseles,

otro saltaba un alambrado o echaba abajo una cerca. Pero ninguno de esos caballos serviría para nuestro viaje. Eran demasiado irresponsables. Algunos nos seguían unos minutos, otros una hora y hasta un poco más. Pero al fin todos se detenían a pastar y se olvidaban de nosotros.

Lo que necesitábamos era un caballo con resolución. Muchos caballos nos miraban pasar desde su tranquila pastura. Naturalmente, envidiaban nuestra libertad. Sin duda les gustaba imaginarse las aventuras que nos esperaban, y la idea de compartir estas aventuras los tentaba. Pero esos caballos olvidaban que nuestra libertad no era todo avena y yeguas bonitas.

Por difícil que fuera encontrar caballos adecuados, el regreso de Vova significó que no podíamos postergar la busca más tiempo. Durante varios días nos quedamos en un sitio, mientras Louis y Vova se dedicaban a esa tarea.

No me molestó mucho la demora: la hicimos en un valle protegido, en una finca llamada Tranquilo.

En Tranquilo había espacio suficiente hasta para Fénix. Si yo no tenía cuidado, él desaparecía durante horas. Podía llamarlo todo el día, pero él sólo volvía a última hora de la tarde. No me gustaba que nos separaran, y siempre me preocupaba pensando que algún día Fénix no volvería.

Una tarde estaba buscando a Fénix cuando descubrí el caballo más extraño que hubiera visto nunca. Desde donde estaba pastando lo vi subir por el mismo camino que nos había traído a nosotros a Tranquilo. Louis era su jinete, y el aspecto del caballo era increíble. A la distancia parecía un conjunto de bolas anaranjadas y negras que venían rebotando hacia mí en la nieve.

Al principio creí que el nombre de este caballo era "Vamos Toby". En realidad era sólo "Toby". Aunque era muy

raro que oyéramos este nombre sin la otra palabra antes. La mayoría de los caballos que yo conocía era de un solo color, o quizás de dos, artísticamente dispuestos. Pero en Toby no había nada de artístico ni de discreto. Era un zurcido de fragmentos sobre un fondo blanco cremoso.

Mi primer instinto cuando vi a Toby fue huir. Si hubiera sido más prudente, habría seguido mi impulso, pero la curiosidad por este espectáculo era tal que me quedé quieto, si bien nervioso, viéndolo acercarse.

Toby era una caballo grande. No encontré en él ningún atractivo especial, pero dondequiera que fuéramos los humanos venían corriendo a verlo pasar. Y mientras que sobre Toby llovían los elogios en cada ciudad o pueblo, a los demás nos dejaban hacer todo el trabajo. Por suerte, el siguiente caballo que se nos unió era tan confiable y trabajador como Toby era volátil y frívolo.

Al día siguiente de la llegada de Toby abandonamos Tranquilo. Después de horas de trepar, salimos del valle y tuvimos a nuestros pies una visión terrible. Delante de nosotros una larga ladera se extendía hasta una bahía azul. Más allá del agua, montañas de bordes aserrados se alzaban como grandes mandíbulas pardas. Eran las Torres del Paine. Me pregunté si tendríamos que trepar montañas como éstas. Estaba seguro de que ninguno de nosotros podría hacerlo. Pero ese mismo día conocimos un caballo que podía ayudarnos a pasar por los sitios más difíciles. El nombre de nuestro futuro compañero era Fichu.

Vimos a Fichu por primera vez en un corral barroso donde lo rodeaba una docena de otros caballos. Era alto como los demás, pero mucho más robusto. Tenía la cabeza alargada y le brotaban por todas partes pelos muy lar-

gos. Las orejas se torcían con nerviosidad, y ellas también estaban cubiertas con pelos largos.

Junto a los caballos que rodeaban a Fichu había varios humanos que nos miraban muy serios. Un humano muy alto con barba negra habló con Louis y Vova.

Barba Negra ordenó a los otros humanos ensillar dos de los caballos y Louis y Vova se turnaron para montarlos. Pero todo el tiempo que lo hacían seguían mirando al grande y robusto Fichu.

Después de que Louis y Vova bajaron de los otros caballos, se reunieron y hablaron en susurros. Después se volvieron hacia Barba Negra y Louis le hizo una pregunta. Lo que dijo debió de ser muy gracioso, porque de pronto todos los otros humanos estallaron en carcajadas. Sólo Barba Negra no sonrió. Miró a Louis de modo extraño y negó con la cabeza.

Lo siento, pero no puedo vender ese caballo: pertenece a uno de mis peones. Pero aquella yegua es mucho más joven, tiene una linda crucera redondeada y por cierto es mucho más bonita.

Yo miraba al gran caballo zaino y sentía tristeza de que no pudiera unirse a nosotros. No era el caballo más lindo que hubiera visto, pero no tenía dudas de que podía transportar el doble que cualquiera de los otros caballos.

Louis y Vova volvieron a hablar en voz baja. Ellos también estaban desilusionados. La yegua tenía sólo cuatro años. No estaba madura para la expedición. Se cansaría pronto.

Mientras Louis hablaba con Vova, Barba Negra tuvo una conversación con uno de sus peones. Al fin, el peón se adelantó hacia Louis y Vova.

¿Qué harán con los caballos cuando termine el viaje?
¿Los matarán?

Louis puso los ojos muy redondos.

¡Por supuesto que no! Cuando terminemos el viaje lle-

varemos de vuelta a todos los caballos a la estancia de donde viene Sufridor, en la Argentina.

El peón pareció aliviado. Lo pensó un momento.

Muy bien, entonces pueden llevarse a Fichu si lo quieren.

Barba Negra asintió.

Este es el peón que habitualmente monta a Fichu. Le dije que desde ahora puede montar a la yegua. A él la yegua le servirá igual de bien, y ustedes tendrán un buen caballo.

Tuvimos suerte de poder llevarnos a Fichu. Aunque no intentaríamos cruzar las Torres del Paine, las montañas hacia las que íbamos serían casi igual de difíciles. Fichu nos ayudaría a salir de algunas situaciones complicadas.

Ojalá pudiera decir lo mismo de Toby. Pero lo que mejor hacía Toby era despertar la admiración de los humanos. Mientras Fénix, Fichu y yo hacíamos todo el trabajo, esa piel escandalosa, y el inútil caballo que había dentro de ella, acaparaban toda la atención. Pero eso no me molestaba. Yo no necesito una horda de tontos humanos palmeándome todo el día. Lo que me molestaba era que Toby exigía atención de los otros caballos también. Cuando Toby estaba presente, yo no podía acercarme a Fénix o a Fichu. Si lo intentaba, Toby daba media vuelta para lanzarme una coz.

Los celos de Toby eran especialmente molestos en el camino que estábamos siguiendo. Nos deslizábamos entre montañas donde se escondían criaturas horrendas. Por supuesto, lo más horrendo de estas criaturas horrendas es que uno nunca puede verlas hasta que es demasiado tarde. Pero yo no tenía dudas de que estaban ahí, esperando la primera oportunidad para saltarnos encima.

Fichu estaba igual de nervioso que yo. Pero Fichu te-

nía casi el doble de mi tamaño, lo que bastaba para que aun el más fiero de los predadores lo pensara dos veces antes de lanzarse. Fichu era mi seguridad. Al menos lo habría sido, salvo por Toby, que estaba todo el tiempo metiéndose entre nosotros y dejándome expuesto a los colmillos afilados que abundaban en el sur de Chile.

Lo peor era que no había mucha probabilidad de pasar inadvertido si Toby andaba cerca. Si Toby atraía a toda criatura que sentía el impulso de palmear a un caballo, sin duda tendría más éxito todavía en atraer a quien quería comerse uno.

El camino escondido

Comer era un problema para todos en la Carretera Austral. Ése era el nombre del camino por el que viajábamos. El año antes de que llegáramos no había ruta por esta parte austral de Chile. Acababa de inaugurarse y tenía muy poco tránsito. Algunos días no veíamos a un sólo humano en el camino, y nunca veíamos más de cinco o seis. Ocasionalmente cruzábamos un grupo de humanos todavía pican-do una ladera de montaña para abrir paso a la ruta.

Los humanos siempre se mostraban felices de vernos. Dondequiera que encontrábamos una casa nos deteníamos y mientras los caballos esperábamos afuera, Louis y Vova entraban. Pocos minutos después surgía el humo de la chimenea de la casa, y se esparcía el olor del café. Esperábamos un rato más y al fin Louis y Vova salían de la casa con sonrisas en las caras y pan y masas en las manos.

Los días eran cortos. Cuando empezábamos a marchar ya estaba oscureciendo. Cuando nos deteníamos a la noche la negrura sólo era interrumpida por un río de estrellas que marcaba nuestra ruta a través de las montañas.

Sólo por alguna especie de milagro lográbamos comer cada noche. Vova empezaba a gruñir no bien el sol se ponía.

Nos dijeron que había quince kilómetros hasta la próxima finca. Ya hicimos veintidós y todavía no veo nada.

Louis abría el mapa y murmuraba algo; Vova le arrebató el mapa y Louis se quedaba murmurando. Después seguíamos caminando.

Una noche Louis y Vova estaban murmurando y tropezando sobre piedras llevándonos camino abajo. Estaba muy oscuro. Cuando al fin vimos una pequeña luz a un costado del camino, Louis gritó:

¿Sabrían decirnos a qué distancia está la finca de don Emilio Alvaro?

Una voz distante respondió:

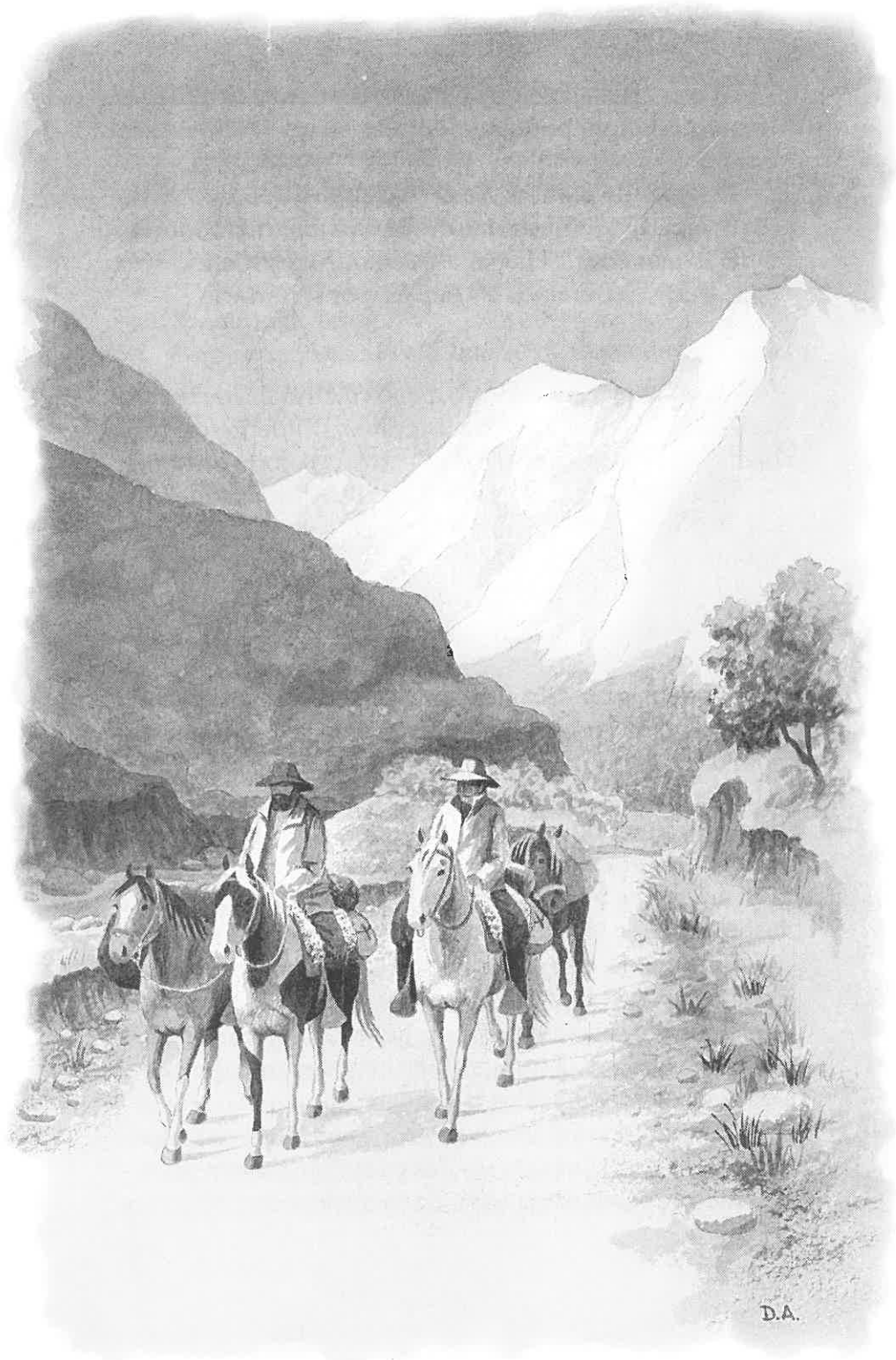
A unos diez kilómetros. Es demasiado para alcanzarla esta noche. Tendrán que pernoctar aquí.

El que nos invitaba no tenía modo de saber cuántas bocas hambrientas estaba atrayendo a su casa. En esa oscuridad uno no podía contar ni sus propios cascos. Pero la voz pareció alegre cuando levantó la lámpara para darnos la bienvenida.

Hermosos caballos. El manchado es soberbio.

Esa noche yo estaba hambriento, cansado y especialmente irritado por el éxito de Toby. Llevaba tres días con Toby a la rastra. El viaje no lo entusiasmaba. Cuando Louis y Vova iban hacia él, Toby simulaba no conocerlos. Quién sabe, quizás realmente no les prestaba atención, aunque con todo el ruido que hacían y el modo en que se movían todo el tiempo, eso parece improbable. Los dos habían renunciado a montarlo.

Toby mantenía su propio ritmo. Era muy coherente y en circunstancias normales un paso constante es algo bueno en un caballo. Lamentablemente, el paso de Toby era la mitad de rápido del nuestro, así que Louis, Vova, Fichu,



D.A.

Fénix o yo, teníamos que estar llevándolo a tiro todo el tiempo. Siempre podíamos confiar en que Toby sería el último.

Después de pasar el día arrastrando a Toby, yo no podía compartir el entusiasmo de nuestro anfitrión sobre sus bonitas manchas. Si había alguien que mereciera elogio, me parecía que éramos los demás, por soportarlo.

Por supuesto, cuando yo menos disfrutaba de la compañía de Toby era a la hora de comer. El apetito de Toby hacía parecer minúsculo el nuestro. Su modo de comer era una prueba para la paciencia. Toby nunca quedaba satisfecho con las comidas de la mañana y la noche. Su apetito cubría el día entero, y lo llevaba a cada mata de pasto que encontrábamos a nuestro paso. Aunque era un atolondrado, su habilidad para descubrir comida era infalible.

Los demás mordisqueábamos algo aquí y allá cuando se presentaba la oportunidad. Tratábamos de que nuestra comida no interfiriera con la marcha; Toby en cambio plantaba los cuatro cascos con firmeza cada vez que una mata de pasto lo tentaba. Nunca se le cruzaba por la cabeza que el viaje era más importante que la comida.

Otra noche la pasamos en un galpón. A mí no me molesta dormir en un establo de vez en cuando. Si uno busca, siempre puede encontrar algún resto de cereal o heno dejado por el último caballo que estuvo allí. Y si a uno lo ponen en su propia casilla, no tiene que pelear con los otros caballos por la comida. Pero los galpones no se parecen en nada a los establos.

Aun cuando uno tenga su propio pesebre en un galpón, las gallinas, las cabras o los cerdos se pasean por todos lados y se apoderan de todo lo que pueden. Mientras

uno trata de no pisarlos, ellos se están llenando la panza con la cena de uno.

Los galpones olían mal. Eso no tenía nada de raro, por el modo en que los llenaban de animales. Siempre había cerdos y cabras, y yo no sabía cuál me gustaba menos. A veces pensaba que lo peor eran las ovejas. Aunque, por supuesto, media docena de gallinas hedían peor que el chivo más maloliente.

Pero cuando oscurecía, uno se olvidaba de los olores. ¿Cómo preocuparse por la nariz cuando las orejas se estremecían por el estrépito?

En la oscuridad, las paredes del galpón se sacudían con balidos, cacareos y mugidos. Al fin, después de unas pocas horas, gozábamos de un breve silencio. Pero cuando estábamos empezando a dormirnos, una de las marranas descubría que no se sentía cómoda. Sus vueltas y ronquidos despertaban a los otros animales, y toda la cacofonía empezaba otra vez.

Cuando cantó el gallo a la mañana, yo no había pegado un ojo. Aun así, me alegré de ver abrirse las puertas del galpón. Cuando Louis me llevó afuera, pude ver un espectáculo conocido. Vova estaba inclinado sobre un objeto misterioso, trabajando gravemente.

Dondequiera que nos detuviéramos, las manos de Vova estaban ocupadas. Cada vez que yo pisaba algún objeto y lo oía soltar un sonoro "crac", cada vez que Fichu rozaba sus alforjas contra un árbol y se oía un largo "riiiipppp", o cuando Louis trataba de hacer funcionar algo y no podía, Vova tomaba sus herramientas, enhebraba un hilo en una aguja o simplemente aplicaba los dedos, y al poco tiempo había arreglado cualquier cosa que los otros miembros de la expedición hubieran roto, desgarrado o desarmado.

Esta vez del trabajo de Vova salió un saco lo bastante

grande como para cubrir el morro de un caballo hasta los ojos. Le agregó una correa de modo que pudiera colgarse de atrás de las orejas.

El morral estaba destinada a Fénix. Durante los últimos días se había hecho evidente que Fénix estaba adelgazando, y esto hizo fruncir el entrecejo a Vova y murmurar a Louis. Fénix tenía que comer más. El morral aseguraría que lo hiciera. Antes de colgárselo, Vova lo llenó con varios puñados de maíz. Unos marlos cayeron al suelo y tres perros huesudos lucharon por ellos. Las pobres criaturas no eran mucho más grandes que pollos, y por lo menos igual de feos. Trataban de romper los marlos con los dientes, y husmeaban excitados buscando más.

En mis potreros en la Argentina los perros eran tan gordos que cuando corrían tras de una vaca solían detenerse a recuperar el aliento. Atrapar a una vaca en verano podía llevarles días, pues por cada cinco minutos de persecución necesitaban echarse en el pasto y hacer una siesta de al menos una hora.

Aquí en la Carretera Austral no había siquiera pasto donde un perro pudiera echarse. Por donde se miraba, sólo había nieve y hielo. En la carretera el sol brillaba con más fuerza que en mis potreros. El resplandor de las montañas nevadas hacía doler los ojos. En la Argentina el sol siempre me había producido deliciosas corrientes de calor por el lomo. Aquí en la Carretera no sentía sus rayos sobre mi pelo. Pensaba que si sólo lográbamos escapar del frío, las cosas irían mejor. Pero descubrí que los problemas, a diferencia de los caballos, se sienten a gusto en cualquier clase de clima.

Atrapado

No mucho después de la agotadora noche en el galpón empezamos a trepar una larga ladera. Subíamos y subíamos y pronto estuve convencido de que esa subida no terminaría nunca.

Ya marchábamos entre cimas de montañas. Alrededor colgaban láminas de hielo de las rocas, como cascadas de agua. A veces un trozo de hielo se soltaba de las paredes con un largo "crac" y se desplomaba cerca de nosotros.

Al cabo de un tiempo el camino se niveló y ya no tuvimos que esforzarnos tanto. Aun así, el hielo estaba tan resbaladizo que en muchos sitios era difícil no caerse.

El frío, la falta de descanso y la dificultad de conseguir buen heno no eran alentadores para ninguno de nosotros, pero el ánimo de Fénix había bajado más que el de los demás. Aunque estaba comiendo el doble que los demás, se lo veía más flaco y había perdido su energía. Todavía se esforzaba, pero ya sin su habitual entusiasmo.

La mayoría de los humanos en la Carretera Austral vivían en pequeñas granjas. A los otros rara vez los veíamos, aunque podíamos oír el zumbido de sus sierras a lo lejos. Eran leñadores cortando árboles. Pero alrededor de nosotros todo era rocas y nieve. Nadie vivía donde no crecían las plantas.

Cuando marchábamos por esa prolongada ladera, el único sonido provenía de un arroyo que corría a un costado. El agua corría a saltos bajando la ladera que nosotros subíamos con tanto esfuerzo. Al fin, después de mucho tiempo, ocurrió un pequeño milagro.

No sé cómo pasó, pero de pronto advertí que no había

más nieve ni hielo. Alrededor todo era verde. Ahora, en lugar de frío y seco, el aire era húmedo y estaba cargado de olores extraños.

Miré el arroyo. Seguía saltando y chapoteando y era tan ruidoso como antes, sólo que ahora, en lugar de correr en dirección contraria a nosotros, seguía nuestro mismo curso. En algún momento, cuando mi mente había estado perdida quién sabe dónde, habíamos cruzado al otro lado del alto paso de montaña.

El camino había empezado a bajar y pequeños hilos de agua corrían locamente cruzándolo. Los olores extraños que sentía eran traídos por una brisa cálida. Venían de plantas que crecían por todas partes, plantas extrañas con hojas enormes, y árboles con raíces que se enredaban, ramas que se doblaban y troncos que se curvaban.

Empezó a caer una llovizna que pronto se transformó en un chaparrón. Si se hubiera podido oír las gotas en una sola de esas hojas monstruosas, se habría oído un “tiquitaca”. La lluvia golpeando todas esas plantas a la vez producía una especie de rugido.

El sol que nos había cegado esa mañana ahora parecía muy lejano. Tuvimos que atravesar muchos días más de barro antes de volver a ver un cielo azul. Qué curioso es extrañar cosas a las que poco antes uno no les había prestado ninguna atención.

Esta región húmeda tenía sus ventajas, sin embargo. Había altas matas de hierba aquí y allá, y Louis y Vova se detenían para dejarnos comer. Con la boca llena de verde, yo me olvidaba de la lluvia.

Fichu, Toby y yo nos contentábamos con comer al costado del camino, pero Fénix nunca estaba satisfecho. No bien había probado un bocado, partía a buscar más. Louis y Vova se turnaban para ir a buscar a Fénix y traerlo de vuelta adonde estábamos. Los paseos de Fénix ponían nervioso a Vova.

Fénix, no sé qué esperas descubrir, pero creo que sería mucho más seguro que te quedaras con los demás.

Por supuesto, a Fénix le bastaban unos segundos para olvidarse de esta reprimenda. Cuando volvíamos a alzar la vista ya estaba lejos, y habría desaparecido si Louis no hubiera salido corriendo en su busca.

El sur de Chile es el país de la lluvia. Allí en unos pocos días llueve más que en todo un invierno argentino. Parecía que las nubes nunca se agotarían. Louis y Vova no cabalgaban mucho. Después de ir sentados en nuestros lomos unos minutos, los sentíamos empezar a temblar. La mayor parte del tiempo caminaban delante de nosotros, las cabezas inclinadas y los hombros alzados.

En muchos lugares todos los árboles habían sido aserrados, y nuestra marcha se hacía más triste en esas laderas vacías. Los bosques eran antiguos y estaban llenos de árboles raros que sólo crecían allí. Me pregunté por qué los humanos querrían llevarse tantos árboles.

Lo más triste de todo fue un valle desolado por el que pasamos. Mucho tiempo atrás había habido un incendio y no había dejado nada más que muñones ennegrecidos. Fue en ese valle solitario que casi perdimos a Fénix.

Era un día solitario; no había un alma en ninguna parte. El suelo del valle retenía el agua hasta volverlo un enorme lago. Los troncos quemados que se alzaban como un gran ejército era todo lo que había quedado de un ancho bosque que mucho tiempo atrás había surgido de un pantano. Por lo que podíamos ver, el único suelo completamente seco era el camino que seguíamos.

Habíamos iniciado la marcha temprano. Al mediodía ya habíamos llegado lejos. Detrás no podíamos ver más

que el bosque quemado. Y adelante no era muy distinto: más troncos quemados.

Cuando cesó la lluvia, Louis y Vova se sentaron a comer. Nosotros empezamos a pastar al costado del camino. El pasto no era bueno: crecía en el pantano y no tenía gusto a nada. Pero habíamos aprendido a no desperdiciar ninguna oportunidad de comer, pues no sabíamos cuánto tendríamos que caminar hasta la cena.

Mis pensamientos sobre comida fueron interrumpidos de pronto por un relincho preocupado.

Alcé la vista y advertí que Fénix no estaba entre nosotros. De inmediato me uní a Fichu en el llamado, y Louis y Vova se pusieron de pie de un salto. Fénix no respondía. Después de mirar un poco más lo vimos pastando una mata de hierba, bien adentro del pantano.

Louis y Vova se miraron. Louis se encogió de hombros y Vova partió por el barro. Le era difícil avanzar. Cada dos o tres pasos una de sus botas se hundía y tenía que esforzarse por sacarla. Al fin llegó adonde estaba Fénix y se volvió hacia nosotros.

Mientras Vova iba por el pantano hacia Fénix, Toby empezó a seguirlo, convencido de que Fénix había encontrado mejor pasto. Vova tuvo que dejar a Fénix y tratar de hacer volver a Toby a gritos, y Louis entró al pantano para ayudarlo.

Ahora los cuatro, Fénix, Vova, Toby y Louis, se hundían en el barro y les costaba alzar los pies. Toby era el que más dificultades tenía, así que Louis y Vova lo empujaron y tiraron de él; después de mucho esfuerzo, Toby llegó al fin al camino.

Pero cuando Louis y Vova volvieron hasta donde estaba Fénix, ya era casi demasiado tarde. Tratando de alcanzar una mata de pasto, Fénix se había metido en un sitio de barro blando y ya se había hundido hasta la panza.

Al principio Fénix no advirtió que estaba atascado.

Louis tomó su cabestro y tiró de él. Sólo entonces Fénix trató de liberarse del barro y no pudo. Después del tercer intento infructuoso, los ojos de Fénix se pusieron muy grandes por el miedo. Louis empezó a gritar.

Vamos, Fénix. Prueba una vez más, tú puedes hacerlo.

Fénix probó de nuevo, y otra vez más, siempre haciendo el máximo de fuerza. Cuando parecía que estaba a punto de lograrlo, volvía a hundirse. Cada vez se hundía un poco más profundo.

Siguió intentándolo, pero sus cascos no tenían dónde apoyarse. Ahora en lugar de blanco estaba pardo de barro. Respiraba con fuerza, y en sus ojos el miedo se mezclaba con el agotamiento.

Los demás lo mirábamos desde el camino. Fichu seguía relinchando para darle ánimo, pero Fénix estaba demasiado ocupado para escucharlo. Louis y Vova parecían asustados. Vova habló con una voz que no le conocía.

Si se cansa demasiado puede rendirse.

Louis sacudió la cabeza.

Es cierto, pero no pasará la noche en este frío.

Trataron de alentarlos otra vez, pero ahora Fénix no parecía oírlos; estaba demasiado agotado.

Aunque Fénix estaba atascado, no se había seguido hundiendo. Parecía que no se ahogaría. Louis se tiró boca abajo, metiendo las manos en el barro en busca de las patas de Fénix, y se detuvo en la pata trasera izquierda.

No siento nada malo en las otras, pero no puedo llegar a este casco y Fénix no me permite que tire de la pata. Quizás lo lastimo.

No bien Louis se hubo levantado Vova tomó su lugar y metió el brazo en el barro hasta el hombro.

Hay algo enganchado en el tobillo de Fénix.

Fénix estaba quieto. Parecía más paciente que nunca. Vova tenía la cabeza apoyada en el pelo embarrado de Fénix.

Parece una raíz... ¡Aquí está!

Se puso de pie y él y Louis se apartaron de Fénix. Fénix les dio unos segundos para que se alejaran, y después volvió a tirar hacia adelante, sacando furiosamente una pata tras otra del barro. Estaba libre.

Fue una suerte que no perdiéramos a Fénix entonces, porque era un buen compañero. A diferencia de la mayoría de los caballos, no era egoísta. Fénix nunca se negaba a compartir una mata de hierba, o inclusive un balde de cereal. Siempre estaba dispuesto a ceder su parte y partir en busca de su comida en otro lugar.

Fénix no necesitaba ser avaro con la comida, porque de todos modos su curiosidad siempre lo estaba llevando a descubrir mejores hierbas. No bien Fichu o Toby se acercaban a comer algo que Fénix había descubierto, en lugar de enojarse, él se alejaba. Hacía lo mismo con caballos extraños. Ellos no lo conocían, y supongo que pensarían que les tenía miedo, que era un poco cobarde. Pues bien: estaban equivocados.

Adiós, Toby

Era evidente para todos que Toby no podía seguir con nosotros. Al menos, era claro para todos menos para Toby. No creo que pensara en el futuro más allá de su siguiente balde de cereal. Aunque era grande y más fuerte que Fénix, a Toby le faltaba una cualidad indispensable. Era un atributo que Fénix tenía más que ninguno de nosotros. Sin él ningún caballo puede hacer frente a los largos días de esfuerzos que se extienden por delante. Esa cualidad era un sentido de misión. Fénix creía que cada paso que daba era importante.

Llegaría un día en que descubriríamos que aun una voluntad tan fuerte como la de Fénix puede caer derrotada. Pero todo lo que hacía Fénix, lo hacía con una devoción que significaba más que cualquier éxito.

Salvo para comer, Toby nunca sentía el impulso de hacer nada. Seguía con nosotros sólo porque tenía miedo de estar solo. Su falta de entusiasmo erosionaba el nuestro.

Por suerte para él, su belleza lo protegía. Sus manchas brillantes lo habían salvado de volverse comida de peces antes de que se uniera a nuestra expedición, y ahora volverían a ser su salvación.

Dondequiera que fuéramos, había humanos que preguntaban si Toby estaba en venta. Al principio Louis y Vova siempre respondían enérgicamente.

No, no vendemos ninguno de nuestros caballos. Los necesitamos para nuestro viaje.

Eso era al comienzo, cuando Toby no llevaba mucho tiempo con nosotros.

A medida que subíamos por el sur de Chile, Louis y Vova no respondían tan rápido. Se miraban uno al otro, y al fin uno de ellos suspiraba.

No, realmente no podemos. Estos caballos son nuestros compañeros.

Pero al fin, pese a su lealtad por nuestro compañero expedicionario, Louis y Vova no pudieron seguir ignorando la verdad: Toby no tenía el temperamento para marchar con nosotros más tiempo.

Dejamos a Toby atrás una noche, justo antes de cruzar las montañas. La pequeña finca donde nos habíamos alojado durante los días anteriores se llenaba de niños al final de cada semana. Los niños adoraban a Toby y no les importaba que él nunca tuviera apuro por ir a ninguna parte.

Así que Toby tendría lo que nunca había tenido, días cálidos con muy poco que hacer y comida en la cantidad que quisiera.

Es comprensible que Toby no reconociera su buena fortuna al principio. La noche de nuestra partida vio cómo nos ensillaban. No estaba sorprendido de que nadie le pusiera nada en el lomo. Se había acostumbrado a vernos trabajar a nosotros mientras él caminaba liviano atrás.

Cuando hubimos salido, la tranquera se cerró antes de que Toby pudiera seguirnos. Media hora después de haber partido, sus relinchos tristes todavía nos llegaban en la cálida brisa nocturna.

El cruce

Bajo el sol de los días siguientes nos olvidamos de Toby. El calor nos derretía todos los recuerdos. En el sur de Chile había habido árboles en todas partes, y a menudo marchábamos a su sombra. Ahora estábamos rodeados sólo por arenas secas por el sol. Veía correr hilillos salados por el pelo de Fichu, y debajo de mi silla sentía un charco de sudor.

La única sombra que encontrábamos estaba dentro de los túneles. Pero los túneles eran estrechos y, en medio de su oscuridad, aparecían de pronto luces brillantes. El eco del estruendo de los autos que pasaban a nuestro lado era aterrador. Yo me detenía y trataba de retroceder pero nuestros jinetes gritaban y no sabía qué hacer. Otros autos que venían de atrás pasaban como exhalaciones y a veces hacían sonar sus bocinas. Fichu, Fénix y yo aprendimos a temer a los túneles y tratamos de no dejar que Louis y Vova nos metieran en ellos.

Pero evitar los túneles era peor. Si no pasábamos por

ellos, no teníamos más alternativa que subir a las grandes montañas de arena que bloqueaban nuestra marcha hacia el norte. En las colinas más empinadas yo sentía cómo las alforjas en mi lomo resbalaban hacia atrás y me hacían retroceder con ellas. La arena era tan blanda que en lugar de caminar, hundía un casco y me agitaba tratando de desenterrar el otro. A veces parecía como si mis piernas pesadas no me estuvieran llevando a ninguna parte.

De tanta atención que debía prestar a mis cascos, siempre temía perder a mis compañeros. Pero cuando alzaba la vista los veía esforzarse a mi lado. Fichu, por ser el más pesado, era el que peor lo pasaba. Le era difícil mover su gran masa en un avance sostenido. Tomaba impulso y subía rápido por unos momentos, después se detenía a recuperar el aliento con enormes bocanadas. Louis y Vova no podían montarnos cuando subíamos esas laderas; tenían que caminar. Por primera vez los vi usar los brazos como patas. Parecían más raros todavía que Fichu con sus saltos. Varias veces, Vova no pudo avanzar lo bastante rápido para mantenerse a la cabeza, y tuvo que hacerse a un lado para dejar pasar a Fichu. Cuando mi gran compañero zaino se sacudía, rociaba a Vova con sudor.

Cada vez que Louis se detenía, se arrojaba sobre la montura de Fénix. Louis tenía calor. Se quejaba.

Tengo calor. Qué calor hace. Cuánto calor.

Por difícil que fuera escalar esas colinas arenosas, rara vez nos llevaba más de una tarde hacer el cruce. Al poco tiempo nos encontramos frente a los Andes, y cinco días después todavía estábamos subiendo.

Fueron días largos, quizás no tan difíciles como las colinas de arena, pero las colinas de arena siempre tenían un fin. Ahora, cuando cruzábamos los Andes desde Chile de vuelta a la Argentina, no parecía haber ningún fin. Seguíamos subiendo.

Nunca he sentido tanta hambre. Mi estómago habría cambiado con gusto todo lo que comimos esos primeros

días en los Andes por la más somera comida en la Carretera Austral.

Estos Andes no eran como sus primos que bordeaban nuestro camino en el sur. Las montañas en la Carretera Austral habían estado más distantes. Aquí se apiñaban alrededor, como gigantes alrededor de nuestra diminuta caravana. Estas montañas eran de colores extraños, rojo arenoso, anaranjado polvoriento, y hasta un negro de hollín. Sólo faltaba el verde.

El camino por el que íbamos se llamaba Paso San Martín. Mucho antes de que lo hiciéramos nosotros, ejércitos de caballos con sus jinetes humanos habían usado el mismo paso. Estas mismas montañas los habían visto pasar a ellos también. Qué extraño habría sido encontrarse con un ejército de caballos cansados bajando por el camino que nosotros subíamos. Me pregunté si todos aquellos caballos habrían tenido tanta hambre como sentía yo ahora.

Examiné las montañas en busca de un punto verde, por pequeño que fuera. Aunque lo hubiera encontrado, dudo de que Louis y Vova hubieran aceptado llevarme. Por largo y solitario que fuera nuestro camino, Louis y Vova casi nunca se apartaban de él.

Louis y Vova no parecían más satisfechos con su comida que nosotros con la nuestra. Era curioso, pero cuanta más hambre tenía Louis, más trabajaba su boca.

Todos nos decían que no tendríamos problemas para encontrar comida para nosotros y los caballos. Nunca habría creído que el paso sería tan desolado. Vaya si tengo hambre, hace días que el estómago me está gruñendo...

El hambre tenía un efecto más extraño todavía sobre Vova. Cuanta más hambre tenía, menos funcionaban sus oídos. Para cuando estábamos por la mitad del paso, Vova estaba prácticamente sordo. Louis hablaba y hablaba, pero parecía como si Vova no oyera nada.

Quizás Vova había desplazado toda su concentración



D.A.

a la nariz, como había hecho yo. Después de unos días con tan poco que comer, mi nariz ya no contaba con los ojos para encontrar más comida. Yo estaba olfateando todo el tiempo, pero lo único que olía era el mismo olor arenoso del río poco profundo que corría cerca de nosotros.

Tren de mulas

Después de una noche de hambre, retomábamos la marcha. Fichu, Fénix y Vova parecían muy cansados. Louis hablaba.

Qué mala suerte. Debería haber alguien por aquí con un fardo o dos de heno para compartir. Esta mañana daría cualquier cosa por una taza de café. Vaya, no veo la hora de comer una buena comida caliente.

A juzgar por lo mucho que hablaba Louis y lo poco que respondía Vova, comprendí que ambos estaban al borde de la inanición. Francamente, nosotros los caballos no nos preocupábamos demasiado por eso. Nuestros jinetes no habían hecho un trabajo especialmente bueno en conseguirnos comida a nosotros. Hasta Fénix estaba irritable. Cada vez que Vova iba a ajustarle la cincha, nuestro compañero blanco trataba de morderlo. Después hicieron las paces, pero fue un alivio llegar al fin a un puesto de la policía argentina, donde hubo comida en abundancia para todos.

El puesto fue nuestro hogar por una tarde y todo el día siguiente. Nos alegró el descanso y nos deleitó la comida, pero hubo un problema. Todo el tiempo que estuvimos comiendo nos vigilaron de cerca nuestros vecinos, una manada de mulas.

Ya antes habíamos cruzado una o dos veces una cara-

vana de mulas. Bajo sus cargas pesadas siempre parecían criaturas muy solitarias.

En el puesto, varias mulas compartían el corral inmediato al nuestro. Aun con todo el hambre que tenía, no pude ignorarlas. Nos miraban fijo todo el tiempo que comíamos.

En realidad, no se contentaban con mirarnos; también querían olerlos. Algunas estiraban los cuellos sobre el alambrado, otras metían el morro entre los alambres y el resto empujaba para acercarse y husmear.

Tanta atención me puso nervioso. Algunas de las mulas eran tan grandes y hacían tanta fuerza sobre el alambrado, que parecía como si fueran a echarlo abajo.

No parecían enojadas. No parecían siquiera curiosas. Aun cuando eran muchas y vivían todas juntas, parecían tan solitarias como las mulas que habíamos visto marchando.

En un momento las mulas nos habían olvidado. Todas se plantaron con solemnidad mientras dos humanos viejos las cargaban con gruesas alforjas de lona.

Pronto la caravana de mulas partió a defender las fronteras de montaña argentinas. De una cosa estoy seguro: si alguna pastura clandestina de avena hubiera tratado de introducirse por entre esas montañas desoladas, no habría llegado lejos.

La cojera

Al día siguiente nosotros también abandonamos el puesto. La partida me resultó prematura. Quería quedarme lo más cerca posible de los fardos de heno que la policía había estado acumulando. Pero nuestros jinetes tenían memorias cortas. Una vez que Louis y Vova hubieron lle-

nado sus estómagos, se olvidaron de toda el hambre que habíamos pasado hasta dos días atrás.

Decidí que tendría que hacer algo para detenerlos. Cuando Louis vino a ensillarme, caminé tieso sobre mi casco delantero derecho. Fue un truco simple, pero funcionó maravillosamente.

Por supuesto, Louis no notó que estaba rengueando. Louis estaba muy alerta a la hora de cenar, pero como acababa de desayunar, su mente estaba en otra parte. Por suerte, después de meses de viajar con Louis, Vova había aprendido a remediar sus distracciones.

Eh, Louis, ¿por qué está rengueando Sufridor?

La exclamación de Vova hizo detener a Louis un momento. Al principio su expresión fue neutra. Después pareció intrigado, y al fin su desconcierto se transformó en preocupación.

Creo que tienes razón. Sufridor, ¿qué tienes en esa pata?

Decidí que Louis y Vova trataran de averiguarlo por sí solos. Se turnaron. Uno me llevaba a dar una vuelta mientras el otro contemplaba con atención. Todo lo que tenía que hacer yo era recordar cuál de mis patas era la que debía renguear.

Como varios policías se habían acercado a mirar por curiosidad, Louis y Vova trataron de parecer entendidos. Vova puso la cara más seria que pudo, y mientras algunos de los policías hacían sugerencias, Louis sacudía la cabeza con gravedad.

Sí, es difícil decir. No sé.

No me sorprendía que Louis no supiera. Cualquier cosa por debajo de un león de montaña prendido con los dientes a mi pata habría dejado a Louis "no del todo seguro" de cuál era el problema.

Mi renguera dió un resultado tan formidable que la acentué un poco más, y se me ocurrió arrastrar también uno de los cascos traseros.

Cada vez que daba un paso, Louis y Vova hacían una mueca como si fueran sus piernas las que les dolían.

Mi treta habría funcionado sin fallas si mis jinetes no hubieran hecho algo inesperado. Se llevaron a Fénix y Fichu al otro lado de una pared, donde yo no pudiera verlos.

Empecé a llamar a mis compañeros, y Fichu respondió, pese a lo cual temí que se los estuvieran llevando más lejos. Tiré de mi cabestro, pero Louis lo sostuvo firme. Me pregunté qué harían todas esas mulas cuando volvieran y me encontraran solo. Tiré del cabestro hasta que Louis lo soltó. Me olvidé de mis rengueras y corrí hacia donde estaban Fénix y Fichu. Me sentí muy aliviado al verlos. No se habían ido lejos, y me esperaban. Vova los había atado a los dos al mismo poste.

Cuando fui corriendo hacia ellos, Vova soltó la risa.

Tus patas parecen mucho mejor ahora, Sufridor. No te duelen tanto como perder a tus amigos.

Yo estaba tan feliz de no haber sido abandonado que ignoré la jugarreta de Louis y Vova. Seguía feliz cuando iniciamos la marcha.

Mendoza

Ahora que estábamos del lado oeste de los Andes, éstos ya no ocultaban el sol de la mañana. Cuando bajábamos las montañas, las brisas frías cesaron y volvió a hacer calor. Una tarde llegamos al borde de una larga meseta, y las montañas bajaban abruptamente adelante. Pudimos ver un amplio panorama de la Argentina. Un color de arena se extendía hasta el horizonte. No era como la Argentina verde donde yo había nacido, ni siquiera como las llanuras desoladas de la Patagonia. El cielo aquí era de un celeste

claro y el sol se filtraba a través de un polvo fino que se levantaba como niebla.

Mirándolo desde allí arriba, se lo habría tomado por un lugar tranquilo, pero eso sería un error. En esa tierra soñolienta había toda clase de problemas esperándonos.

Nuestro retorno a la Argentina empezó bastante bien. Cuando descendíamos por las laderas orientales de los Andes, el calor aumentaba. En unas horas llegamos a la ciudad de Mendoza. Hacía varios días que no viajábamos a la sombra. Pero cuando entrábamos en Mendoza, altos eucaliptos nos protegían del sol. Nuestra pastura en Mendoza era pequeña y pedregosa, pero nuestras comidas eran enormes, y después de unos pocos días dejamos de precipitarnos sobre ellas. Fichu inclusive me dejó comer a su lado, cosa que no hacía nunca cuando estábamos viajando. Venían gauchos en sus caballos y preparaban asados para Louis y Vova. Los niños se reunían entre los árboles y miraban comer a los humanos grandes.

Con el paso de los días, Louis y Vova empezaron a caminar más lento y pasaron más tiempo con nosotros, y a cualquiera que quisiera escuchar le hacían largos y tranquilos relatos de lo valientes que habíamos sido.

Pero la paz no duró. Un día noté que Louis estaba inquieto y Vova empezó a dar vueltas a nuestras pertenencias y arreglar lo que estaba roto. Era fácil adivinar que nuestro valor volvería a ser puesto a prueba.

En razón del calor, Louis y Vova decidieron que no haríamos el siguiente tramo de nuestro viaje a la luz del día. Una tarde, cuando el sol ya había aminorado su potencia, empezaron a ensillarnos de nuevo.

Pasamos por debajo de los eucaliptos, después recorrimos calles con casas de ladrillo, bajo la mirada de incontables humanos. Algunos estaban en las puertas de sus

casas, y otros nos miraban desde los ómnibus que pasaban traqueteando. En las ventanillas traseras de los autos veíamos niños que nos saludaban con las manos y se reían.

Un auto se detuvo y su humano se bajó y vino hacia nosotros.

¿Ustedes son los que van a Alaska, no? ¿Cuál de los tres caballos es el criollo? Ah, debe de ser este pequeñito.

El humano se acercó a mí.

Bueno, las patas son un poco cortas. Sí, podría ser algo más alto. Y las patas delanteras son demasiado rectas.

No me gustó este humano charlatán. Tenía los ojos demasiado juntos y parecía tener más opiniones de las que le conviene a un humano.

A Louis y Vova tampoco les gustó. De eso me di cuenta. Sonrieron y asintieron con las cabezas sin decir nada. Cuando los dos se quedaban así de callados, significaba que nos alejaríamos de prisa una vez que el humano ese terminara con lo que tenía que decir.

El par de ojos juntos miró a Louis y Vova, esperando una respuesta. Pero ellos se limitaron a sonreír, y el humano puso una expresión rara, volvió a su auto y se marchó.

Caminata nocturna

Cuando salíamos de Mendoza muchos de los autos nos tocaban bocina al pasar. Louis y Vova saludaban con la mano. Al principio el sonido de las bocinas me sobresaltaba, pero después de oírlas por docenas, no pensé más en ellas.

Los autos empezaron a disminuir y en lugar de casas vimos largas hileras de caballetes sobre los que racimos de uvas se disponían a estallar en sus viñas. Louis trató de darme una uva, pero olía raro y la dejé caer al suelo.

Cuando llegó la noche seguimos marchando. Sin el calor sordo del sol y los ruidos del día, el tiempo pasaba rápido. Como yo por lo general duermo de noche, nunca había advertido qué inquietas son las estrellas. Eran igual que Fénix. Cada vez que alzaba la vista se habían desplazado a otra parte. Mucho después, cuando Fénix nos hubo dejado para siempre, las estrellas movedizas me hacían pensar en mi compañero perdido.

Cuando el sol naciente borró a las estrellas del cielo, nosotros seguíamos caminando.

Durante los días siguientes tuvimos un problema: la falta de agua. A veces el sol estaba alto en el cielo antes de que encontráramos algo que beber. Para entonces estábamos muy cansados.

Cuando descubríamos agua solíamos encontrar algo de comer también. No había mucho pasto, pero abundaban los tallos y vainas.

Nunca recordaba el momento en que dejaba de comer y me dormía. Pero después me despertaba y veía a Louis dando vueltas en el suelo. Hacía su cama con nuestros aperos sudados, y la tendía dondequiera que encontrara sombra. No bien el sol se movía un poco él se levantaba, sacándose más ropa, murmurando, y buscando otra vez la sombra.

Mientras Louis se tambaleaba y maldecía al sol, Vova dormía. Vova se parecía más a un caballo. No era tan quisquilloso con el lugar donde dormir. Mientras Louis se agitaba y retorció como un gusano en una carretera caliente, Vova dormía quieto como un charco.

Cuando Fichu, Fénix y yo habíamos terminado de dormir y de comer, observábamos a las hormigas que trepa-

ban al cuerpo de Vova. Para las hormigas Vova no era más que una montaña de forma rara que las separaba de sus responsabilidades. Algunas se detenían un rato, obviamente intrigadas por su primera excursión en esa tierra extraña.

Muchísimas moscas se posaban en Vova también. Pero como no podían alterar la sonrisa pacífica de su cara, pronto se desalentaban y buscaban a otro que molestar.

No tenían que ir muy lejos. Louis por lo general estaba sentado, sin camisa y con el pelo pegoteado de tierra y sudor, los ojos con una mirada salvaje, los brazos en movimiento. Una mano apartaba hormigas y la otra espantaba moscas.

A la noche volvíamos al camino. Todos nos sentíamos renovados, salvo Louis. Me daba cuenta por el modo en que se sentaba en mi lomo. Cabalgaba con la misma incomodidad de siempre hasta que, de pronto, se ponía flácido y se empezaba a inclinar hacia un costado. Pero siempre justo antes de caer se recuperaba.

La tormenta

Durante nuestros viajes por Chile, de vez en cuando habíamos dado con un sitio que parecía tener todo lo que un caballo podía desear: cielos soleados, brisas frescas y pastos verdes que nos llegaban a la rodilla. Eran momentos en que me sentía seguro de haber descubierto la Alaska que nuestros jinetes estaban buscando. Pero por agradables que fueran, ellos nunca se quedaban en esos sitios más tiempo del que nos llevaba llenarnos las panzas y descansar bien una noche.

Ahora que estábamos de vuelta en la Argentina, esos campos verdes eran sólo recuerdos. Nada se parecía a mis viejos potreros. Lo peor fue lo que sucedió encima de no-

sotros. Cuando marchábamos por esa parte desconocida de mi patria, pareció como si el cielo se hubiera propuesto detenernos.

Al principio pensé que habíamos ganado la partida al sol caminando en el fresco de la noche. Pero después esa oscuridad también se volvió una enemiga. El cambio empezó de modo inocente. Estábamos a unos pocos días de San Luis cuando a mi izquierda vi un resplandor sobre el horizonte distante. Varios segundos después oí un trueno lejano y supuse que era el estómago de Fichu. No era inusual. A menudo, cuando Louis y Vova estaban demasiado cansados para decir nada, el estómago de Fichu empezaba a hablar. Y una vez que empezaba, necesitaba mucho forraje para callarse.

Poco después vi otro relámpago, esta vez a mi derecha y un poco más cerca que el primero. Otra vez oí lo que creía que era el estómago de Fichu, ahora más fuerte.

Pronto comprendí que no era el estómago de Fichu. Eran truenos de verdad. Mucho tiempo atrás, en mis potreros, yo había sentido su fuerza.

La noche siguiente volvieron los relámpagos y los truenos. Sólo que ahora los relámpagos eran más brillantes, y al trueno además de oírlo se lo sentía. Aun así, la noche seguía envuelta en una brisa cálida.

A la mañana el cielo se despertó tranquilo y azul. Cuando descansábamos durante el día, reinaba un silencio caluroso. Pero la tercera noche volvieron los relámpagos y truenos. Esta vez nos rodeaban por los cuatro costados.

La lluvia estaba cerca. Durante meses habíamos luchado por encontrar agua. A veces teníamos que salirnos kilómetros de nuestra ruta sólo para llegar a ella. Ahora se nos vino encima de repente, más agua de la que necesitaríamos nunca derrumbándose sobre nosotros en la oscuridad.

Louis tropezaba adelante, tratando de mantenerse en el camino. A cada relámpago, podíamos ver el campo que nos rodeaba. No había abrigos, ni una sola casa o refugio, sólo un mar de arbustos verdes que resplandecían brevemente. Después la negrura lo llenaba todo hasta la siguiente descarga del relámpago que se encendía entre las cortinas de lluvia.

En las noches anteriores el trueno se oía mucho después del resplandor. Yo no estaba seguro de que viajaran juntos. Pero esta noche no había duda de cuál ruido acompañaba a cuál luz. El trueno seguía al relámpago más y más próximo cada vez. Cada vez que estallaba, me sacaba el aire de los pulmones.

Varias veces me dispuse a salir corriendo tan rápido como pudiera. Pero cada vez comprendí que no había ninguna parte adonde huir. No sabía bien de dónde venían los relámpagos. Louis gritaba:

Vova, tenemos que encontrar refugio. ¿Viste algo?

No he visto una casa en toda la noche. Sigamos adelante, no podemos detenernos. Si nos quedamos quietos crearemos una carga y los rayos nos caerán encima.

Louis caminó más rápido. En circunstancias normales nosotros los caballos no habríamos estado de acuerdo con esa aceleración, pero ahora había momentos en que Fichu casi superaba a Vova. Todos estábamos apurados.

Con cada nuevo estallido del trueno Fénix y Fichu saltaban. Si mis compañeros decidían salir corriendo, yo los seguiría.

Louis probablemente captó nuestro pánico. Fichu casi se le escapaba cada vez que caía un rayo. Louis empezó a gritar:

¡Vamos, Fichu! ¡Adelante, Fénix! ¡Sigue caminando, Sufridor!

Su voz retumbaba. Pero por mucho que gritara, la mayoría de sus palabras se perdía en la lluvia y el trueno. Estaba tratando de tranquilizarnos, aunque era evidente que él también estaba nervioso. Después de todo, Louis y Vova estaban caminando, no montados. No querían estar más cerca de ese rayo que nosotros.

Poco a poco los ruidos de Louis se debilitaron mientras el trueno rugía.

Pasaron las horas sin cambio en el clima. Los relámpagos bailaban uno alrededor del otro como terribles pájaros. Parecían jugar una competencia de explosiones y chillidos. No sé cómo, nos dejaron en medio sin tocarnos, y al fin se fueron a jugar a otra parte.

A la mañana siguiente el cielo estaba limpio y azul. No vi una sola nube. Quizás, pensé, el trueno y el rayo habían sido sólo un mal sueño. Pero oí a Vova que gemía, todavía medio dormido. Louis parpadeaba poniéndose las botas mojadas. Nuestros jinetes parecían muy incómodos. Tuve un cálido sentimiento de satisfacción, que duró hasta que Vova empezó a ensillarme y el agua de las frías alforjas me mojó. No ayudó que Vova ajustara demasiado la cincha. Cuando le recordé que yo la prefería más floja, descubrí que estaba de mal humor.

¡Ah! ¡Sufridor! Si vuelves a morderme, tendrán que recoger tus pedacitos.

Como todas las otras veces que Louis y Vova se portaban mal con nosotros, los perdonamos, esta vez por la tormenta. Los caballos no somos rencorosos, al menos Fénix y Fichu no lo eran. Después de todo, era difícil culpar a nuestros jinetes cuando compartían nuestras miserias.

Valor

La vez siguiente que nos encontramos con un tiempo inclemente nuestros jinetes no actuaron tan honorablemente. Pocos días después de salir de San Luis, y cuando faltaba menos de un día para llegar a la ciudad de Carlos Paz, nos cayó encima otra tormenta. Al principio vimos el horizonte adelante de nosotros oscurecerse y en un instante el cielo empezó a revolverse como un océano colgado sobre nuestras cabezas. El viento llegó de pronto. Empezó llevándose todo lo que no estaba atado. Los ponchos que cubrían nuestras sillas se desvanecieron antes de que Vova y Louis pudieran volverse a tomarlos. El viento movió las alforjas del lomo de Fichu, y Fichu, pesado como era, se tambaleó y pareció como si fuera a caer.

Después la lluvia perdió la paciencia y empezó a golpearlos. En lugar de caer desde arriba, corría hacia nosotros desde ese horizonte negro. La lluvia ardía al golpear, pero eso no fue nada comparado con lo que pasó después.

Con un trueno repentino el día se volvió noche y la lluvia se transformó en piedrecitas blancas que nos golpearon todas a la vez. La tormenta nos había sorprendido en un paisaje de colinas verdes. No había dónde refugiarse del granizo.

Louis y Vova se detuvieron y hablaron un momento a gritos. Como el viento les arrancaba los sombreros, se cubrían la cabeza con los brazos. Después de unos pocos pasos el viento volvió a hacerlos detener. Yo casi lo lamentaba por ellos, pero entonces Louis cometió un acto im-

perdonable de traición. Si alguien encontraba un refugio de ese granizo demoledor, entonces todos debíamos compartirlo. Pero Louis tenía poco sentimiento de solidaridad. Con todo egoísmo se refugió en el único sitio protegido en kilómetros a la redonda, un sitio donde yo nunca podría seguirlo: el espacio debajo de mi cuerpo. Algún día, pensé, tendré mi venganza.

Louis se sentía tan inteligente como sólo puede hacerlo un humano. Por entre mis patas delanteras, le dirigí una gran sonrisa a Vova. Los humanos son fáciles de corromper, así que no me sorprendió que Vova se metiera abajo de Fénix.

Durante mucho tiempo habíamos soportado ser las piernas de nuestros ingratos jinetes. Ahora teníamos que ser sus techos también. Si ustedes hubieran visto a Louis y Vova metidos abajo de Fénix y de mí, les habría sorprendido oírlos hablar con tanta jactancia en Córdoba, unos pocos días después.

Cuando nos acercamos a Córdoba, la gente siempre estaba queriendo acariciarnos y hablar con Louis y Vova. "Alaska" era la palabra que sonaba en todas las conversaciones. Este día en especial estábamos atados cerca de unas mesas donde Louis, Vova y otros humanos estaban bebiendo de vasos altos. Casi todos los humanos nos señalaban a Fénix, a Fichu y a mí. Varios grupos se levantaron de sus sillas para palmearnos, tocar nuestras sillas y estudiar los estribos. Algunos humanos pequeños nos trajeron manojos de pasto, aunque había abundancia de pasto alrededor. A los cachorros humanos les gustaba alimentarnos. Cuando dábamos un gran mordisco, saltaban hacia atrás y gritaban y se reían.

Entonces oí la palabra "Alaska" pronunciada muy fuerte. El sonido provenía de una caja colocada sobre una de

las mesas. "Alaska" no sólo me llamó la atención a mí, sino que muy pronto todos estaban pendientes de la caja.

Yo había visto esas curiosas cajas muchas veces antes. Estaban llenas con humanos pequeñitos que se comportaban de modo más ruidoso todavía que los grandes. Lo que era inusual esta vez era que dos de los humanos se parecían a nuestros jinetes, y hablaban con sus voces. Quedé atónito. Ya teníamos bastante con ellos como para soportar encima a sus duplicados, por pequeños que fueran.

Lo más extraño eran los tres caballos en la caja. Uno de los caballos parecía una miniatura exacta de Fénix. El segundo era idéntico a Fichu, sólo que mucho más pequeño, por supuesto. El tercer caballo era uno que yo nunca había visto antes. Era más pequeñito todavía que los otros dos, lo que lo volvía prácticamente el caballo más pequeño que hubiera visto nunca. Su color castaño me recordaba a mi madre. Sólo que no era ni de cerca tan lindo como mi madre. Todas sus patas eran cortas, y las delanteras eran demasiado rectas. No tenía la expresión dulce de mi madre, tampoco. De hecho, parecía molesto, casi gruñón.

Todo el tiempo que el Vova diminuto estaba tratando de hablar, ese caballito intratable cabeceaba y tiraba del cabestro, impaciente por irse.

Una vez que el pequeño Louis, el pequeño Vova, el pequeño Fénix, el pequeño Fichu y ese otro diminuto caballo malhumorado hubieron desaparecido de la caja, todos los humanos que nos rodeaban parecieron excitados. Algunos nos hacían gestos, otros se levantaron de sus sillas para estrechar las manos de Louis y Vova. Quizás no fue generoso de mi parte, pero no pude evitar preguntarme si nuestros jinetes habrían recibido tanta admiración si todos esos humanos los hubieran visto metidos debajo de Fénix y de mí, escondidos del granizo.

* * *

Al día siguiente muchos cachorros humanos salieron corriendo hacia nosotros de una casa cerca del camino. Todos querían acariciarnos la nariz. Quiero decir, la nariz de nosotros los caballos. Las narices de Louis y Vova estaban fuera de su alcance. De hecho, casi nadie les acariciaba las narices, nunca. Los humanos preferían hacerles preguntas a Louis y Vova.

¿De veras estos caballos van a Alaska?

Cuando Vova asentía, el mismo humano joven que había hecho la pregunta sonreía con astucia y le gritaba al humano joven que tenía al lado:

¿Viste? Yo te lo dije. Los vi ayer en la televisión.

Después volvía a preguntar:

¿Cuál es el criollo?

Louis me señalaba a mí y los jóvenes humanos empezaban a acariciarme la nariz. Louis decía mi nombre y todos los jóvenes humanos se reían.

Uno de ellos, que no había hablado antes, susurró:

Hoy le preguntamos a la maestra dónde estaba Alaska. Nos mostró, en un mapa, y se pasó toda la mañana hablando de Alaska. Algún día yo también voy a ir.

El toro

Ya llevábamos casi un año de viaje. Con todas las montañas que habíamos cruzado, los ríos que habíamos atravesado a nado, los largos días de marcha en el frío y el calor, con todo lo que habíamos hecho, Alaska no parecía más próxima, y empecé a pensar que quizás no íbamos en la dirección correcta. No era culpa mía ni de Fénix, ni siquiera de nuestro jefe Fichu. Nosotros trabajábamos tan duro como siempre. Si íbamos en dirección equivocada la culpa sólo podía ser de Louis y Vova. Ellos indicaban la direc-

ción, y nosotros marchábamos, aunque a veces yo me preguntaba por qué tenía que ser así.

A veces perdía las ganas de dar un paso más, especialmente cuando el cielo trataba de detenernos. Pero nunca me sentí tan desalentado como el día que encontramos el toro.

Yo siempre había tenido el máximo cuidado cuando nos encontrábamos con otras criaturas vivas. Los caballos o cualquier otro animal podían ser peligrosos. Ni siquiera aquel pequeño pingüino tuvo miedo de atacar a Louis. Nunca se podía bajar la guardia.

Pero había una criatura con la que uno se podía sentir seguro: las vacas. Las vacas nunca atacan. Al menos, eso era lo que yo pensaba hasta el día en que Vova y Louis nos metieron en la pastura equivocada.

La pastura pertenecía a una estancia al norte de Córdoba. Sus altos tallos habían venido madurando con los soles de las mañanas y las lluvias de las tardes. La hierba era tan deliciosa que pronto me fue difícil pensar en otra cosa. No sé si me alejé de Fénix y Fichu, o si ellos se alejaron de mí. Como sea, de pronto me encontré lejos de mis compañeros y todo lo que podía oír era el ruido de mis propios dientes moliendo los bocados en el silencio.

Aunque no había visto vacas, capté su olor bien conocido. Supuse que no estarían lejos, quizás al otro lado de la colina. Y en efecto, cuando alcé la vista vi el lomo de una vaca, o lo que creí que era una vaca, asomando de una altura. Más lejos vi a mis compañeros, los dos concentrados en llenarse la panza con todo el pasto que pudieran. Convencido de que todo estaba bien, volví mi atención a la comida.

Cuando oí a esa vaca cercana arrancando manojos de pasto, me sorprendió lo alto que sonaba. Si hubiera levantado la cabeza en ese momento, me podría haber salvado.

Gradualmente, el lomo de esa enorme vaca se fue acer-

cando, y después el ruido de masticación cesó. El silencio no me habría llamado la atención, empero, si no lo hubiera interrumpido de pronto un resoplido furioso.

Alcé la vista justo a tiempo para ver dos grandes cuernos puntudos balanceándose hacia mí en la cabeza de la vaca. Más allá de los cuernos y de la vaca pude ver a Fénix y a Fichu. Habían alzado las cabezas; parecían interesados en lo que estaba a punto de suceder.

Consideré lo inusualmente grande que era esa vaca, del tamaño al menos de tres vacas normales juntas. También noté el hecho de que se acercaba muy rápido. Recordaba que se movían más despacio. Habría pensado en este enigma con más cuidado si no fuera por la dificultad que siempre he tenido de pensar y correr al mismo tiempo. No necesito decir que eso era lo que estaba haciendo: me alejaba de la vaca tan rápido como podía.

Por supuesto, no era una vaca. Era un toro. No estoy familiarizado con los toros. Hasta el descuido de Louis y Vova, ningún humano había sido tan atolondrado como para encerrarme con uno de ellos.

Mi primer pensamiento fue acercarme lo antes posible a Fénix y Fichu. Era un buen plan salvo por una cosa: que para llegar a Fénix y Fichu tendría que pasar por donde estaba el toro. Lamentablemente, yo estaba corriendo en dirección opuesta, alejándome del toro, y por lo tanto también de mis compañeros.

Como no me venía a la cabeza ninguna idea mejor, habría seguido corriendo en la misma dirección, pero alguien había colocado un alambrado justo en mi camino. Cuando me detuve, el toro siguió corriendo y de pronto su cabeza me golpeaba, tan fuerte que perdí el equilibrio.

Cuando traté de levantarme, volví a caer. Tenía un dolor agudo en el costado. Me pregunté si Fénix y Fichu vendrían a rescatarme, pero no los vi.

Sí vi al toro. Estaba muy complacido con su trabajo.

Dio un paso atrás y resopló, feliz. Pero no parecía seguro de haberlo hecho todo. Rascó el suelo con una pata, y en ese momento me levanté y corrí tan rápido como pude.

Al día siguiente Louis y Vova se deshacían en disculpas. Louis fue el primero en notar mi herida.

¡Sufridor, mira tu flanco! ¡Vova, Sufridor está sangrando!

Vova me puso una crema amarilla en el costado. Esperé que sirviera para calmar su conciencia.

Después, cuando nos marchábamos, el dueño del campo sacudía la cabeza.

Perdonen por ese toro. Por lo general no es agresivo. Al parecer no le gustó ese caballito de ustedes. ¿Cómo dijeron que se llamaba?

Louis sonrió.

Sufridor.

¡Sufridor! ¡Jal! ¿Por qué se llama así?

Louis me miraba.

Es una larga historia.

Era una historia que seguía escribiéndose, gracias a Louis y Vova y, por supuesto, gracias a ese toro.

Salinas

Yo no esperaba demasiado de los humanos. Siempre encontraban algún modo de atormentarnos a los caballos, y aunque me mantenía cerca de mis compañeros, sabía que había cosas, cosas como toros, que podían interponerse entre la lealtad de mis amigos y yo.

Aun así, hubo un compañero que pensé que nunca me abandonaría. Uno que siempre estaba a mi lado y con el que podía contar para consolarme aun en el peor de los momentos. Ese compañero era mi estómago.

Naturalmente, mi estómago habría estado más feliz quedándose en los potreros que habíamos dejado tanto tiempo atrás. Pero, no importa dónde fuéramos, todo lo que tenía que hacer yo era llenarlo con tanto pasto y cereal como pudiera, y él me recompensaba con toda la cálida felicidad de un día de verano. Por supuesto, cuando yo no lo satisfacía él gruñía y se quejaba. Pero nunca mantuvo un rencor y se rehacía no bien yo tragaba aun la más insatisfactoria comida.

El problema empezó cuando llevé a mi estómago a cruzar las salinas al sur de Santiago del Estero.

Cuando todo un mar murió, el hueso blanqueado que dejó fue una salina. Ahora se estiraba ante nosotros, una llanura de un blanco sucio donde no crecía nada y no se movía nada. Las únicas sombras eran proyectadas por miserables arbustos que ni siquiera el caballo más hambriento podría comer.

Una vez que se iniciaba la marcha por la salina no había vuelta atrás. Yo no quería dejar mi destino en manos de nuestros jinetes, pero Fénix y Fichu eran mucho más confiados. Cuando se encaminaron hacia ese horizonte ancho, no tuve más alternativa que seguirlos.

Después de unas pocas horas en la salina empecé a sentir mucha sed. Por lo general, para esta hora del día nos habíamos detenido a beber por lo menos una vez, quizás dos. Hoy no nos habíamos detenido ni una sola vez. Louis y Vova no intentaron siquiera llevarnos hacia un arroyo congelado. De hecho, no había visto un arroyo congelado en muchos meses, desde nuestra marcha por el sur de Chile. Pensaba en lo bien que me sabría esa agua fría ahora.

* * *



D.A.

Poco a poco el ritmo quebrado de nuestros cascos me llenó la cabeza y empecé a imaginarme que era el sonido de agua cayendo. Casi podía ver esa agua juntándose en un charco donde nosotros podíamos ir a beber todo lo que quisiéramos.

Vamos, Sufridor, no te retrases.

La voz de Louis me trajo de vuelta a la salina. No había cascada. No había charco. No había ninguna clase de agua.

Corrección. Sí había agua. Estaba el agua dentro de las cantimploras que llevábamos en nuestros lomos. Pero esa agua no era para nosotros los caballos; era para Louis y Vova. Cada vez que se detenían, nos daban la espalda antes de beber. Tenían razón de tener vergüenza. A medida que las cantimploras se vaciaban, el gorgoteo del agua que quedaba se hacía más fuerte. Todo el tiempo que marchábamos, ese ruido del agua era un recordatorio constante de cuánta sed tenía.

Lamentablemente, aun llenas, las cantimploras no le habrían dado a Fichu más que un sorbo. Y como Fichu se enojaba si no era el primero en beber, Fénix y yo no habríamos llegado a probar una sola gota.

Estaba pensando en cuánto podría beber Fichu cuando al fin vi agua. Estaba muy lejos, sobre el horizonte. Empecé a caminar más rápido y me sorprendió que Fénix y Fichu no se apuraran también. Ellos ni siquiera parecían ver ese lago brillante. Louis tiró de mis riendas.

Más despacio, Sufridor, ¿adónde vas tan apurado? Espero que no creas que es agua eso que hay adelante. Es sólo el calor levantándose sobre la llanura. ¡Vova, me parece que Sufridor vio su primer espejismo!

Traté de que los demás se apuraran, pero supongo que yo estaba mucho más sediento que el resto. No importa. Aunque caminamos mucho tiempo, el agua nunca parecía acercarse. Al fin, simplemente desapareció y me enojé de que no hubiéramos corrido hacia ella cuando tuvimos la oportunidad.

* * *

En algún momento después de la puesta del sol vimos una luz. Durante largo rato pareció irse alejando de nosotros. Yo no creía que nos estuviéramos acercando. Sospeché que desaparecería en cualquier momento como el agua que había visto antes, pero al fin la luz empezó a crecer y poco después vimos que colgaba de un poste sobre un pequeño edificio blanco.

Louis y Vova nos ataron a unos palos y entraron. Cuando salieron los acompañaba otro humano, robusto.

¿Dónde podemos darle agua a los caballos?

La pregunta de Vova hizo cambiar la cara del humano robusto. Estaba irritado.

¿Agua? ¿Cuánto toman?

Louis vaciló y miró el suelo.

Quizás dos baldes. Tienen que beber. No han tomado nada en todo el día.

El humano robusto señaló atrás del edificio.

Aquí no hay agua; tenemos que traerla en camiones. Allá atrás hay un tanque. ¿Tiene un balde?

Por un momento Vova no dijo nada. Cuando habló al fin, parecía molesto.

En realidad no tenemos balde.

El humano robusto volvió a señalar.

Encontrarán un balde en el cobertizo. Que los caballos no vacíen el tanque.

Fichu tomó dos baldes y parte de un tercero él solo. Para cuando Fénix y yo hubimos bebido, el tanque contaba con cinco cubos menos.

A la mañana yo tenía hambre. Extendí mi larga cuerda para alcanzar cualquier cosa que se pudiera comer. No había nada. Y ahora a la luz del día se hacía evidente que no encontraríamos nada donde estábamos. Todo lo que

podía ver era el pequeño almacén, el tanque de agua y el cobertizo donde Vova y Louis habían dormido. Todo lo demás era sólo el largo camino al horizonte.

Entonces, en lo más lejano del camino, un pequeño punto azul empezó a crecer. Pronto se transformó en un camión que vino rugiendo a detenerse frente a nosotros.

Un humano con una gran sonrisa saltó de la cabeza del tractor, y Louis y Vova vinieron a saludarlo. El camión seguía gruñendo, así que Louis tuvo que gritar.

Nos alegramos muchísimo de verlo. Temía que se hubiera olvidado.

El humano sonriente sonrió más todavía.

Nunca habría dejado con hambre a estos maravillosos caballos. Me alegro de poder ayudar.

Mientras hablaba, el humano sonriente subió al lomo del camión y arrojó un fardo de alfalfa.

Ayer debió de ser un día largo.

Sí, los caballos no pudieron beber una gota hasta que llegamos aquí a la noche.

El humano sonriente dejó de sonreír.

No pensé en eso. Están exactamente a la mitad de la salina, pero pienso que encontrarán una pequeña granja esta tarde. Ahí tienen un pozo profundo. Aunque no sé si esa agua es buena. Debe de ser terriblemente salada. De todos modos, los caballos podrán beber.

El cólico

Vova, ésa debe ser la granja de la que nos habló el camiónero.

¡Louis estaba hablando! Después de horas de no oír una palabra, el sonido de su voz me sobresaltó. Olí vacas. Adelante vi una pequeña granja sombreada por unos pocos árboles flacos.

Cuando oímos el sonido hueco de un cencerro de vacas, miramos hacia el sol y vimos un rebaño que se acercaba. Se detuvieron antes de alcanzarnos, y se reunieron alrededor de una artesa que había al pie de un molino. Un humano esquelético seguía al pequeño rebaño de vacas esqueléticas. Después de que Louis hubo hablado con él, el humano espantó a las vacas para que nosotros pudiéramos tener nuestro turno en la artesa.

El agua sabía raro. Pero a pesar de su olor terrible, me gustó sentirla en la boca, así que tragué. Fichu y Fénix olieron y resoplaron. Fénix la tocó con la punta de la boca, pero ninguno de los dos bebió.

No parece que sus caballos tengan mucha sed. Sólo el pequeñito.

El humano esquelético hablaba con una voz fina. Vova sacudió la cabeza.

Salimos de la estación de servicio en medio de la salina esta mañana. No han bebido nada desde entonces.

El humano pareció sorprendido.

¿Hicieron todo el tramo desde la estación de servicio en un día? Es mucho. Deberían tener mucha sed. Quizás no les gusta el agua de acá. Tiene mucha sal. Los animales de esta zona están acostumbrados a la sal.

Louis hizo una mueca.

Sí, huele raro. ¿A qué distancia está la granja siguiente?

Aunque era tarde, seguimos marchando. Oscureció, pero empezamos a encontrar más árboles, y más grandes, al borde del camino. Volví a oler agua. Habíamos salido de la salina. Cuando al fin nos detuvimos esa noche, había muchísima agua, pero yo no tenía sed. También había muchísimo pasto, buen pasto verde que Fénix y Fichu devoraban. Di unos mordiscos, vi que tenía buen sabor, pero no tenía hambre. Por primera vez, mi estómago y yo no formábamos una unidad.

A la mañana siguiente me sentí peor. Los tres habíamos pasado la noche atados en un prado. Fénix y Fichu habían comido el pasto a su alcance, así que ahora estaban dentro de perfectos círculos. Pero alrededor de mí no había círculo. Louis frunció el ceño.

Vova, Sufridor no comió nada anoche.

Louis me acarició la cabeza. Cuando me habló, su voz era suave. No pude imaginarme por qué. Era el estómago lo que me dolía. Las orejas estaban bien.

Vova me miró a los ojos. Ni él ni Louis parecían tener la menor idea de lo que andaba mal en mí. Daba lo mismo. Prefería que Vova y su crema amarilla se mantuvieran lejos.

A mitad de la marcha de ese día, el estómago se me llenó de dolores agudos. Aunque estaba ensillado, Louis y Vova se turnaron para llevarme del cabestro en lugar de montarme. Más que nada, yo quería frotarme el estómago contra algo. Pensaba que eso podía aliviarme el dolor.

Sentía como si hubiera comido piedras. Cada vez que nos deteníamos, trataba de acostarme. Eso preocupaba a Louis y Vova. Vova tiraba de mi cabestro y Louis me gritaba.

Sufridor, tienes que seguir en pie. Si tienes un cólico, tirarte al suelo sólo servirá para hacerte nudos adentro. Pobre Sufridor. Primero te ataca el toro, y ahora estás enfermo. Debe de ser por el agua que tomaste en la salina.

De pronto Louis y Vova me gritaban a todo pulmón. No bien me ponía de pie, empezaban a acariciarme y me hablaban bajo. No me esforcé mucho por entenderlos.

Pero al final del día el dolor era peor, y Louis y Vova parecían mortificados. Cuando nos detuvimos a pasar la noche, vi cómo comían Fichu y Fénix. Era algo que yo no tenía intención de volver a hacer nunca.

Quería acostarme, pero mis jinetes no me lo permitieron. Dejaron a Fénix y Fichu con las cuerdas largas. A mí en cambio me ataron pegado al poste del porche de la casa vacía donde nos detuvimos. En lugar de dormir adentro, Louis y Vova tendieron sus bolsas en el porche, para tenerme al alcance de la mano. Cada vez que yo trataba de acostarme uno de ellos se despertaba y gritaba. Al final, mi estómago se durmió y poco después yo también.

A la mañana cuando me desperté, Louis y Vova estaban profundamente dormidos. Yo había tenido una noche difícil, no por culpa de mi estómago, que estaba mucho mejor, sino por nuestros jinetes. Habían roncado toda la noche. De vez en cuando Louis se despertaba, se frotaba los ojos y me miraba, daba media vuelta y seguía durmiendo.

Cuando salió el sol yo tenía hambre. Louis inició la jornada con gritos de alegría.

¡Sufridor! ¡Estás comiendo otra vez!

La puna

En todo el resto de la Argentina no volvimos a cruzar ninguna otra salina. Lo cual me alegró, aunque seguía temiendo que tropezáramos con una. A veces hacía mucho calor, como cuando cruzábamos Santiago del Estero. Cuando pasábamos por los cañaverales de Tucumán, llovía con fuerza. Algunas noches no nos atrevíamos a dormir. Si lo hacíamos, a la mañana teníamos los pescuezos manchados de sangre donde nos habían mordido los vampiros. Pero lo más inesperado fue el aire extraño que empezamos a respirar cuando salimos de Jujuy.

Ya antes habíamos subido muy alto. Nos había llevado

muchos días cruzar de Chile de vuelta a la Argentina. Pero ahora, al salir de la Argentina por segunda vez, no hubo descenso. Simplemente seguimos subiendo más y más alto, hasta un lugar llamado "el altiplano". Cuanto más subíamos, más azul se hacía el aire, hasta que pareció como si las pesadas nubes blancas fueran a derrumbarse sobre nosotros.

El aire era seco y sabía a todo y a nada. Cada olor que transportaba parecía conocido pero curiosamente diferente. El pasto, el agua, hasta mis compañeros, caballos y humanos, olían ligeramente diferente de lo habitual.

Además había una cantidad de olores completamente nuevos, que pertenecían a árboles y plantas que nunca había olido antes. El más extraño de todos pertenecía a las llamas. Las llamas me recordaban a los guanacos que habíamos visto en la Patagonia mucho tiempo atrás.

Pero había una diferencia importante entre estas dos criaturas. Todo lo que habíamos visto en realidad en materia de guanacos habían sido siluetas fugaces cuando corrían a ocultarse de nosotros. Las llamas en cambio no eran tímidas. Estaban cubiertas de una espesa capa de lana, en general blanca, negra o parda, pero había muchos otros colores también. Sus cabezas giraban lentamente de modo que sus orejas erguidas y sus grandes ojos oscuros nos seguían cuando pasábamos. Llenas de asombro y curiosidad, caracoleaban detrás de nosotros con los pasos más serios que podían, y no se alejaban hasta que se convencían de que éramos reales.

En la Patagonia los guanacos huían no bien los veíamos, mientras que los humanos se acercaban a nosotros con voces altas y sonrisas. Aquí en el Altiplano eran las llamas las que saludaban a los extraños. Los humanos que pastoreaban a las llamas nos huían. Cuando nuestros jinetes los saludaban, era raro que devolvieran el saludo. Al



gunos de estos humanos daban media vuelta y se apresuraban a alejarse con su rebaño de llamas. Estos humanos parecían tan serios y sombríos que era difícil imaginarse que sus dedos habían tejido las cintas tan alegres que llevaban las llamas en las orejas.

Cuanto más alto subíamos, menos montañas veíamos. Aun así, la marcha era difícil, especialmente cuando trepábamos por la parte más sinuosa y empinada del camino. Por fuerte que yo respirara, nunca sentía llenos los pulmones. Observaba a Fénix y a Fichu. Sus narices vibraban con cada aliento. Louis y Vova caminaban delante de nosotros, y nos deteníamos todos con frecuencia, a respirar y descansar entre los anaranjados, rojos y violetas de las alturas rocosas.

Un día, de pronto, desaparecieron las últimas montañas y árboles, y descubrimos que ya no íbamos cuesta arriba. Habíamos llegado al borde sur del altiplano, la puna. Para cruzar esta vasta meseta, necesitaríamos casi tres meses fríos, solitarios, y a veces aterradorantes.

Forraje

No hay.

Oímos esas mismas palabras una y otra vez en el altiplano. En cada pequeña aldea, los humanos nos miraban con suspicacia. Sólo los niños venían corriendo a vernos más de cerca. Casi nadie se quedaba a vernos pasar. Empecé a sentirme un poco como un día de lluvia, porque los humanos se apuraban a meterse en sus chozas cada vez que nosotros llegábamos.

A los pocos humanos, grandes o pequeños, que se quedaban a mirarnos, Louis y Vova les dirigían siempre la misma pregunta.

¿Dónde podemos comprar maíz o cebada para los caballos?

A veces teníamos que esperar por la respuesta. A veces no. Pero para entonces ya sabíamos cuál iba a ser la respuesta.

No hay.

De algún modo, no nos morimos de hambre. Después de oír el sexto o séptimo "no hay" del día, Louis volvía a preguntar y hablaba con cualquiera que aceptara escucharlo.

Nuestros caballos han estado marchando todo el día. Si no les conseguimos comida esta noche, tendrán que pasar hambre hasta mañana a la noche... y quién sabe si entonces les podremos dar algo.

Cualquiera que escuchaba a Louis ponía una cara tan triste como la de Vova y Louis, quizás más triste. Los humanos, pequeños, grandes, hombres y mujeres, partían de prisa susurrando entre ellos y mirando en las casas y cobertizos, y a veces desaparecían. Pero si esperábamos un poco, llegaba un humano con un saco pesado de cebada al hombro, o quizás dos humanos pequeños arrastrando un saco de maíz.

A mí me gustaba el maíz, y la cebada era casi tan buena como la avena. Pero a veces empezaba a extrañar el heno, en especial el de alfalfa. Un día advertí que no recordaba la última vez que había masticado algo verde. A la mañana siguiente me desperté y traté de caminar hasta donde estaba Fichu, pero mis patas no se movieron.

Todavía estoy dormido, pensé. En sueños solía quedarme paralizado cuando alguna bestia de la imaginación se agazapaba entre la hierba disponiéndose a saltar sobre mí.

Si había algún peligro inminente, Fénix y Fichu no parecían sentirlo. Estaban esperando pacientemente a que el sol fundiera el rocío que se había congelado en sus pelos.

Todo parecía tan normal que casi me olvidé de que mis cascos se habían amotinado. Hasta que apareció Vova. Bostezó y empezó a llevar a Fénix a tomar su agua matutina. ¡Comprendí que no podía seguirlos! Por un momento mi corazón quedó tan quieto como mis cuatro miembros sin vida. Contuve el aliento. Mis compañeros me dejaban. Se iban, y una vez que hubieran satisfecho su sed, se olvidarían de que había existido un caballo llamado "Sufridor". Estaba abandonado.

En ese momento Vova se detuvo y se volvió.

¿Qué estás esperando, Sufridor? ¿Vienes o no?

Arremetí hacia adelante con toda mi fuerza. Al menos creí que arremetía. Mis patas se mostraron menos ambiciosas. Se conformaron con algo mucho más modesto que una arremetida. Mi casco delantero derecho se sacudió hacia adelante sólo lo necesario para hacerme perder el equilibrio. Sentí que empezaba a caerme. Y me habría caído si mis otros tres cascos no hubieran concurrido en mi rescate. Por suerte no tenían que ir muy lejos. En ese movimiento desesperado mi casco delantero no se había desplazado más de unos pocos centímetros.

¡Eh, Louis! ¡Algo le pasa a Sufridor!

Louis asomó la cabeza de la casa donde él y Vova habían pasado la noche.

Quizás está simulando otra vez.

Vova se encogió de hombros.

No sé. Mira tú mismo.

Vova siguió llevándose a los otros caballos. No me gustaba ver alejarse a mis compañeros, pero no correría otra vez el riesgo de moverme.

Louis salió con las botas sin atar, y vino hacia mí a pasos largos.

Sufridor, no dejarás que Fénix y Fichu se vayan sin ti, ¿no?

Para entonces mis compañeros casi se habían perdido

de vista. Louis tomó mi cabestro y dio un tirón. Siguió tirando hasta que mi cuello no pudo estirarse más. Me incliné hacia adelante y mi casco delantero derecho se levantó, sin que la pata se torciera. Después, tras planear un momento, volvió a posarse. Mis otras patas no lo hicieron mucho mejor. Vova y mis compañeros se habían detenido a mirarme. Louis soltó el cabestro. Toda la alegría había abandonado su voz.

Vamos, Sufridor, ¿qué pasa?

Cada centímetro de mi cuerpo quería ir trotando al arroyo con mis compañeros, pero mis rodillas no se doblaban. Abandoné el esfuerzo.

Tienes razón, Vova. Hoy no iremos a ninguna parte.

Louis me trajo agua, y a cada rato él o Vova venían y trataban de hacerme caminar. Para la tarde yo estaba un poco mejor. Podía caminar, aunque muy lento y con dolor. Fénix y Fichu disfrutaron de las vacaciones. Todo el día estuvieron con los ojos entrecerrados.

Poco antes de la noche Louis me llevó a dar una vuelta por última vez. Tenía morrales llenos de cebada y yo no podía esperar. Aunque me dolía la rodilla, di una patada en el suelo para que me recordara. Aun así, se olvidó de mí. Después de darles a Fénix y Fichu sus morrales, empezó a alejarse. Cuando traté de seguirlo, se detuvo y se volvió.

¡Basta, Sufridor! Lo siento mucho, pero esta noche no comerás cebada. Tu problema lo causa un exceso de azúcares y el tiempo frío.

Si las palabras de Louis hubieran sido comestibles, me habrían consolado. Pero su charla nunca me llenaba la panza. Cuando volvió a alejarse, me enojé. Si mis cascos hubieran cooperado, mis dientes lo habrían mordido con gusto, pero con las piernas tías como las tenía, Louis era demasiado rápido para mí.

* * *

La noche fue fría, y como mi estómago apenas si durmió, el resto de mí tampoco lo hizo. Pero a la mañana, cuando Vova llevaba a Fénix al arroyo, no tuve problemas en seguirlos. Nunca había esperado un desayuno con tanta ansia. Olí la cebada antes inclusive de que la trajeran. Vova apareció un minuto después con un saco colgado del hombro. Mientras llenaba los morrales, yo lo empujé con la nariz, y di patadas en el suelo. Le colgaron su morral a Fichu. Traté de meter la nariz en él también, pero Fichu se apartó. Fénix recibió el siguiente. Por último, Vova empezó a ponerme el morral. Pero en el momento en que daba mi primera mordida Louis asomó la cabeza otra vez de la puerta de esa casa. Palabras, palabras, palabras.

Vova, recuerda no darle nada a Sufridor. Tenemos que controlar el azúcar que come.

Pero ahora está caminando bien. Tiene que comer algo.

Tendremos que esperar hasta que podamos encontrar maíz o heno. No podemos correr el riesgo de que se enferme más.

Vova hizo una mueca. No era una mueca feliz. Louis habló más alto.

Escucha, a mí tampoco me gusta ver a Sufridor con hambre. Está bien, está bien. Dale un poco, pero no deberíamos correr riesgos con más de un puñado o dos.

Vova sacó la mayor parte de lo que había puesto en mi morral y volvió a colgar la correa tras mis orejas. Quedaba miserablemente poco. Cuando terminé de comer, Fénix y Fichu seguían masticando ruidosamente.

Esa noche llegamos a una aldea donde comí maíz. En las semanas siguientes conseguimos heno de vez en cuando, pero si no, yo comía maíz. Aun cuando hubiera cantidad de cebada, yo comía maíz. Era mejor que no comer nada.

A Fichu nunca le importaba qué era lo que comía, en tanto hubiera suficiente. Fénix y yo necesitábamos alguna variedad.

Louis y Vova trataron de conseguir más hierba. Cada día oíamos las palabras "heno" y "alfalfa" docenas de veces. Pero la misma cantidad de veces que les oíamos esas palabras a nuestros jinetes, escuchábamos que alguien les respondía "no hay".

Seguí teniendo las patas flojas e insensibles todo el resto de nuestro paso por Bolivia, pese a que mis raciones de comida se habían vuelto miserables. Rara vez recibía la mitad siquiera de lo que comían Fénix y Fichu. Cada vez que Vova trataba de darme un poco más, Louis se lo impedía. Y ponía a prueba mi paciencia.

Flamencos en la nieve

Nuestros últimos días en Bolivia estuvieron entre los más fríos que pasamos allí. Durante varios días caminamos siguiendo la costa del mar. Al menos parecía un mar, por lo grande que era. La única diferencia era que no había olas en este mar, y que su agua sí se podía beber. La primera vez que mis compañeros y yo bebimos de esa agua Louis se animó mucho. Me abrazó, cosa que yo encontré terriblemente irritante.

Sufridor, probablemente eres el único caballo que ha visto nunca el Canal de Beagle y el Lago Titicaca. No hay muchos humanos que hayan viajado tanto como tú.

Francamente, este Lago Titicaca me dio muchas satisfacciones. Su costa estaba densamente poblada de juncos y plantas verdes. Al fin podíamos pastar tanto como que-

ríamos, y aunque la comida era más exótica que la habitual, no soy un caballo muy quisquilloso.

Cuando me hube llenado, noté a un humano deslizándose por el agua. Durante un tiempo sus piernas estuvieron ocultas entre los juncos. Al fin aparecieron, metidas en una canoa estrecha. Usaba las dos manos para sostener una larga vara delgada, y de vez en cuando la hundía en el agua y la usaba para impulsar su pequeña canoa.

Nadie se movía rápido en el lago. Nadie hacía más ruido del necesario. Parecía como si todos, y especialmente los pájaros que descansaban en la costa, estuvieran esperando algo que sólo podría oírse si se hacía el mayor silencio.

Nunca supe si la silenciosa paciencia de los pájaros, los juncos, las ovejas y los humanos que vivían cerca de la costa fue recompensada. A los pocos días de llegar al lago Titicaca, cruzamos al Perú. Un día más, y la costa del lago torcía hacia el norte y nosotros seguíamos hacia el oeste, otra vez en la puna gris.

Esta parte del altiplano era tan árida como la anterior. Yo volví a mis insatisfactorias porciones de avena, interrumpidas felizmente por papas de distinto color, ñames y cualquier otra cosa que me dieran mis jinetes.

Los días siguientes fueron más fríos y más vacíos que cualquier otro que yo pudiera recordar. Bajábamos a valles y subíamos a montañas, pero el suelo estaba desnudo en todas partes. El viento arrastraba livianos copos de nieve y encima del horizonte barroso todo era gris.

No era un sitio donde uno pudiera esperar una sorpresa. Pero entonces, de pronto, quizás a un kilómetro de nosotros, los vi. Allí estaban, centenares de puntos rosados. Vova se frotó los ojos y Louis entrecerró los suyos.

Nos detuvimos y observamos durante un minuto, pero

por más que esforzáramos los ojos, no teníamos la más remota idea de lo que estábamos viendo.

El espectáculo rosa estaba lejos de nuestro rumbo. Para acercarnos tuvimos que salirnos del camino y cruzar una meseta. Al poco tiempo los puntos rosados crecieron y se multiplicaron. Caminamos más rápido.

Cuando llegamos bastante cerca, los puntos extendieron unos cuellos largos y unas patas aún más largas y delgadas. Sus pequeñas cabezas rosadas terminaban en gruesos picos negros. Louis se detuvo.

¡Flamencos! ¿Qué hacen los flamencos en la nieve? Aquí no hay nada.

La mayoría de las aves se balanceaba sobre una sola pata. Estaban parados en agua poco profunda, y todos levantaron las cabezas para mirarnos.

Cuando empezamos a acercarnos otra vez, una oleada tras otra de rosa se elevó del agua, dejando caer gotas de agua como lluvia. Las nubes rosas giraban sobre nosotros y volvían a posarse en el lago, sólo que mucho más lejos. Mientras Vova se acercaba más aún, Louis alzó la vista.

Supongo que no reciben muchos visitantes aquí. No te preocupes, Sufridor, quizás ellos tampoco vieron nunca un caballo.

El país de las franjas

El lugar donde vimos a los flamencos fue el punto más elevado de todo nuestro viaje. En los días siguientes iniciamos el descenso, gradual al principio, y cruzamos rebaños de llamas y pequeñas aldeas de ladrillos hundidas entre altivos volcanes. Cuando bajábamos las laderas de las montañas, había vientos cálidos que subían a recibirnos. Si el camino no era demasiado empinado, Louis y Vova

aceleraban la marcha huyendo del altiplano, arrastrándonos a nosotros atrás.

Estábamos contentos de dejar esas alturas áridas y sus noches heladas. A una semana de viaje de esas llamas caracoleantes, el mar volvió a aparecer. Para llegar a él tuvimos que bajar de los Andes, atravesar la ciudad blanca de Arequipa, vadear un desierto y, en el fondo de un risco aterrador, volvimos a ver el agua-que-no-se-puede-beber.

El mar nos resultaba conocido. Pero la tierra en la que estábamos era diferente de cualquier otra. Habíamos llegado a un mar de arena llamado desierto de Atacama.

Empezamos el tramo peruano de nuestro viaje atravesando una larga extensión de arena. Todo el día, y hasta tarde a la noche, no veíamos otra cosa.

Si estábamos cerca de la costa, la playa podía estar puntuada de frágiles cabañas de bambú o de largas barracas de un blanco sucio. Esas barracas tenían el olor más horrible que haya sentido nunca. Eran el hogar de ejércitos de gallinas. Había tantas gallinas que estoy seguro de que habrían podido apoderarse de todo el Perú. Aunque dudo de que haya gallinas con tantas ambiciones.

El desierto era del color opaco de la arcilla. Ahí no crecía nada en absoluto. Durante todo el día, no había siquiera la esperanza de una brizna de hierba o de una gota de agua. Teníamos que esperar a la noche.

Algunas noches, cuando el desierto se ponía negro, empezábamos a ver las luces lejanas de una ciudad. Otras noches, las luces no aparecían hasta que llegábamos al borde de una cuesta y mirábamos abajo. Allí el camino llevaba a una pequeña aldea que había crecido en lo hondo del valle. El valle había sido abierto por un río. Era el

mismo río el que atraía a los humanos y también regaba los árboles y plantas.

El Perú tenía muchos ríos, más de cincuenta, que bebían de las nieves y lluvias que cubrían los Andes. Todos los ríos se dirigían al oeste, buscando el mar. Algunos eran grandes, otros tan pequeños que a veces se secaban por completo. Pero todos los ríos llevaban algo de vida a una estrecha franja de desierto. Cubrían el Perú como franjas delgadas. Benditas franjas. En nuestro camino hacia el norte, nuestro trabajo cada día era llegar a la franja siguiente. Una vez allí, podíamos encontrar comida, agua, y, lamentablemente, mosquitos.

En el momento en que empezábamos a sentir en el aire el olor del maíz y el agua, nos rodeaban los mosquitos. Sacudíamos la cabeza y movíamos las orejas hasta que nos dolían. Vova se daba palmadas y causaba muchas bajas entre los mosquitos. Louis, por supuesto, no se contentaba con golpear a esos visitantes ávidos, sino que quería matarlos a fuerza de charla.

Nunca vi tantos mosquitos. No puedo creerlo. Estábamos mejor en el desierto. ¡Ay! ¿Cómo se puede vivir con esto? No lo soporto. Fíjate el tamaño de éste...

Lamentablemente, aunque Vova empezaba a parecer harto, la charla de Louis no tenía mucho efecto sobre los insectos.

Yo siempre me sentía feliz las noches en que nos maneaban lejos de la tienda de nuestros jinetes. Las quejas y palmadas de Louis podían seguir horas. Cuando al fin se dormía, los mosquitos cenaban en paz y nosotros podíamos descansar.

Cuando Louis no hablaba sobre los mosquitos, su tema era la falta de lluvia.

Vova, mira esas chozas, los dueños no se han molestado siquiera en ponerles techo. ¿Sabías que en algunas partes del Atacama no ha llovido nunca?

A Louis parecía alegrarlo que el desierto fuera tan inadecuado para vivir. Con gusto lo habríamos dejado ahí, pero se pegaba a nosotros para poder seguir recordándonos qué seco estaba el clima.

Vova, imagínate, este desierto es tan árido que hay sitios donde ni siquiera las bacterias pueden sobrevivir.

El mar debía de ser muy frío. Cuando caminábamos cerca de él, sentíamos fresco el aire. Louis llenaba el desierto vacío con largos discursos.

¿Sabes, Vova?, leí que las aguas antárticas que forman la corriente de Humboldt son las que producen la niebla, y las que impiden que la costa se caliente. La corriente fría está chupando todo el tiempo la humedad del aire, y es por eso que aquí nunca llueve.

Cuando Louis hablaba, Vova gruñía. A veces un desierto es mucho más fácil de soportar sin un compañero con tantos conocimientos.

Lluvia en el Atacama

En la costa peruana Louis y Vova nunca usaron la tienda. ¿Para qué, si nunca llovía?

Un día, cuando habíamos marchado más de lo habitual, nos detuvimos en un sitio donde no había aldea. En la playa había unas pocas cabañas sin techo.

Cerca del camino había un par de cajas rojas. No eran tan altas como un humano, pero bastante más robustas. Oían terriblemente. Habíamos visto esas cajas muchas veces antes. Los autos y los camiones bebían de ellas. Si uno escuchaba con cuidado, se las podía oír gorgotear felices cada vez que un auto seco o un camión sediento se

acercaban. Allí Louis habló con un humano de ojos dulces y bigote.

Cuando Louis hubo terminado de hablar con el humano, volvió adonde estaba Vova y estalló en carcajadas.

¿Sabes qué nos ofreció para dormir?

Señaló hacia abajo, una zanja corta. Vova sonrió.

¿El foso? ¿Y si alguien se cae durante la noche?

Bueno, Vova, supongo que no tendrás que ir lejos para ayudarlo a salir.

Mientras un humano joven con una escoba bajaba a la zanja, Louis y Vova nos ataron a nosotros a un poste de luz cercano. Después nuestros jinetes desenrollaron sus bolsas de dormir en el fondo del pozo, y el joven humano nos dió a beber varios baldes de agua muy llenos. Varias horas después esa agua jugaría un papel importante en mi historia.

Toda la noche estuvimos encima de nuestros jinetes dormidos. Curiosamente, después de pasar casi dos años montados en nosotros, Louis se olvidó de mis horarios estrictos. Si no, no se explica esta decisión de atarme tan cerca de donde estaba durmiendo.

No soy vengativo. Los caballos rara vez guardamos un rencor. Lo que estaba por hacer, lo hice porque no tenía alternativa. Al alba, los baldes de agua que había bebido a la noche ya habían completado su curso. Como estaba en terreno firme, corría peligro de salpicarme. Para evitarlo me incliné hacia adelante, y alzando mis patas traseras sobre la punta de los cascos, me descargué.

A pesar de lo temprano que era, Louis se despertó de inmediato. La voz que salió de esa zanja sonaba excitada, casi feliz, pero sobre todo sorprendida.

¡Despiértate, Vova! ¡Está lloviendo! ¡Está lloviendo fuerte! ¡Estoy empapado! ¡Esto es histórico!

Vova gruñó, como hacía todas las mañanas cuando Louis lo despertaba. De inmediato volvió a dormirse.

Un segundo o dos después, Louis cambió de opinión sobre la lluvia.

¡Eh! ¡Qué demonios...! ¡SUFRIDOR!

El Camino del Inca

Louis siempre se estaba entusiasmado con los árboles, los pájaros, y hasta las arañas, especialmente las grandes y peludas que cruzaban por la carretera. Uno nunca sabía cuál sería el motivo del próximo entusiasmo de Louis.

¡Vova! Mira estas piedras. ¿Sabes sobre qué estamos caminando?

Vova no le prestaba mucha atención a su socio. Caminábamos por un sendero de piedra y Vova, igual que nosotros los caballos, estaba concentrado en no resbalar.

Viajar por el Ecuador había sido fácil para nosotros durante el primer mes, pero en los últimos dos días eso había cambiado. Los caballos teníamos más que suficiente con qué llenarnos el estómago; en cambio nuestros jinetes, que se negaban obstinadamente a compartir la hierba, no tenían nada en absoluto que comer. A pesar de lo cual Louis parecía contento con el espectáculo que veía a sus pies.

¡Vova! Estamos caminando por el Camino del Inca. ¿Ves cuánto problema nos causa? Lo mismo les pasó a los conquistadores. Al viajar a pie por estos senderos de piedra, los incas podían ir mucho más rápido que los españoles a caballo. En general estos caminos han desaparecido, ¡pero nosotros encontramos uno!

Había agujeros entre las piedras, donde se engancha-



DA

ban mis cascos. Debía ir con cuidado para no caer sobre mi nariz.

Los caballos de los conquistadores perdieron tantas herraduras que tuvieron que hacerles nuevas con el oro y la plata que les habían robado a los incas.

Vova se limitó a murmurar algo y no parecía ni de cerca tan alegre como Louis.

El sendero no era fácil de seguir. Cada vez que desaparecía bajo barro y agua, a nuestros jinetes podía llevarles varios minutos volver a encontrarlo. Al fin el camino de piedra desapareció completamente y hasta Louis pareció triste.

Vova, debe de haber un río en ese valle allá al oeste. Si pudiéramos seguirlo, seguramente llegaríamos a alguna parte.

En esta nueva dirección las plantas que cubrían el suelo nos llegaban a los hombros. En algunos sitios ni siquiera Fichu podía ver hacia dónde íbamos. Cada vez que yo perdía de vista a Fichu mi corazón se aceleraba. Me lanzaba corriendo a alcanzarlo, y chocaba con su grupa.

Esa tarde, cuando descendíamos una prolongada ladera, el follaje se hizo más alto y más espeso. Fichu dejaba un sendero de hojas aplastadas dondequiera que fuera, y yo lo seguía. Casi siempre la vegetación se cerraba tanto atrás de él que no lo veía, y dejaba que me guiaran las orejas. Fichu se abría paso en la jungla como una tijera cortando una tela interminable.

Cuanto más lejos íbamos, más difícil era caminar. Cuando llegamos a un pequeño claro, Vova se detuvo y suspiró con frustración.

Esto no va más. Los caballos apenas si pueden moverse, y nosotros no sabemos siquiera adónde vamos. Quédate aquí con los caballos y yo buscaré alguna salida.

Louis tenía los ojos entrecerrados por el resplandor.

No sé. ¿Y si te pierdes más aún? Además, si sales, puedes no volver a encontrarnos nunca.

Vova negó con la cabeza.

No creo que podamos estar más perdidos de lo que estamos. Espera aquí. Volveré.

Louis se encogió de hombros. Vova se internó entre los árboles y desapareció.

Pablo

Después de sacarnos los frenos para que pudiéramos pastar, Louis volvió a uno de sus extraños hábitos. La mayor parte del día o de la noche a Louis se lo podía ver teniendo en las manos un pequeño atado de delgadas hojas blancas bien presionadas unas contra otras. Aun cuando iba montado, apoyaba las hojas en el arco de su silla y las miraba con fijeza. Lenta y cuidadosamente tomaba el ángulo de una sola hoja entre dos dedos y suavemente la pasaba a un lado de modo de poder examinar la siguiente hoja blanca con la misma atención. Pero, en todo el tiempo que lo observé dar vueltas esas hojas, nunca lo vi comerse una sola.

Hacía apenas unos segundos que Vova se había ido cuando ya Louis sacó otro atado de hojas de su alforja y empezó a examinarlas deslizando la mirada por ellas.

Por mi parte, trataba de no preocuparme por la conducta humana. Aun así, no podía sino extrañarme. Tres días antes había visto a nuestros jinetes devorar dos pequeñas latas que olían a pescado. Era lo último que les había visto comer. Pero ahora, pese a no tener comida, y con poca esperanza de encontrar una salida a la jungla, Louis no encontraba nada mejor que hacer que entretenerse pasando unas hojas blancas.

No tardé en cansarme de pensar en Louis, y volví a pastar.

Pasaba el tiempo y Vova no volvía. Al principio Louis no alzó la vista de sus páginas. La jungla crujía y resonaba, gorjeaba y gemía, silbaba y ladraba, pero Louis sólo prestaba atención a las hojas blancas que tenía en las manos.

El sol cambiaba de lugar. Había estado justo encima de nosotros, y después había pasado a las copas de los árboles. Cuanto más bajaba, con más frecuencia Louis alzaba la vista de sus páginas y miraba hacia los árboles.

Ahora, cada vez que un pájaro cantaba o una rama se rompía, Louis alzaba la vista. Y no había señales de Vova.

De uno de los árboles Louis arrancó un gran fruto redondo. Después de quitarle parte de la cáscara, dio un pequeño mordisco, arrugó toda la cara hasta que los pómulos casi le ocultaron los ojos, y arrojó el fruto. Escupió y tosió y volvió a escupir. Después de eso dejó sus páginas y se puso a mirar la jungla.

Empezaba a oscurecer cuando oímos pasos acercándose.

Pero hubo una sorpresa. No fue Vova el que apareció, sino un cachorro humano muy pequeño con ojos muy grandes y asustados.

¡Hola! ¿Cómo te llamas?

Pablo.

Su vocecita apenas si podía oírse.

Louis sonrió. En ese momento hubo pasos más pesados, y Vova asomó de entre el follaje. La sonrisa de Louis se amplió.

Creía que te habías olvidado de nosotros.

Vova señaló al cachorro humano.

Encontré a Pablo en una cabaña cerca, solo. Dice que sabe dónde hay un puente que cruza el río. Hay un camino al otro lado del puente, que lleva hasta el próximo pueblo. Podemos llegar antes de la noche.

Pablo nos miró a todos y dio un paso atrás. Me pareció que se lo veía más asustado que nunca. Louis le habló con mucha suavidad.

Pablo, ¿cuántos años tienes?

El pequeño humano alzó la mano con todos los dedos extendidos.

Louis volvió a sonreír.

Esto es fantástico, Vova. Dos valientes aventureros y sus arrojados corceles son rescatados de una segura muerte por inanición por un niño de cinco años... Menos mal que estos caballos no hablan.

Vova se encogió de hombros.

Pablo no quería venir. Le prometí un dólar. Pero tenemos que apurarnos, porque si su madre vuelve a casa y no lo encuentra, se enojará. Se supone que no debe salir.

Adiós a Fénix

Uno nunca puede pensar en su hogar hasta que lo abandona. Yo pensaba en mis potreros en la Argentina. Me preguntaba que sería de los otros caballos allí. ¿Me reconocerían si yo volviera? ¿Me dejarían compartir la avena en la troja? No tenía muchas dudas de que me expulsarían igual que lo habían hecho siempre. Me preguntaba si brillaría el sol sobre mi pastura favorita, o si la lluvia que estaba cayendo sobre nosotros aquí en Ecuador se extendía hasta la lejana Argentina.

Pensé todas estas cosas cuando murió Fénix. Recordé todos los humanos que a lo largo del viaje se habían acercado a acariciarlo, o habían seguido con la vista, admirados, su paso altivo.

Me pregunté si Fénix habría preferido estar de vuelta en la Argentina, en sus potreros. No estaba tan seguro. A él

le gustaba atravesar todas las tranqueras, y era el primero en cada camino nuevo. Estoy seguro de que siempre esperaba encontrar a Alaska en la próxima curva.

Pero entonces, un día, pasó algo extraño. Cuando nos abrieron el portón, Fichu y yo salimos de prisa a darnos un festín de buena alfalfa. Fénix se quedó atrás. Apenas si lo miramos. A la noche cuando nos llevaron de vuelta al corral, Fénix estaba en el suelo, tan quieto como había estado mi madre la última vez que la vi. "Fénix no caminará con nosotros nunca más", pensé. Después a Fichu y a mí nos llevaron a un establo donde había baldes con cereal colgando de clavos en la pared.

Fichu

Una vez que Fénix se fue, Fichu fue el único otro caballo que nos hizo compañía a mí y a nuestros jinetes. Fichu era seguramente el caballo más listo que yo hubiera visto nunca. No sólo no se cansaba nunca de marchar, tampoco se cansaba nunca de pensar. Fichu pensaba y pensaba, y cuando la mayoría de los caballos se habrían cansado de tanto usar la cabeza, Fichu seguía pensando.

Si a Fichu le daban tiempo para pensarlo, podía resolver cualquier problema.

Por lo general, sólo los humanos podían abrir cerrojos, hacer girar picaportes y manejar todos esos irritantes detalles que separan a un caballo de su comida.

Pero cuando Fichu tenía hambre, no se limitaba a esperar a un humano. Tocaba y sacudía, miraba y levantaba, empujaba y deslizaba, y tarde o temprano uno lo encontraba masticando felizmente grandes bocados de comida.

Por supuesto que nuestros jinetes no perdían ocasión de regañarlo, pero Fichu consideraba suya por derecho toda comida que encontrara.

Una vez nos pusieron a dormir junto a un prado de alfalfa. Fue casi un castigo. El prado era amplio y reluciente, pero lamentablemente estaba rodeado por un largo alambre que vibraba y me hacía zumbar desde la punta de las orejas a la suela de los cascos si lo tocaba. Después de frotarme una vez contra ese alambre, decidí renunciar a la alfalfa y dedicar mi atención a la hierba que crecía de este lado del alambre: no era tan sabrosa como la alfalfa, pero era mucho más segura.

Fichu, por supuesto, no quedó satisfecho. Trató de pasar por encima del alambre, y después por debajo. Lo intentó todo. Seguía en eso cuando yo me dormí.

A la mañana al despertarme encontré a Fichu al otro lado del alambre. Estaba rodeado de un gran círculo de tierra desnuda. Examiné el alambre, y no tuve idea de cómo lo había logrado. Dejé de pensarlo porque era un trabajo que me agotaba.

El primer humano que llegó se apresuró a bajar el alambre y sacó a Fichu adonde estábamos los otros caballos. Pero no bien el humano se hubo marchado, Fichu nos mostró cómo había llegado a la alfalfa.

Colocándose al lado del alambre, doblaba las rodillas, como si quisiera acostarse. Caía de lado, con la cabeza cerca del suelo. De pronto rodaba hacia el alambre y pasaba bajo él. Cuando volvía a ponerse de pie, estaba hasta las rodillas en la alfalfa.

Muchos otros caballos habían visto la maniobra de Fichu, pero ninguno probó de hacerla, porque parecía demasiado complicada. En ese momento llegó Vova.

Yo sabía. Cuando dijeron que uno de nuestros caba-

llos se había metido en la alfalfa, supe que sólo podías ser tú, Fichu. Sal de ahí. Nos meterás a todos en problemas.

Yo siempre seguía a Fichu. Dondequiera que fuéramos, lo seguía tan de cerca como me era posible. Lejos de mis potreros, el mundo podía ser un sitio temible, lleno de bestias malvadas y cielos enemigos. Las noches estaban llenas de faros que se precipitaban sobre uno a toda velocidad, había caminos pintados con misteriosas rayas, autos que tocaban la bocina, ómnibus que escupían humo negro y camiones que salían de caza por las carreteras, siempre dispuestos a devorar a un caballo perdido con sus ávidos neumáticos.

Fuera de mis potreros, el mundo era un lugar sin ley. Yo no era tan imprudente como para confiar mi seguridad a Louis y Vova. El camino nos llevaba por puentes que se balanceaban, por ríos turbulentos donde podíamos ahogarnos, por pantanos cuyo barro chupaba de nuestros cascos, por túneles, desiertos y junglas, lugares donde ningún caballo con sentido común se habría metido nunca por su voluntad.

Cada día nos encontraba en un lugar nuevo y extraño. Nuestros jinetes se hacían un lío con los mapas y las señales camineras, y yo me preguntaba si encontraríamos Alaska alguna vez. Nunca podía predecir qué comida nueva nos darían a la noche. Pero a través de todos esos peligros, me consolaba sabiendo que los pasos firmes de Fichu nos llevarían a buen puerto.

Poco después de la muerte de Fénix, fuimos a un sitio donde vivían muchos caballos en casillas alineadas en un establo. Había pasado mucho tiempo desde que yo había estado viviendo en un lugar fijo, así que me sentía raro las

primeras mañanas al ver que nuestros jinetes no venían a ensillarnos. En una de sus visitas, Vova trató de acariciarme la nariz. Cuando yo eché la cabeza atrás, soltó la risa.

Ahora que es otro el que te da la comida, ya no nos necesitas más, ¿eh, Sufridor? No te confíes, porque no nos quedaremos aquí para siempre.

En el camino, nunca sabíamos a qué hora nuestros jinetes se detendrían y nos darían la cena. Pero en nuestra casa en Quito el sonido de todos los otros caballos dando patadas en sus casillas nos advertía que se acercaba la hora de comer.

En los establos de Quito no se nos exigía gran cosa. Una vez a la mañana y una vez a la tarde nos hacían caminar por una pequeña pista circular, sin nada en el lomo. Al cabo de unos pocos minutos nos llevaban de vuelta a los pesebres, donde podíamos pasar el resto del día tendidos en un cálido lecho de aserrín. Fueron días agradables. Yo estaba perfectamente satisfecho con observar todo lo que tenía el mundo que ofrecerme desde el otro lado de la puerta de mi casilla.

A veces los caballos altos que pasaban frente a mi casilla me miraban. En general, eran tan esbeltos y altivos que simulaban no tener ninguna curiosidad con los extraños, en especial con un pequeño criollo de la Argentina. Pasaban sin dirigir siquiera una mirada en mi dirección.

A mí no me molestaba que me ignoraran. El único caballo que me importaba era Fichu. En tanto pudiera oírlo en la casilla contigua a la mía y casi pudiera tocarme la nariz con él cuando los dos asomábamos la cabeza, nada me preocupaba demasiado.

Durante las dos primeras semanas que estuvimos en Quito, yo habría dejado con gusto a Alaska donde estaba, y habría seguido comiendo mis comidas a hora fija en mi cómoda pequeña casilla.

Hasta que un día, cuando Fichu pasaba frente a mi

casilla rumbo a su caminata matinal, noté algo preocupante. Fichu había cambiado.

Pasara lo que pasara en nuestro camino, Fichu siempre había sido el caballo más robusto que yo hubiera visto. Sus hombros eran anchos como el portón de un establo, y si uno caminaba atrás, sus dos ancas redondas le tapaban todo el paisaje.

Pero ahora cuando mi poderoso compañero zaino cruzaba frente a mi casilla parecía cansado, su ancho costillar se había estrechado, su cuello grueso había adelgazado y sus patas temibles habían perdido el vigor. Me preocupé por el cambio, y pensé en Fénix.

Pasaron unos días antes de que Louis y Vova empezaran a preocuparse por Fichu. Cuando notaron que algo andaba mal, estoy seguro de que ellos también pensaron en Fénix. Ponían gestos preocupados y sacudían las cabezas.

Mira, Vova, su troja está vacía. Debe de estar comiendo. Quizás no le dan suficiente.

Para entonces Vova se había metido dentro de la casilla de Fichu y estaba acariciando el pescuezo brillante de mi compañero. Sacudió la cabeza.

No, hablé con el peón. Le da más que a ningún otro caballo, medio fardo por día, y dos latas de cereal. La comida no es problema. Y ha tomado la medicina. Quizás necesita más descanso.

A la semana siguiente Fichu había adelgazado más todavía. Comía todo lo que había en su troja, pero sin alegría. Rara vez asomaba la cabeza fuera de la casilla. Durante el viaje, por mucho que camináramos en un día, era muy raro que Fichu se acostara. Pero ahora cuando el joven humano que nos atendía y ejercitaba llegaba a la casilla de Fichu, yo podía oír el esfuerzo del gran caballo para ponerse de pie.

Cuando al fin partimos de Quito, no fue en absoluto como una de nuestras partidas habituales. Por lo general, cuando partíamos después de un descanso prolongado, todos estábamos ansiosos por marchar. Louis y Vova se apresuraban a ensillarnos, y nos ajustaban las cinchas con más entusiasmo del que me gustaba. A nosotros los caballos nos era difícil quedarnos quietos.

Pero cuando partimos de Quito, nuestros jinetes se movían lento. Las pocas palabras que decían, las decían en voz baja. Si alzaban la vista de sus preparativos, era sólo para mirar a Fichu cuya cabeza estaba baja, y cuyas orejas eran indiferentes a todo el ruido y la actividad que nos rodeaba.

Ese primer día de marcha, Fichu se arrastró. Al segundo día parecía igual de mal. Yo empecé a preguntarme cuánto tiempo más tendría un compañero.

Pero a la tercera mañana al despertarme encontré a Fichu ya despierto e inspeccionando las colinas verdes cuadriculadas por todas las pequeñas granjas que las cubrían. Miró con atención a un ómnibus rojo cargado de humanos que venía traqueteando hacia nosotros por la carretera. A cada explosión o chillido del motor, los ojos de Fichu se ponían redondos. Sentí que al fin yo podía descansar. Fichu había vuelto a hacerse cargo.

Tres días después, Fichu entró en Colombia tan robusto como lo había estado siempre. Louis resplandecía de contento.

No puedo creer lo rápido que Fichu recuperó su peso. No ha pasado ni una semana.

Vova ponía la mano entre las orejas de Fichu, abajo del freno. Fichu echaba atrás la cabeza contra la mano de Vova.

Fichu, en realidad no estuviste enfermo. Era sólo que

no te gustaba estar encerrado en ese establo, ¿eh?

Siempre había sido fácil ver cuánto le gustaba a Fénix vagar por el mundo. Siempre prefería las puertas a las cercas. Pero ahora que Fénix se había ido, comprendí que también Fichu amaba el camino a su modo.

En Colombia

Entrar en Colombia fue fácil. Los días eran cálidos sin llegar a calurosos. Por todas partes crecía la hierba y eran tantos los hombres que detenían sus autos para hablar con Louis y Vova que Fichu y yo teníamos muchísimo tiempo para comer.

En otros países habíamos visto con frecuencia caballos que parecían cansados, con los lomos hundidos y costillas que podían contarse, siempre que uno supiera matemáticas. En Colombia, en cambio, los únicos caballos que salían a saludarnos se veían alertas y bien alimentados. Muchos de ellos caracoleaban con un paso peculiar. Mientras sostenían los cuellos erguidos echaban adelante los cascos delanteros y los apoyaban en rápidos movimientos de danza. Esos caballos se movían rápido, y si Fichu y yo queríamos seguirles el paso, teníamos que trotar.

Había algo único en cada uno de los países que visitábamos. Lo que yo extrañaba de la Argentina eran los pájaros. Chile era una montaña de fríos arroyos de montaña. En mi mente, el altiplano de Bolivia se alzaba como una noche de invierno. Perú era un océano de arena perdida en la niebla. Ecuador parecía un regimiento de chozas haciéndoles reverencias a los grandes volcanes blancos.

Colombia también era diferente. Cuando pensaba en



Colombia, mi mente recibía una descarga de colores brillantes. De cada rincón del país hacían erupción esos colores como flores recién lavadas por una lluvia de verano.

Pero más que colores, Colombia era un olor muy especial. Durante todo el día, pero sobre todo cuando se acercaba la noche, las montañas empezaban a exhalar un aroma profundo de café fresco. El olor era más fuerte aún que el que surgía por las mañanas de la fogata que encendían nuestros jinetes.

Toda la primera parte de nuestra estada en Colombia fue muy placentera, nada a lo que un caballo pudiera poner objeciones. Pero, por supuesto, en el momento en que empezaba a olvidarme de los problemas pasados, nuestro feliz horizonte empezó a oscurecerse.

Medellín está en el extremo norte del largo y rico valle donde habíamos hecho la mayor parte de nuestro recorrido colombiano. Después de un descanso en esa ciudad, torcimos un poco hacia el oeste y empezamos a cruzar la cordillera hacia una región llamada Urubá.

Medellín había sido fría y seca, pero no bien la dejamos la temperatura subió y el aire se hizo pesado.

En lo alto de una montaña miramos hacia abajo y descubrimos un ancho río que brillaba como una serpiente de plata. Nuestros jinetes no dijeron nada. Como siempre, mientras Louis y Vova admiraban el paisaje, Fichu y yo comíamos tanto como podíamos.

No llevábamos mucho tiempo pastando cuando Fichu empezó a retorcerse, y Vova empezó a bailotear y gritar.

Me sorprendió. He visto bailar a humanos antes, pero no recordaba a ninguno haciéndolo con tanto entusias-

mo. Estaba absolutamente seguro de no haber visto nunca antes bailar a un caballo. Pobre Fichu, pensé, ha estado demasiado tiempo con humanos.

Mi alivio fue breve cuando noté que las abejas estaban atacando a Vova y a mi compañero. Louis se reía a carcajadas, pero en ese momento Vova gritó.

¡Abejas! ¡Abejas! ¡Corre!

De inmediato Louis estaba bailando también y golpeándose los brazos y las piernas. Después empezó a gritar él también.

¡Son abejas asesinas!

Una abeja aturdida se metió en la oreja de Louis, y lo vi darse bofetadas en la cabeza. Pero para entonces las abejas ya estaban girando en círculos alrededor de mi nariz. Sin esperar más estímulo, corrí tras Vova y Fichu, que ya se lanzaban montaña abajo en medio de una nube de abejas enfurecidas.

Las abejas fueron la puerta de salida de la parte feliz de Colombia, y la entrada a los problemas. Poco después el arco iris de brillantes colores empezó a desteñirse en un verde húmedo.

Un día o dos después ya íbamos por un camino llano muy lejos de las brisas con olor a café. En lugar de granos de café, a cada lado de nosotros había plantas verdes con hojas monstruosas. Si un humano hubiera querido esconderse, con una o dos de esas hojas le habría bastado. En lo alto de esas plantas crecían bananas en pesados racimos como cientos de lenguas verdes jadeando bajo el calor.

A mí no me interesan mucho las bananas, pero Fichu las adoraba. Cada vez que lo miraba le estaba colgando un trozo de cáscara de banana de los labios empastados, hasta que chupaba la pulpa de la última que le ofrecían.

Solía tener la boca completamente llena, y masticaba esas cáscaras de banana con los ojos vacíos del placer.

Las plantas de banana crecían en hileras tupidas; las ramas de cada planta rozaban las de la vecina. Cuando atravesábamos ese corredor verde, el sol ardía justo sobre nosotros. Al fin de cada tarde, como si lo recordara de pronto, se ponía súbitamente. Durante la parte tropical de nuestro viaje, la noche siempre llegaba como una sorpresa.

Durante mucho tiempo los días fueron todos iguales. No había nada que le hiciera pensar a uno que hoy no era el gemelo de ayer. A la mañana cuando volvíamos al camino, el sol y las filas de bananeros eran exactamente los mismos que habíamos dejado la noche anterior.

Un día torcimos hacia el oeste y entramos en una ciudad. Era un lugar terrible. Al menos las plantaciones de bananas habían estado limpias. En la ciudad, autos irritados salpicaban el barro de las calles. Tocaban la bocina y rugían pasándose unos a otros.

La ciudad era un puerto, y el muelle era una larga franja de cemento con barro a un lado y agua negra de petróleo al otro. Para no resbalar en el barro, los humanos con cajas en los brazos o cargadas sobre la cabeza se deslizaban sobre delgados tablones. Iban rápido hacia los barcos que se balanceaban junto al muelle.

Recordé el barco en el que se había metido nuestro camión, mucho tiempo atrás, en la Patagonia. Estos barcos no se parecían en nada a aquel. Aquella bestia era titánica. Éstas no. Si un camión hubiera tratado de abordar uno de los pequeños barcos que se balanceaban frente a nosotros, todos, incluidos los humanos y todas sus cajas, se habrían hundido en la espesa agua negra de la bahía.

Mientras observaba toda esa actividad, empecé a preguntarme por qué habíamos estado allí tanto tiempo.

En ese momento, la respuesta a mi pregunta entró to-

siendo y crujiendo al puerto. Se movía tan despacio que sólo irradiaba las ondas más pequeñas. Uno de los humanos que había estado hablando con nuestros jinetes estiró un brazo y señaló.

Ése es su barco.

Era un ferry verde y rojo. No parecía en muy buen estado. Pensé que ni toda la crema amarilla de Vova bastaría para salvarlo. Estaba seguro de que había llegado al puerto sólo para exhalar su último aliento entre sus compañeros. Peces plateados con ojos hinchados flotaban a sus lados en el agua. Cuando sus toses cesaron de golpe, supuse que había fallecido.

Pero no era así. El barco seguía vivo, y cuando estuvimos arriba de él volvió a rugir y empezamos a sacudirnos. Viajamos el resto del día entre salvajes bamboleos; cuando oscureció tuvimos más calma. Al estrecharse el río, nuestra marcha se hizo firme y pareja. El cielo se iluminó con la luz de la luna, y abajo podíamos ver la silueta negra de una jungla espesa que llegaba hasta la orilla misma del río. Gradualmente la marcha del barco se hizo más lenta hasta que llegamos a un alto donde la jungla había sido apartada apenas lo suficiente para dejar un círculo de playa con hierba.

Fichu, Sufridor, acaban de pasar el Río Atrato. ¡Estamos en América Central!

No entendía por qué Louis estaba susurrando. Después de dejarnos a nosotros y nuestra carga en la orilla, el barco había partido. Estábamos solos y nadie podía oírnos, aunque gritara. Traté de apartarme cuando Louis me abrazaba el cuello.

Sufridor, esto significa que nunca tendrás que subir a otro barco. Ahora todo será por tierra, hasta Alaska.

En la jungla

Los diez días siguientes fueron los de más calor y molestias, y los de más barro, que hubiéramos pasado. A partir de esa orilla del río no tuvimos más alternativa que internarnos en el bosque montañoso. Entrábamos en ese perdido trozo de tierra que separa a Colombia de Panamá, la Jungla de Darien.

Pocos kilómetros tierra adentro había tres o cuatro pequeñas chozas. Sus ocupantes, unos pocos humanos corpulentos con sombreros de paja y media docena de otros más pequeños, se sorprendieron mucho de vernos. Todo el tiempo que nuestros jinetes les hablaban, había muchos gestos de señalarnos y asombrarse. En cierto punto, Louis abrió grandes los ojos.

Pero nos dijeron que nos llevaría apenas dos o tres días llegar a Paja. La comida que trajimos para nuestros caballos sólo durará ese tiempo.

Louis miró al humano más viejo del grupo. El humano viejo bizqueaba debajo del sombrero. Parecía hablarles a los árboles y a los niños que corrían cerca de la casa, pero nuestros jinetes eran los únicos cerca de él.

Sí, hay un sendero por el que se llega a Paja en sólo tres o cuatro días, pero hay varios puntos donde tendrían que escalar rocas altas y me temo que los caballos no podrán hacerlo.

Louis se colocó de tal modo que el humano lo mirara. *Debe de haber algún modo en que los caballos puedan cruzar la jungla. No podemos volvernos atrás. En Turbo nos hablaron de la "trocha de los contrabandistas".*

El humano bizco sonrió.

Sí, podrían intentarlo. Pero es mucho más largo y no conozco esa región para decir si los caballos podrán pasar. En realidad no es un camino, saben. La jungla crece tan rápido que hay que ir abriéndose paso con el machete. Necesitan guías. De otro modo, nunca pasarán.

¿Dónde podemos encontrar guías?

Probablemente no encontrará ninguno que conozca todo el camino. La mayoría de los nativos siguen el río en canoas, no por tierra. Pero podrían encontrar cazadores que al menos los lleven hasta la aldea siguiente.

Darien no era como ninguna de las junglas que habíamos visto antes. Hasta las partes más salvajes de Ecuador tenían prados abiertos donde podíamos pastar y, en los sitios más espesos, todo lo que necesitábamos era empujar un poco para abrírnos paso.

Los árboles en Darien crecían pegados unos a otros. Los que no podían encontrar lugar simplemente estrangulaban a sus vecinos dándoles vueltas. Y en lo alto de los troncos, las hojas eran tan espesas que sólo nos llegaba una luz tenue.

Abrirnos paso a través de esa oscuridad era especialmente difícil para Louis y Vova. Cada paso que dábamos les costaba a nuestros jinetes varios golpes de sus machetes. Por supuesto, ahora ya no podía decirse que fueran nuestros jinetes. Tanto el lomo de Fichu como el mío estaban cargados de provisiones y, por primera vez desde Bolivia, con comida para nosotros.

En la jungla de Darien, además de nuestros jinetes venían con nosotros tres o cuatro humanos, nunca menos de dos. Cada día eran diferentes. Cuando llegábamos a un

grupo de chozas, los que habían venido con nosotros se quedaban, y otros nuevos nos conducían más lejos.

Siempre íbamos atrás de estos humanos. Se movían rápido, trepando sobre árboles caídos, metiéndose por debajo de plantas espinosas, deteniéndose sólo lo necesario para que nuestros jinetes se abrieran paso.

Terminábamos cada día en una aldea distinta. Aunque no era muy seguro. Había momentos en que hasta los humanos que nos conducían se perdían. Cuando se detenían y susurraban, yo empezaba a preocuparme. Era una suerte que los tuviéramos a ellos. Sólo alguien que hubiera estado mucho tiempo en esas junglas podría tener alguna esperanza de encontrar su camino.

La mayor parte del tiempo no había camino alguno. A menudo los senderos que encontrábamos apenas si podían llamarse senderos. Las hondonadas entre las montañas estaban demasiado enmarañadas para poder ir por ellas, y las laderas de las montañas eran demasiado inclinadas. A veces la única solución que quedaba era muy peligrosa. Avanzando cuidadosamente entre los árboles y mirando dónde poníamos cada casco, subíamos y bajábamos la montaña por la parte más alta. A menudo estos senderos tenían el ancho de una persona apenas. Tan estrechos eran que Fichu y yo golpeábamos la carga casi contra cada árbol.

Una vez, al oír un largo sonido de algo que se desgarraba, me volví y vi todo un saco de comida derramarse sobre mi lomo y caer montaña abajo. Nuestros jinetes se precipitaron, pero era demasiado tarde. Louis se quejó.

¡Grandioso! Ahora nos queda sólo un saco. Si no lo perdemos, tendremos comida para dos días, y no sé qué comerán estos caballos en los cuatro o cinco o no sé cuántos días que faltan para salir de aquí.

Las cosas siempre salían mal cuando nos apurábamos, y ahora nos apurábamos todo el tiempo. Hasta los huma-



nos que nos guiaban nos miraban sorprendidos cada vez que advertían que los seguíamos de cerca.

En las partes más escarpadas debíamos tener cuidado de no caernos. Había ríos que cruzábamos caminando sobre troncos. Daba miedo mirar abajo, pero yo no podía evitarlo. Vadear los ríos solía ser imposible. Eran poco profundos y la corriente era lenta. Pero encontrar un sitio donde poder salir al otro lado era difícil. Los humanos trepaban esas orillas altas usando las manos y brazos para subir colgados de enredaderas. Nosotros los caballos teníamos que seguir por el río hasta llegar a un lugar donde pudiéramos salir. A veces hacíamos varios intentos y volvíamos resbalando al agua. Con cada intento nos cansábamos más. Cada vez que no lográbamos salir del río nuestros jinetes nos llevaban más lejos río abajo, mojándose las botas y los pantalones.

Al viajar tanto y tan rápido como lo hacíamos, el calor de la jungla me mareaba. Fichu estaba todo el tiempo resoplando, las narices muy dilatadas. A veces se detenía y se quedaba plantado en el río. Hasta que recuperaba el aliento, se negaba a dar un paso. Simulaba no darse cuenta de que Louis o Vova le tiraban del cabestro.

Con suerte, llegábamos a un poblado antes de la noche. Algunas de las aldeas eran pequeñas, otras apenas un poco más grandes. Había algunas donde todas las chozas estaban colocadas en hileras estrictas y otras donde las casas parecían haberse puesto donde más les había gustado.

Pero, ya fuera una aldea ordenada o un racimo entremezclado de casas, siempre podíamos contar con que todos los humanos pequeños que vivían ahí vinieran a vernos. Algunos de los niños usaban faldas y collares de cuen-

tas rojas, amarillas y anaranjadas. Otros niños no usaban casi nada. Muchos de esos humanos pequeños llevaban a otros más pequeños aún en sus brazos y en las espaldas. Todos se paraban alrededor de nosotros, demasiado asustados para acercarse, pero más temerosos todavía de parpadear y perderse un solo segundo del espectáculo de los caballos y sus jinetes.

Louis y Vova eran un espectáculo digno de ver para entonces, con la ropa desgarrada y cubierta de barro y las botas que nunca alcanzaban a secarse.

Cuando entrábamos en las aldeas, los niños mayores se hacían más audaces. Nuestros jinetes les decían que podían tocarnos, y hasta dejaban que algunos se montaran a mi lomo, o sentaban a uno pequeño encima de la carga de Fichu.

Las madres humanas eran tan curiosas como los niños. Dondequiera que nos deteníamos, se acercaban y nos tocaban cuidadosamente las narices. Si hacíamos el menor movimiento apartaban la mano de prisa y se reían. Cuando se aseguraban de que no las morderíamos, sonreían hasta que sus ojos se iluminaban y nos acariciaban. Vova les sonreía.

¿Han visto caballos antes?

Por lo general las madres humanas no hablaban con nuestros jinetes, al menos al principio. Se reían un poco más y se miraban entre ellas, o miraban a los niños, o al suelo, y sólo al final de todo miraban a Louis y Vova. Pero una vez que los miraban, los miraban con mucha atención. Después elegían a una de ellas, a la que le susurraban algo. Ella hablaba por las demás.

No. Nunca vimos animales como éstos antes. ¿Adónde los llevan?

Una vez que las mujeres y los niños empezaban a hablar, hablaban más y más rápido, y terminaban parloteando todos a la vez. Por lo general los humanos hombres se

mantenían apartados. Hablaban mucho menos que las mujeres y los niños, y no sonreían nunca.

Los humanos que nos guiaban se volvían de vez en cuando para ver si seguíamos atrás. A menudo intercambiaban unas palabras, pero rara vez hablaban con nuestros jinetes.

Nuestros jinetes les hacían preguntas en tono cada vez más serio. En una ocasión el diálogo fue así:

¿Cuánto falta para el próximo pueblo?

En general los guías se miraban entre ellos y se encogían de hombros. Pero, si Louis y Vova los miraban fijo el tiempo suficiente, decían algo.

Un día, quizás un día y medio. Con los caballos, no sé. Quizás dos días.

Louis sacudió la cabeza.

Dejen los caballos por nuestra cuenta. Ustedes sigan adelante, y lleguen hoy, antes de la noche. No podemos quedar atrapados en la jungla. No tenemos comida para los caballos. Tenemos que llegar al próximo pueblo antes de que oscurezca.

Los guías se miraron y no dijeron nada. Ese día viajamos más rápido que nunca. Louis y Vova se turnaban para azotar con los machetes las ramas que se interponían en nuestro paso. Sudaban y maldecían. Las moscas los atacaban y trataban de retrasarnos. Los guías se detenían y se sentaban en el suelo. Pero cuando nuestros jinetes se quejaban, volvían a ponerse de pie y seguían delante.

Cuando empezamos a tropezar con raíces y troncos caídos que ya era difícil ver, los guías volvieron a detenerse. Uno de ellos habló en voz muy baja.

Tendremos que detenernos ahora. Está demasiado oscuro para seguir.

Louis respiraba trabajosamente.

¿Cuánto más falta para el pueblo?

Los guías evitaban la mirada de Louis.

Dos horas, quizás un poco más. Podremos llegar mañana antes del mediodía.

No. Tenemos que llegar esta noche. Los caballos no han tomado agua desde la mañana.

Los guías no mostraban ganas de seguir. Pero Vova les dio la luz blanca que solía encender de noche. Bajo ella, aparecían saltarines trozos de jungla.

Tomen nuestra linterna. No es potente, pero es la única que funciona.

Vi cómo la luz se adelantaba hasta que se volvió un resplandor amarillo que parpadeaba en la oscuridad.

Vova se puso en marcha de prisa para no perder de vista la luz. Yo sólo podía ver la silueta de su espalda que avanzaba tropezando entre los árboles. De pronto, sentí algo que me tiraba de la cola. Era Louis.

Vova, no puedo ver nada y las ramas me golpean la cara todo el tiempo. Tengo que ir con los ojos cerrados. Avísame cuándo haya un obstáculo.

Detrás de Louis, yo oía a Fichu rozando árboles y rompiendo ramas. De vez en cuando Louis se caía, pero sin soltar mi cola. Yo lo arrastraba hasta que volvía a ponerse de pie.

Todas las noches llegábamos a una aldea donde podíamos comer. De algún modo, nunca pasábamos hambre. Un día cruzamos a nado un río con nuestros jinetes en los lomos. Adelante, un humano en una canoa llevaba la carga. Antes de llegar a la otra orilla, nos atrapó una corriente y nos llevó río abajo. Cuando al fin logramos salir del agua, descubrimos una aldea pintada de colores brillantes, las casas con paredes de concreto y techos de metal. El agua de río que chorreaba de nuestros lomos caía sobre una calle de tierra. En todas las otras aldeas, docenas de humanos pequeños salían a saludarnos, pero aquí sólo

unos pocos parecieron interesados. Louis habló con uno de ellos.

¿Adónde va este camino?

A Panamá.

¿A la ciudad de Panamá?

Sí.

¿Directo? ¿Y lo usan autos y ómnibus?

Sí.

Por primera vez en mucho tiempo, cuando Louis y Vova se miraron uno al otro, sonrieron. Vova nos miró a Fichu y a mí.

Ojalá entendieran, amigos. Ustedes dos deben de ser los primeros caballos que han atravesado la Jungla de Darien.

Un compañero nuevo

Poco después de cruzar el Puente de las Américas, que pasa sobre el Canal de Panamá, nuestros jinetes reclutaron otro caballo. Todo en su cuerpo blanco era flaco: el pescuezo, la nariz, los hombros huesudos, las ancas chupadas, las patas de araña, todo, salvo su estómago que era redondo e hinchado. Pronto dio pruebas de ser el caballo más tonto que hubiéramos encontrado. Hasta Vova parecía un poco desilusionado cuando vio por primera vez este animal lamentable.

A Louis le gustaba. Lo llamó "Nori", y con el tiempo se encariñó mucho con él.

Pero Vova, necesitamos otro caballo, y éste es barato.

Cuando vimos el modo en que Nori saltaba y se asustaba cada vez que pasaba un auto, se hizo evidente que nunca antes había salido de su granja. Vova se negó a montarlo.

Este caballo va a matar a alguien. Es el caballo más estúpido que haya visto en mi vida.

Vova, Nori no ha tenido mucha suerte, sabes. El tipo que nos lo vendió dijo que al padre de Nori lo mató un rayo.

Vova soltó la risa.

¿Sí? Bueno, creo que el rayo se equivocó de caballo.

Había muchas cosas que me irritaban en Nori, especialmente el modo en que caminaba. Desde el comienzo, pareció el más desesperado de todos por llegar a Alaska. Nuestros jinetes siempre nos pedían que fuéramos más rápido. Por supuesto, no les hacíamos caso. Acelerábamos el paso unos minutos, y lo volvíamos a la normalidad no bien Louis y Vova se cansaban de regañarnos. Pero Nori se mostraba tan ansioso que a nuestros jinetes les resultaba más fácil apurarnos a Fichu y a mí que hacerlo ir más lento a él.

Vova, he estado registrando nuestra velocidad. Hacemos casi seis kilómetros por hora. Es un kilómetro más que nuestra velocidad normal. Si hubiéramos tenido a Nori desde la partida, ya habríamos llegado hace seis meses.

Calor

Habíamos elegido el peor momento posible para empezar a apurarnos. Cada día parecía más largo que el anterior. El aire caliente en Panamá se hacía difícil de respirar. Fichu tenía mal aspecto. No dejaba nunca de sudar, su pecho enorme se sacudía y sus narices estaban siempre dilatadas. El aire no le bastaba, y siempre tenía sed.

Con frecuencia cada vez mayor, Fichu empezó a acostarse, y no sólo cuando habíamos terminado nuestra jornada. A menudo, todavía cargado, doblaba las rodillas y se dejaba caer de costado. Nada hacía gritar y protestar tanto a nuestros jinetes como ver que uno de nosotros se

tiraba al suelo antes de que le sacaran las monturas.

¡Fichu! ¡Levántate! ¡Romperás todo! ¿Qué te pasa?

Pero por más que protestaran, les bastaba darle la espalda para que Fichu volviera a echarse. Su pecho enorme se agitaba cada vez más. Al fin nuestros jinetes dejaron de gritar. Lo miraban con preocupación y lo llevaban del cabestro. Cuando lo veían empezar a doblar las rodillas se detenían. Louis se limpiaba el sudor de los ojos.

Creo que el calor es demasiado para Fichu. Está adaptado a un clima frío.

Vova se encogía de hombros.

Sí. Si no fuera por esta carretera, podríamos viajar de noche. Pero en la oscuridad los autos serían demasiado peligrosos. Tendremos que torcer hacia la costa no bien lleguemos a Costa Rica. Debemos alejarnos de todos estos autos y camiones.

Poco antes de salir de Panamá trepamos a una larga colina. Hacía demasiado calor para que recuerde tramos particulares del camino. Con el calor, yo trataba de no pensar en nada. Sólo recuerdo esa colina por lo que sucedió cuando llegamos a la cima.

En la cima había varias chozas. Los techos parecían sombreros de paja peludos. No estábamos lejos de ellas cuando Fichu se balanceó un poco y, casi sin doblar las rodillas, cayó de lado. Allí se quedó, sin moverse. Pensé en Fénix, y, por supuesto, pensé en mi madre.

Louis y Vova se precipitaron hacia él y trataron de ponerlo de pie. Era absurdo. Pero aunque no pudieron moverlo, sus esfuerzos desesperados lograron estimularlo. Abrió los ojos y su pecho se hinchó.

¡Siente lo caliente que está, Vova! ¡Tenemos que enfriarlo!

Louis miró alrededor y descubrió una larga manguera

verde. Un momento después volvía y dirigía hacia Fichu un chorro de agua. Vova tiró un poco más del cabestro, y en un minuto o dos Fichu se ponía de pie.

A lo largo de toda Costa Rica viajamos de noche. A la mañana el sol asomaba de un frío mar azul. Me sentía mejor viajando de noche, y Fichu ya no sudaba tanto. No bien empezaba a respirar pesadamente, Louis y Vova lo observaban. A veces Vova le ponía una mano sobre el pecho.

Hace calor, pero no más que en Chile y la Argentina. Claro que han pasado tres años desde que saliste de tu casa, Fichu, y quizás estás sintiendo la edad. Recuerda, Fichu, que lo más difícil ya pasó, y tú quieres llegar a Alaska con nosotros, ¿no?

Ahora, cada vez que encontrábamos un prado con hierba especialmente buena, nos quedábamos un día, o quizás dos, comiendo tanto como queríamos. Pero aun en esos días en que no hacíamos nada, Fichu empezaba a jadear y a sudar. Mientras Fichu pastaba, Louis solía seguirlo.

Ustedes estaban perfectos en la ciudad de Panamá. El veterinario dijo que estaban sanos. Quizás es sólo la humedad que hay aquí. Está muy húmedo, ¿no, Fichu?

Fichu podía ser un caballo muy razonable, hasta tolerante. Siempre que no se lo molestara mientras estaba comiendo. Pero durante esos días en que se suponía que debíamos descansar, Nori se aburría y empezaba a buscar algo que hacer. Después de dar unas vueltas por ahí, mordisqueando un poco de pasto aquí y unas margaritas allá, se acercaba a Fichu y a mí. Se acercaba muy poco a poco, hasta quedar al lado. Entonces, igual que un humano, se frotaba contra nosotros.

Se lo podía espantar con un resoplido, pero un minuto o dos después ahí estaba, pastando justo al lado. Uno podía apartarse, pero no servía de nada. Unos segundos después volvía a tratar de rozarnos.

Si lo ignoraríamos, Nori nos tocaba y hacía todo lo posible por llamar la atención.

Al principio Fichu y yo preferíamos simplemente alejarnos. Pero había un momento en que ya no se lo soportaba más. Yo lo pateaba, y Fichu lo mordía, arrancándole grandes mechones de pelo blanco.

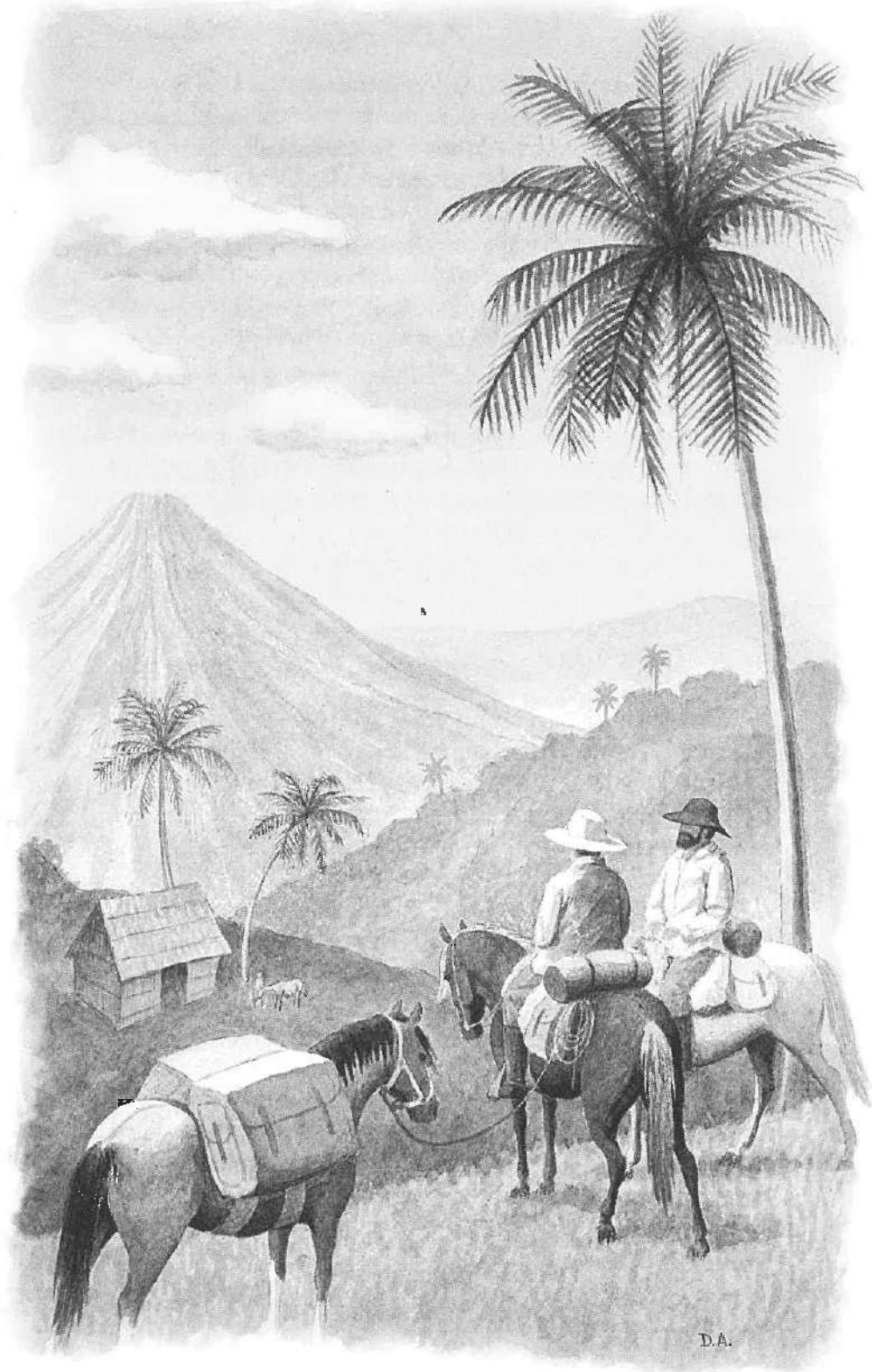
Lamentablemente, aun eso era un remedio temporal. Nori lloriqueaba como si fuera una víctima inocente, se iba cojeando y nos dejaba en paz, pero sólo hasta que volvía a sentirse inquieto.

Era fácil decir cuándo entrábamos en otro país. Días antes de cruzar la frontera un veterinario nos visitaba, con sus feos hábitos.

No era difícil distinguir a los veterinarios de otros humanos. Parecían un poco más altos, caminaban un poco más erguidos, y parecían más sorprendidos que la mayoría de los humanos cuando nuestros jinetes hablaban con ellos. Pero el modo más fácil de decir si un humano era de la variedad veterinario era ver lo que hacía cuando encontraba algo puntudo. Invariablemente se apoderaba de esa cosa y nos la clavaba a nosotros los caballos.

Desde Panamá, hubo una gran cantidad de veterinarios. Los hubo en Panamá, en Costa Rica, en Nicaragua, en Honduras y en Guatemala. Lo que mejor recuerdo de todos esos países son las agujas atravesándome. Aunque no sabía qué delicias podía tener Alaska para un caballo como yo, me habría satisfecho con que no contuviera veterinarios.

* * *



Además de veterinarios, América Central tenía cantidad de montañas, mares, bananeros, volcanes, chozas de paja y caballos flacos. Algunos de los caballos eran más flacos que Nori. En realidad, salvo por las cicatrices que se ganó molestándonos a Fichu y a mí, el aspecto de Nori mejoró con el tiempo. La marcha había desinflado su panza, y su pecho y patas estaban más fuertes que cuando lo habíamos conocido. Lamentablemente, con la mejora de su estado físico marchaba más rápido y más ponía a prueba nuestra paciencia.

Aunque el aspecto de Nori fuera mejor no se podía decir lo mismo de su conducta. Todo el tiempo se le estaban ocurriendo ideas ridículas. Siempre estaba zigzagueando locamente por la carretera, sin importarle los camiones que casi le pasaban por encima.

Las imprudencias de Nori hacían poner rojas e hinchadas las caras de nuestros jinetes, hasta que explotaban en una nube de gritos. Pero a Nori no le importaban sus amenazas ni advertencias más que las que le hacíamos Fichu y yo.

Quizás en algún estadio previo de nuestro viaje todos habríamos tenido más paciencia con el torpe entusiasmo de Nori. Quizás en la Argentina, el Perú, o inclusive en Colombia, lo habríamos soportado mejor. Pero Nori se nos unió en un momento en que nuestros jinetes tenían una permanente mueca de severidad, y hablaban con ladridos. Desde aquel día de fiesta en que habíamos salido de la jungla, nuestros jinetes se habían puesto irritables. Estudiaban a Fichu con cuidado, y aunque no volvió a estar tan enfermo como en Panamá, cada vez que empezaba a jadear, el humor de nuestros jinetes empeoraba.

¡Louis, vamos demasiado rápido! Tendremos que librar-nos de Nori si no lo puedes hacer ir más lento.

¡Lo estoy haciendo ir más lento! Sufridor y Fichu son unos perezosos, eso es todo. Si Nori puede mantener este paso, ¿por qué no pueden ellos?

Un alto obligado

Gran parte de México era verde y montañoso. Algunos caminos iban hacia el oeste, la mayoría hasta el este: si marchábamos hacia el norte, era sólo hasta la siguiente curva.

Todas las indecisiones terminaron abruptamente cuando llegamos a Veracruz. Desde allí vimos el Golfo de México por primera vez. Durante varias semanas después pudimos oler el mar, especialmente cuando soplaban el viento del este. Pero más olíamos los escapes de los camiones que corrían hacia el norte. Para entonces yo me había convencido de que los camiones nunca nos chocarían, pero nos pasaban muy cerca. A Nori lo asustaban, lo que era fácil de entender. No tenía tanta experiencia con camiones como Fichu y yo. Nuestros jinetes, sin embargo, seguían siendo prudentes. En las partes más estrechas de la carretera, Louis y Vova preferían llevarnos del cabestro antes que montarnos. Nos hacían marchar lo más cerca posible de los árboles que crecían al costado del camino. Fichu y yo no veíamos el momento de volver al camino. Ningún camión nos había hecho nada nunca, y en cambio no sabíamos qué podía haber oculto entre esos árboles. Louis no entendía nuestra prudencia.

Si Louis no estaba dándonos sermones, o si los camiones no tocaban sus bocinas, o si yo no estaba tratando de morder una mata de hierba antes de perder para siempre la oportunidad, miraba mi sombra.

Cuando empezamos el viaje, recordaba que mi sombra siempre aparecía a mi izquierda por la mañana. Pero

hasta que salimos de Colombia, casi nunca la había visto frente a mí. Ahora, desde Panamá, la veía hacerse cada día más larga. Los últimos días antes de llegar a los Estados Unidos, solía verla marchar adelante con larguísimas patas delgadas.

Nuestros jinetes estaban más excitados que nunca. Si bajábamos el ritmo de marcha tan siquiera un poco, se agitaban y nos pedían ir más rápido.

Una semana más y estaremos allí, Fichu. Tendrán varios días de descanso.

Hasta Vova estaba entusiasmado.

Llevamos cuatro años juntos, Sufridor. Eso significa que tienes doce años, y serás un caballo joven cuando lleguemos a Alaska. Y después no tendrás que llevar a nadie ni a nada en el lomo nunca más.

Pero antes de llegar a Alaska, teníamos que entrar en los Estados Unidos. Y antes de entrar en los Estados Unidos tuvimos que superar a un diabólico surtido de veterinarios.

El primer veterinario no pareció contento al vernos, y pareció muy triste cuando habló con nuestros jinetes y cuando les mostró un diminuto bichito que había encontrado en mi crin.

Tendré que hacer examinar esta garrapata por si hay piroplasmosis. Eso significa que sus caballos tendrán que quedarse aquí encerrados diez días. Asegúrense de que no salgan.

El veterinario triste volvió unos pocos días después. No parecía más feliz.

La garrapata que encontré no era portadora de piroplas-

Vova, Nori no ha tenido mucha suerte, sabes. El tipo que nos lo vendió dijo que al padre de Nori lo mató un rayo.

Vova soltó la risa.

¿Sí? Bueno, creo que el rayo se equivocó de caballo.

Había muchas cosas que me irritaban en Nori, especialmente el modo en que caminaba. Desde el comienzo, pareció el más desesperado de todos por llegar a Alaska. Nuestros jinetes siempre nos pedían que fuéramos más rápido. Por supuesto, no les hacíamos caso. Acelerábamos el paso unos minutos, y lo volvíamos a la normalidad no bien Louis y Vova se cansaban de regañarnos. Pero Nori se mostraba tan ansioso que a nuestros jinetes les resultaba más fácil apurarnos a Fichu y a mí que hacerlo ir más lento a él.

Vova, he estado registrando nuestra velocidad. Hacemos casi seis kilómetros por hora. Es un kilómetro más que nuestra velocidad normal. Si hubiéramos tenido a Nori desde la partida, ya habríamos llegado hace seis meses.

Calor

Habíamos elegido el peor momento posible para empezar a apurarnos. Cada día parecía más largo que el anterior. El aire caliente en Panamá se hacía difícil de respirar. Fichu tenía mal aspecto. No dejaba nunca de sudar, su pecho enorme se sacudía y sus narices estaban siempre dilatadas. El aire no le bastaba, y siempre tenía sed.

Con frecuencia cada vez mayor, Fichu empezó a acostarse, y no sólo cuando habíamos terminado nuestra jornada. A menudo, todavía cargado, doblaba las rodillas y se dejaba caer de costado. Nada hacía gritar y protestar tanto a nuestros jinetes como ver que uno de nosotros se

tiraba al suelo antes de que le sacaran las monturas.

¡Fichu! ¡Levántate! ¡Romperás todo! ¿Qué te pasa?

Pero por más que protestaran, les bastaba darle la espalda para que Fichu volviera a echarse. Su pecho enorme se agitaba cada vez más. Al fin nuestros jinetes dejaron de gritar. Lo miraban con preocupación y lo llevaban del cabestro. Cuando lo veían empezar a doblar las rodillas se detenían. Louis se limpiaba el sudor de los ojos.

Creo que el calor es demasiado para Fichu. Está adaptado a un clima frío.

Vova se encogía de hombros.

Sí. Si no fuera por esta carretera, podríamos viajar de noche. Pero en la oscuridad los autos serían demasiado peligrosos. Tendremos que torcer hacia la costa no bien lleguemos a Costa Rica. Debemos alejarnos de todos estos autos y camiones.

Poco antes de salir de Panamá trepamos a una larga colina. Hacía demasiado calor para que recuerde tramos particulares del camino. Con el calor, yo trataba de no pensar en nada. Sólo recuerdo esa colina por lo que sucedió cuando llegamos a la cima.

En la cima había varias chozas. Los techos parecían sombreros de paja peludos. No estábamos lejos de ellas cuando Fichu se balanceó un poco y, casi sin doblar las rodillas, cayó de lado. Allí se quedó, sin moverse. Pensé en Fénix, y, por supuesto, pensé en mi madre.

Louis y Vova se precipitaron hacia él y trataron de ponerlo de pie. Era absurdo. Pero aunque no pudieron moverlo, sus esfuerzos desesperados lograron estimularlo. Abrió los ojos y su pecho se hinchó.

¡Siente lo caliente que está, Vova! ¡Tenemos que enfriarlo!

Louis miró alrededor y descubrió una larga manguera

verde. Un momento después volvía y dirigía hacia Fichu un chorro de agua. Vova tiró un poco más del cabestro, y en un minuto o dos Fichu se ponía de pie.

A lo largo de toda Costa Rica viajamos de noche. A la mañana el sol asomaba de un frío mar azul. Me sentía mejor viajando de noche, y Fichu ya no sudaba tanto. No bien empezaba a respirar pesadamente, Louis y Vova lo observaban. A veces Vova le ponía una mano sobre el pecho.

Hace calor, pero no más que en Chile y la Argentina. Claro que han pasado tres años desde que saliste de tu casa, Fichu, y quizás estás sintiendo la edad. Recuerda, Fichu, que lo más difícil ya pasó, y tú quieres llegar a Alaska con nosotros, ¿no?

Ahora, cada vez que encontrábamos un prado con hierba especialmente buena, nos quedábamos un día, o quizás dos, comiendo tanto como queríamos. Pero aun en esos días en que no hacíamos nada, Fichu empezaba a jadear y a sudar. Mientras Fichu pastaba, Louis solía seguirlo.

Ustedes estaban perfectos en la ciudad de Panamá. El veterinario dijo que estaban sanos. Quizás es sólo la humedad que hay aquí. Está muy húmedo, ¿no, Fichu?

Fichu podía ser un caballo muy razonable, hasta tolerante. Siempre que no se lo molestara mientras estaba comiendo. Pero durante esos días en que se suponía que debíamos descansar, Nori se aburría y empezaba a buscar algo que hacer. Después de dar unas vueltas por ahí, mordisqueando un poco de pasto aquí y unas margaritas allá, se acercaba a Fichu y a mí. Se acercaba muy poco a poco, hasta quedar al lado. Entonces, igual que un humano, se frotaba contra nosotros.

Se lo podía espantar con un resoplido, pero un minuto o dos después ahí estaba, pastando justo al lado. Uno podía apartarse, pero no servía de nada. Unos segundos después volvía a tratar de rozarnos.

Si lo ignorarábamos, Nori nos tocaba y hacía todo lo posible por llamar la atención.

Al principio Fichu y yo preferíamos simplemente alejarnos. Pero había un momento en que ya no se lo soportaba más. Yo lo pateaba, y Fichu lo mordía, arrancándole grandes mechones de pelo blanco.

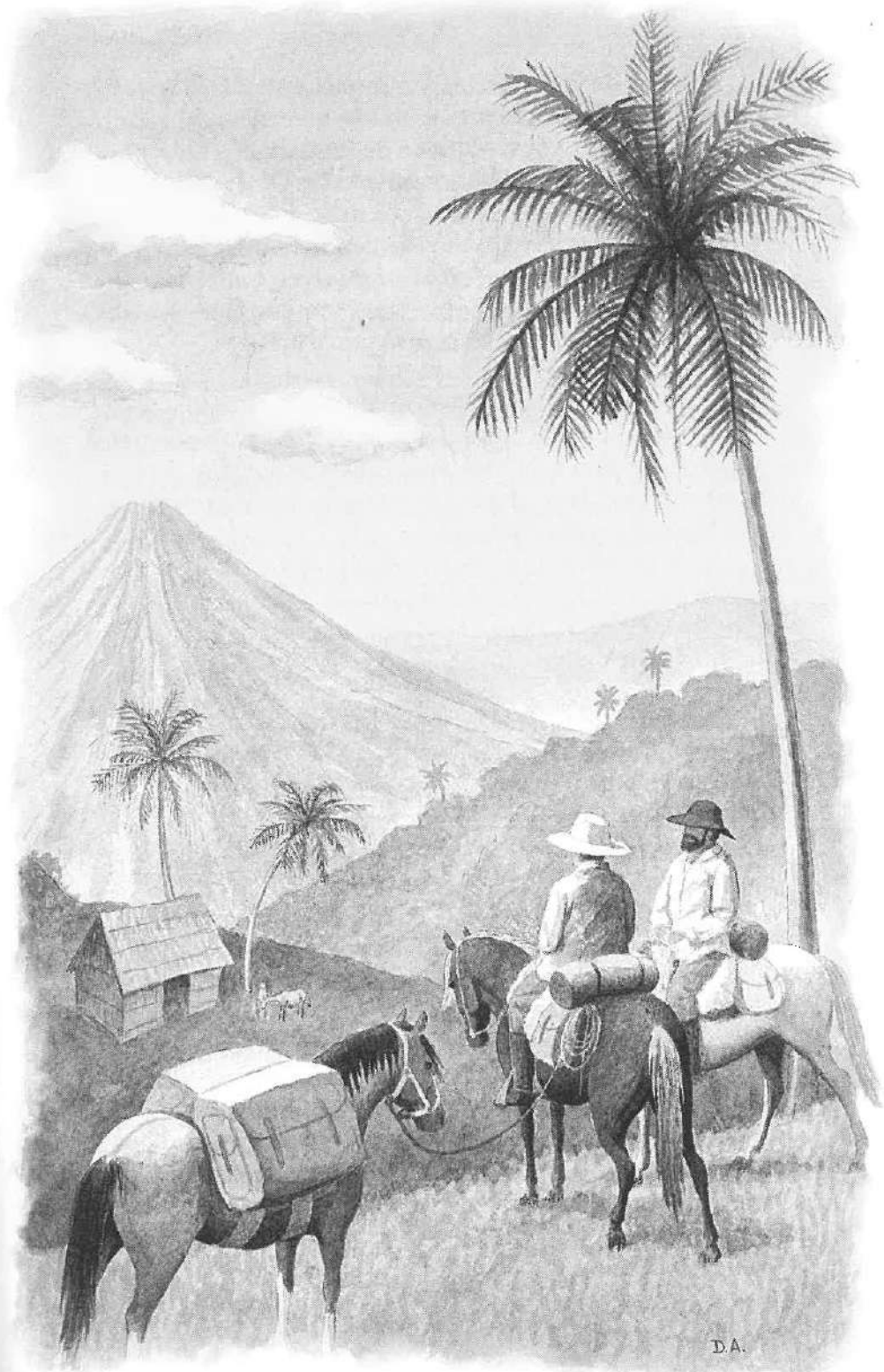
Lamentablemente, aun eso era un remedio temporal. Nori lloriqueaba como si fuera una víctima inocente, se iba cojeando y nos dejaba en paz, pero sólo hasta que volvía a sentirse inquieto.

Era fácil decir cuándo entrábamos en otro país. Días antes de cruzar la frontera un veterinario nos visitaba, con sus feos hábitos.

No era difícil distinguir a los veterinarios de otros humanos. Parecían un poco más altos, caminaban un poco más erguidos, y parecían más sorprendidos que la mayoría de los humanos cuando nuestros jinetes hablaban con ellos. Pero el modo más fácil de decir si un humano era de la variedad veterinario era ver lo que hacía cuando encontraba algo puntudo. Invariablemente se apoderaba de esa cosa y nos la clavaba a nosotros los caballos.

Desde Panamá, hubo una gran cantidad de veterinarios. Los hubo en Panamá, en Costa Rica, en Nicaragua, en Honduras y en Guatemala. Lo que mejor recuerdo de todos esos países son las agujas atravesándome. Aunque no sabía qué delicias podía tener Alaska para un caballo como yo, me habría satisfecho con que no contuviera veterinarios.

* * *



Además de veterinarios, América Central tenía cantidad de montañas, mares, bananeros, volcanes, chozas de paja y caballos flacos. Algunos de los caballos eran más flacos que Nori. En realidad, salvo por las cicatrices que se ganó molestándonos a Fichu y a mí, el aspecto de Nori mejoró con el tiempo. La marcha había desinflado su panza, y su pecho y patas estaban más fuertes que cuando lo habíamos conocido. Lamentablemente, con la mejora de su estado físico marchaba más rápido y más ponía a prueba nuestra paciencia.

Aunque el aspecto de Nori fuera mejor no se podía decir lo mismo de su conducta. Todo el tiempo se le estaban ocurriendo ideas ridículas. Siempre estaba zigzagueando locamente por la carretera, sin importarle los camiones que casi le pasaban por encima.

Las imprudencias de Nori hacían poner rojas e hinchadas las caras de nuestros jinetes, hasta que explotaban en una nube de gritos. Pero a Nori no le importaban sus amenazas ni advertencias más que las que le hacíamos Fichu y yo.

Quizás en algún estadio previo de nuestro viaje todos habríamos tenido más paciencia con el torpe entusiasmo de Nori. Quizás en la Argentina, el Perú, o inclusive en Colombia, lo habríamos soportado mejor. Pero Nori se nos unió en un momento en que nuestros jinetes tenían una permanente mueca de severidad, y hablaban con ladridos. Desde aquel día de fiesta en que habíamos salido de la jungla, nuestros jinetes se habían puesto irritables. Estudiaban a Fichu con cuidado, y aunque no volvió a estar tan enfermo como en Panamá, cada vez que empezaba a jaderar, el humor de nuestros jinetes empeoraba.

¡Louis, vamos demasiado rápido! Tendremos que librarlos de Nori si no lo puedes hacer ir más lento.

¡Lo estoy haciendo ir más lento! Sufridor y Fichu son unos perezosos, eso es todo. Si Nori puede mantener este paso, ¿por qué no pueden ellos?

Un alto obligado

Gran parte de México era verde y montañoso. Algunos caminos iban hacia el oeste, la mayoría hasta el este: si marchábamos hacia el norte, era sólo hasta la siguiente curva.

Todas las indecisiones terminaron abruptamente cuando llegamos a Veracruz. Desde allí vimos el Golfo de México por primera vez. Durante varias semanas después pudimos oler el mar, especialmente cuando soplaban el viento del este. Pero más olíamos los escapes de los camiones que corrían hacia el norte. Para entonces yo me había convencido de que los camiones nunca nos chocarían, pero nos pasaban muy cerca. A Nori lo asustaban, lo que era fácil de entender. No tenía tanta experiencia con camiones como Fichu y yo. Nuestros jinetes, sin embargo, seguían siendo prudentes. En las partes más estrechas de la carretera, Louis y Vova preferían llevarnos del cabestro antes que montarnos. Nos hacían marchar lo más cerca posible de los árboles que crecían al costado del camino. Fichu y yo no veíamos el momento de volver al camino. Ningún camión nos había hecho nada nunca, y en cambio no sabíamos qué podía haber oculto entre esos árboles. Louis no entendía nuestra prudencia.

Si Louis no estaba dándonos sermones, o si los camiones no tocaban sus bocinas, o si yo no estaba tratando de morder una mata de hierba antes de perder para siempre la oportunidad, miraba mi sombra.

Cuando empezamos el viaje, recordaba que mi sombra siempre aparecía a mi izquierda por la mañana. Pero

hasta que salimos de Colombia, casi nunca la había visto frente a mí. Ahora, desde Panamá, la veía hacerse cada día más larga. Los últimos días antes de llegar a los Estados Unidos, solía verla marchar adelante con larguísimas patas delgadas.

Nuestros jinetes estaban más excitados que nunca. Si bajábamos el ritmo de marcha tan siquiera un poco, se agitaban y nos pedían ir más rápido.

Una semana más y estaremos allí, Fichu. Tendrán varios días de descanso.

Hasta Vova estaba entusiasmado.

Llevamos cuatro años juntos, Sufridor. Eso significa que tienes doce años, y serás un caballo joven cuando lleguemos a Alaska. Y después no tendrás que llevar a nadie ni a nada en el lomo nunca más.

Pero antes de llegar a Alaska, teníamos que entrar en los Estados Unidos. Y antes de entrar en los Estados Unidos tuvimos que superar a un diabólico surtido de veterinarios.

El primer veterinario no pareció contento al vernos, y pareció muy triste cuando habló con nuestros jinetes y cuando les mostró un diminuto bichito que había encontrado en mi crin.

Tendré que hacer examinar esta garrapata por si hay piroplasmosis. Eso significa que sus caballos tendrán que quedarse aquí encerrados diez días. Asegúrense de que no salgan.

El veterinario triste volvió unos pocos días después. No parecía más feliz.

La garrapata que encontré no era portadora de piroplas-

mosis. Eso está bien. Lamentablemente, los tres caballos dieron positivos en la prueba de la enfermedad. No pueden entrar con ellos en los Estados Unidos.

Nuestros jinetes miraron al veterinario. Sus caras se endurecieron. Al fin habló Vova.

Eso es imposible. Les hicimos exámenes de sangre en cada país en el que entramos.

El veterinario sonrió. Seguía siendo una sonrisa triste.

Sí, es probable que en los otros exámenes no mostrarán ninguna infección. Nuestros exámenes son más sensibles y más confiables. Sus caballos tienen la enfermedad, los tres.

Louis pareció más triste que el humano triste.

No podemos dejar a nuestros caballos. Venimos con estos dos desde el sur de la Argentina. Tienen que llegar a Alaska con nosotros. Debe de haber algo que podamos hacer.

El veterinario triste se encogió de hombros.

Es problema de ustedes. Creo que hay una droga para la piroplasmosis, pero puede ser peligrosa para los animales. Les conviene comprar caballos en los Estados Unidos.

Cuando el veterinario se marchó, Vova miró a Louis.

Piroplasmosis. Quizás era eso lo que hacía sudar y jadear tanto a Fichu. Deben de tener la enfermedad desde hace mucho tiempo.

Louis asintió.

Sí. Pero no podemos dejarlos aquí. Tenemos que hacerlos tratar.

Varios días después de la segunda visita del veterinario vino otro veterinario con más agujas para todos nosotros. Habló más que los otros veterinarios. De hecho, hablaba aun mientras nos pinchaba.

Este Imozol da resultados la mitad de las veces. Y hay

que usarlo más de una vez para que sea efectivo. Deberían esperar un mes más o menos antes de probar por segunda vez. Las instrucciones dicen que deben estar preparados para una reacción negativa. Si alguno de los caballos la recibe mal, no debe dársele más droga. Recuerden, es un veneno. Vaya, a este caballito no le gustan las inyecciones.

Louis sacudió la cabeza.

¿O sea que los caballos no podrán moverse de aquí en un mes?

Sí. No tiene mucho sentido, estoy de acuerdo. Pero si sacan a sus caballos de la cuarentena, si llegan a sacarlos de estos pesebres, los EE.UU. no los dejarán entrar nunca. Tendrán que quedarse donde están.

Unas horas después de que el veterinario se marchó, me sentí raro. Se me aflojaron las piernas, pero la sensación pasó pronto.

Al principio me gustaban los pesebres. Desde Veracruz habíamos tenido poco descanso, y me gustaba no tener nada que hacer más que comer. Pero al cabo de varios días, Fichu empezó a perder peso. Sin otros caballos y nada nuevo que mirar, los días se hacían largos.

Cuando Louis y Vova venían a visitarnos, rara vez sonreían y nunca se quedaban mucho. Louis nos acariciaba el pescuezo o nos rascaba bajo la boca, y Vova no decía casi nada.

Lo siento, Fichu. Los análisis volvieron a dar positivo. Dicen que todavía no están mejor. Me temo que tendrán que volver a darles inyecciones. Si esta medicina no funciona, tendremos que dejarlos aquí en México.

La segunda vez que nos dieron inyecciones me sentí débil. El cuerpo me picaba y la piel empezó a arderme.

Me acosté en mi pesebre, y estaba seguro de que nunca volvería a ponerme de pie.

No me gustaba estar acostado cuando había humanos extraños cerca. Pero ahora aparecían más y más humanos alrededor de mi pesebre y, por más esfuerzos que hacía, no podía ponerme en pie. Pronto me olvidé de los humanos, cerré los ojos, y los oí murmurar a mi alrededor.

Debe de ser esa medicina que le dieron.

Sí. Que alguien llame a los dueños. Me parece que este caballo se está muriendo.

Cuando me desperté el veterinario que nos había dado las inyecciones estaba arrodillado a mi lado. Me esforcé por levantarme. Mis jinetes estaban allí también. Prestaban mucha atención a lo que estaba diciendo el veterinario.

Creo que ahora estará bien. Pero yo recomendaría no darle más inyecciones. La droga se acumula en el organismo. No creo que pueda sobrevivir a otra reacción negativa. Quién sabe, quizás la próxima prueba de piroplasmosis dé negativa, o quizás la pase algún otro caballo. Imagino lo desilusionados que estarán. Pero quizás al menos puedan llegar con uno de los otros caballos a Alaska. Hay buenas probabilidades de que el blanco pase el análisis.

Louis sacudió la cabeza.

Sí, pero ése ha venido con nosotros sólo desde Panamá. A Sufridor y Fichu los montamos desde el comienzo del viaje. Si llegaran a Alaska, serían los caballos que más lejos habrían viajado nunca.

El veterinario sonrió con tristeza.

Bueno, todavía hay esperanzas.

Vova suspiró.

No. No podemos correr el riesgo de darles más de esa

droga. Tendremos que comprar caballos nuevos en los Estados Unidos.

Esa tarde Louis y Vova eran todo suspiros y hombros caídos. Empacaron nuestras alforjas y se llevaron las monturas. Al fin, lo único que nos quedaba eran los cabestros que llevábamos puestos. Antes de que él y Vova se marcharan, Louis vino y nos acarició a los tres.

Bueno, Sufridor, te pondrás bien. Y no tendrán que quedarse en este pesebre mucho tiempo más. No bien encontremos un hogar para ustedes aquí en México, podrán dejar esta cuarentena. Lamento que hayan tenido que quedarse encerrados tantas semanas. ¿Pero quién habría pensado que esto se alargaría tanto? Será muy triste llegar a Alaska sin ustedes, amigos.

Pasaron varios días más, sin que saliéramos de nuestros pequeños pesebres. Fichu había perdido peso y el vientre de Nori había empezado a hincharse. Yo ya me había olvidado de lo que era correr y saltar.

Una mosca había decidido que mi lomo era el sitio ideal donde pasar la tarde. De vez en cuando la espantaba con la cola. Aunque no podía verla, la sentía volver a posarse, hasta que volvía a espantarla. Al fin un pequeño camión se detuvo frente al establo y bajó de él el veterinario triste. Por su cara, se veía que habría preferido quedarse en el camión. Casi al mismo tiempo apareció otro humano, el mismo que nos había sacado a dar unos breves paseos cuando no había ningún otro humano mirando. Cuando abrían la puerta, el veterinario triste gruñía.

¿Estos caballos han dejado sus pesebres en el último mes?

No, doctor. Se hizo como usted dijo: llevan cuatro semanas sin salir. ¿Va a sacarles sangre otra vez? Oí que los jinetes habían conseguidos caballos nuevos y van a dejar estos aquí en México.

El veterinario triste se me acercó con otra jeringa. Me pregunté por qué se lo veía tan triste. Por un momento, pensé en patearlo.

No sé nada de los dueños. Me mandaron a sacarles sangre otra vez. Si no, no habría venido. ¿Me ayuda a tener quieto a este caballo pequeño? Todavía tengo un moretón donde me pateó la última vez.

Después de la visita del veterinario triste, pasaron varios días más. Después, una mañana, llegaron varios humanos. Estaban muy excitados, y a los pocos minutos apareció Vova con más humanos. Todos hablaban en susurros nerviosos. Había tanta actividad que nos llevaron por una rampa y la puerta de un camión se cerró tras de nosotros antes de que me repusiera de la sorpresa de haber abandonado al fin mi pequeña celda.

El viaje fue corto. Nos detuvimos varias veces, pero en unos pocos minutos ya estaba bajando por la rampa otra vez. Nos encontramos en medio de un gran campo abierto. Nuestros jinetes se apresuraron a soltarnos. Vova hablaba y gesticulaba como nunca antes lo había visto hacerlo.

Sigo sin poder creer que los tres hayan pasado los análisis.

No bien me sentí libre, mis cascos se despertaron y se pusieron en acción. Fui a unirme a Fichu y Nori, que ya estaban saltando y pateando en ese campo. Detrás de mí oí a Louis gritar:

¡Bienvenidos a los Estados Unidos, caballitos!

Serpientes y nieve

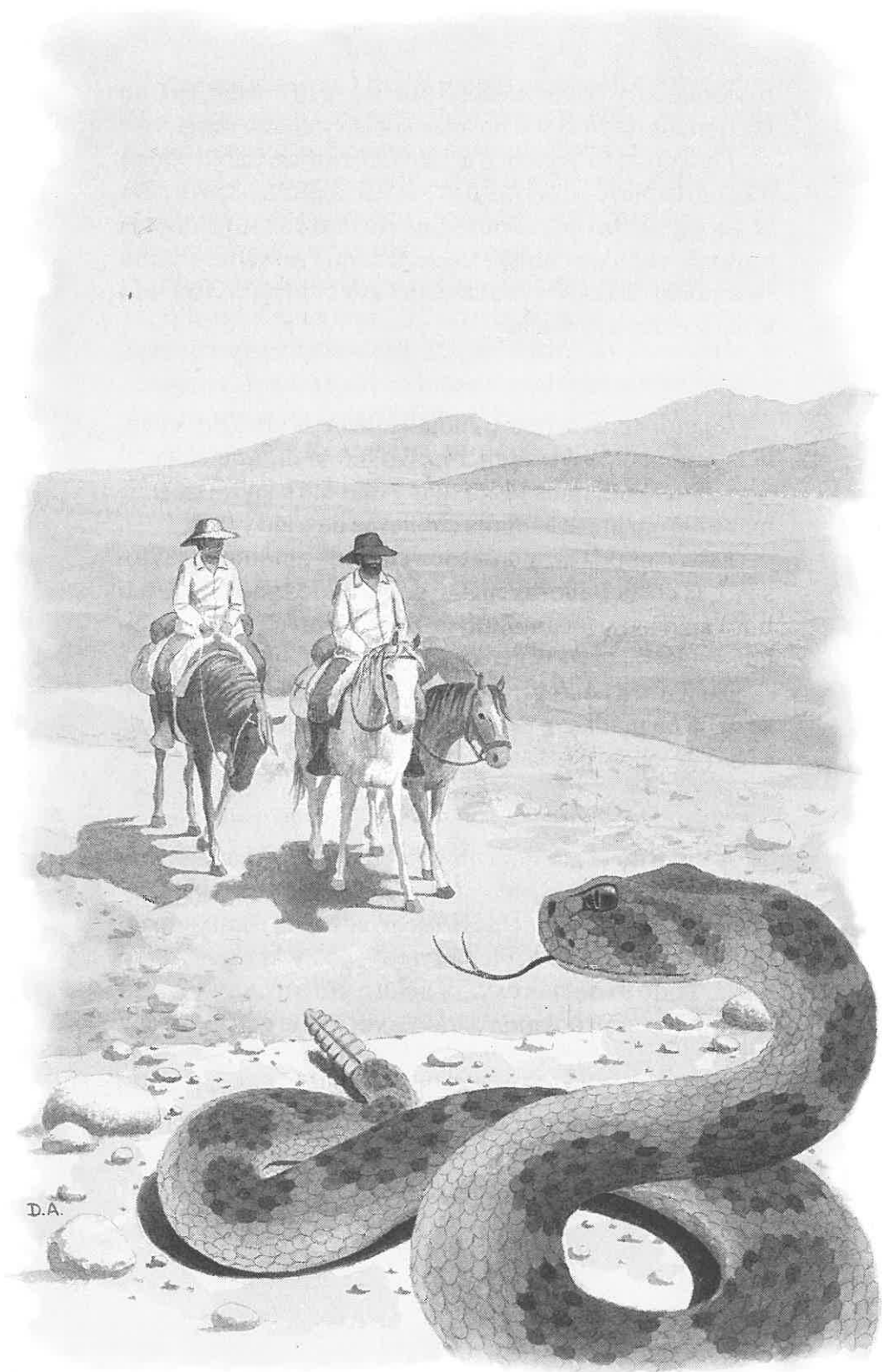
Supongo que los Estados Unidos son muy lindos. Como pasé la mayor parte del tiempo mirando el suelo, no puedo dar una opinión sobre otra cosa. Texas, Oklahoma, Kansas, Colorado, Wyoming y Montana. Senderos, caminos y carreteras eran más o menos iguales en todos ellos. Sólo las serpientes eran diferentes.

Al atardecer era cuando más cuidado había que tener. Es el momento en que a las serpientes les gusta estirarse en el pavimento caliente o la grava. Supongo que cualquier reptil pequeño que no tenga miedo de ser pisado por un caballo, debe tener alguna razón para sentirse tan seguro. Me felicitaba de que Nori y Louis abrieran la marcha.

Nori le temía a todo. Se asustaba de los autos, lo sobresaltaban los camiones y se estremecía si oía mugir a una vaca a cien metros. Retrocedía si veía un tallo caído adelante, entraba en pánico si en lugar de un tallo era una rama, y daba un salto si una hoja caía de un árbol cerca de él. Prácticamente todo asustaba a Nori. Sólo las serpientes lo llenaban de curiosidad.

Una cálida noche en Texas, tropezamos con un brillante montículo negro en la ruta. En la oscuridad no podíamos saber de qué se trataba. Por ser el primero en la fila, Nori era el más cercano al objeto misterioso. En lugar de apartarse corriendo como habría hecho normalmente, estiró el cuello y acercó la nariz hacia eso, fuera lo que fuera.

Cuando la pequeña bola negra empezó a tintinear, Nori echó atrás la cabeza un poco, pero como su curiosidad no estaba satisfecha, se quedó donde estaba. Fichu y yo re



D.A.

trocedimos, y Louis, ansioso por hacer lo mismo, tiró de las riendas de Nori y al fin apartó a ese caballo ridículo.

Para cuando llegamos al Canadá, Nori se había vuelto todo un experto en serpientes de cascabel. Por suerte para él, las serpientes de cascabel que encontró se sorprendían tanto de ver a un caballo tan audaz que no sabían cómo reaccionar. Si Louis lo hubiera dejado, Nori habría metido la nariz entre sus roscas.

Cuando tenía la oportunidad de alzar la vista del suelo, veía muchísimo o poquísimo. No había montañas en el horizonte. Podíamos viajar días y días sin salir de las mismas interminables llanuras cubiertas de trigo y maíz.

Esos campos atraían a toda clase de máquinas ruidosas. Las cosechadoras rugían devorando todo lo que había a su paso y levantando nubes de polvo y mosquitos que venían hacia nosotros.

Nunca vi a Louis tan ocupado. Estornudaba, escupía y se daba palmadas. Y todo el tiempo luchando por apartar a Nori de las serpientes.

A Vova no le gustaba mucho el frío. Una mañana empezó a alimentarnos, pero de pronto se detuvo y salió corriendo. Cuando volvió a aparecer, se había cambiado de ropa. No se le veía nada salvo los ojos y la punta de la nariz. Todo lo demás estaba oculto por su chaqueta, su gorra y una gran bufanda dándole vueltas al cuello. Su voz salía ahogada.

Debes estar contento, Fichu. No puedo creer cuánto bajó la temperatura en sólo una noche. Ya se siente la cercanía de Alaska.

Esa tarde, empezó a caer la nieve.

Después de eso, Vova no habló mucho. Estaba contento cuando estaba caliente. Pero todos tenían más energía. Louis se reía más fuerte, los pasos de Fichu eran más rápidos, a mí los ojos no me pesaban por la tarde, y Nori daba saltos más despavoridos cuando un antílope aparecía de pronto entre los arbustos.

Nosotros asustábamos a los antílopes casi tanto como ellos asustaban a Nori. De pronto algo se movía cerca, y antes de que supiéramos de qué se trataba, ya estaban lejos, y se alejaban todavía más antes de dar vuelta la cabeza para ver si no los seguíamos.

En los arbustos también se escondían coyotes. No eran mucho más altos que las serpientes.

Casi todo el camino era llano. A medida que avanzábamos hacia el norte, las montañas a nuestra derecha parecían más y más cercanas. Eran las Rocallosas. Me gustó mirarlas, y no tener que escalarlas.

En Sudamérica los Andes nos habían dado mucho trabajo. En los Estados Unidos eran las Rocallosas las que se ocupaban de atormentar viajeros.

Antes de que hiciera mucho más frío, ya estábamos en Canadá. Viajamos unos pocos días grises, y de pronto nos detuvimos.

Los meses siguientes los pasamos en un campo yermo donde caía la nieve y soplaba el viento y Nori nos molestaba todos los días.

Fichu, yo, y los otros caballos en ese campo tuvimos que dedicar la mayor parte del invierno a patear y morder a Nori para obligarlo a comportarse. Cuando llegó la primavera, la mitad de Nori estaba cubierta de un grueso pelo invernal blanco, la otra mitad de moretones oscuros.

Hacia la última frontera

La vida en esos prados debió de hacerse mucho más tranquila cuando al fin nos marchamos. Todavía hacía frío entonces. Nuestros jinetes parecían más torpes que nunca con sus ropas pesadas y sus capuchas.

Mientras atravesábamos las llanuras de Alberta, el clima mejoró. En algún lugar de la Columbia Británica empezamos a subir por fin a las Rocallosas. Eran los días brillantes cuando los árboles empezaban a cubrirse de hojas y no necesitábamos buscar la hierba porque estaba en todas partes.

Ahora marchábamos todos los días. Si nuestros jinetes estaban tan ansiosos, debía de ser porque estábamos cerca de nuestro destino. Cuando los humanos se detenían a hablar con ellos, Louis nos señalaba a Fichu y a mí.

Estos dos vienen con nosotros desde hace cinco años. Nos han cargado treinta y tres mil kilómetros. Desde la punta sur de Sudamérica. Nos quedan menos de mil quinientos kilómetros, pero queremos llegar a la Cuesta Norte de Alaska antes del invierno. No queremos tener que esperar un año más.

Cuando nuestros jinetes hablaban, los ojos se abrían y las bocas también. Cuanto más reaccionaban los otros humanos a sus palabras, más sonreían nuestros jinetes y más erguidos se mantenían. Algunos de los humanos que escuchaban no decían nada. Otros sacudían la cabeza.

¡Qué cansados han de estar sus caballos!

Louis se reía.

¿Saben? Me parece que ellos sienten que estamos cerca de la meta. Nunca los he visto con tanta energía.

Pese a todo el tiempo que había pasado con nosotros, Nori no mejoraba. Cada auto que pasaba seguía asustándolo. Seguía caminando más rápido de lo que debería hacer un caballo sensato. Y seguía tocándonos y molestandonos a Fichu y a mí no bien tenía la oportunidad.

Pero cuanto más nos acercábamos a Alaska, menos me molestaban los malos modales de Nori. Al principio no me gustaba cuando me despertaba buscando a alguien con quien jugar. Pero ahora me había acostumbrado. Cuando venía a rozarse conmigo, yo levantaba los cascos traseros y jugábamos a luchar como dos padrillos celosos.

Cuando se despertaban, Louis y Vova se inclinaban sobre la cerca del corral y nos miraban. Vova se reía.

¡Eh, chicos! ¿No se cansan nunca? No puedo creer que estén bailando a las seis de la mañana.

Louis nos prevenía.

Tengan cuidado. No jueguen demasiado rudo. No queremos que se lastimen justo ahora.

Si Nori se hubiera limitado a jugar conmigo, probablemente no habría habido problemas. Pero le gustaba molestar a todos los demás caballos. Y cuanto más grandes, más los buscaba. Especialmente le gustaba molestar a Fichu.

En Canadá había muchísimos caballos y muchos lugares para ellos. Fichu, Nori y yo teníamos casi siempre establos con casillas individuales a nuestra disposición, y cuando no era así, compartíamos prados grandes donde podíamos correr y pastar todo lo que queríamos. Pero había noches que pasábamos en un corral. En las montañas nuestros jinetes a veces nos ponían a todos juntos en un corral pequeño hecho con gruesos troncos.

Si un caballo tenía un mínimo de cerebro, no se le ocurría iniciar una pelea en uno de sus pequeños corrales de troncos. Y mucho menos iniciar una pelea con un caballo más grande que él.

Lamentablemente, Nori no era un caballo inteligente. Si alguna vez mostró un rasgo de inteligencia, fue cuando yo no estaba mirando.

Una vez, nos habían encerrado a los tres en unos de esos pequeños corrales cuando Nori empezó a provocar a Fichu. Cuando Fichu al fin empezó a patear, Nori no tuvo dónde esconderse.

Nori relinchaba y gritaba, pero no tenía nada que hacer más que esperar a que Fichu terminara de patearlo. Cuando Fichu terminó, una de las rodillas delanteras de Nori se había puesto de un rojo brillante.

Más o menos una hora después vino Louis a traernos comida. Nori seguía donde lo había dejado Fichu. La rodilla seguía sangrándole.

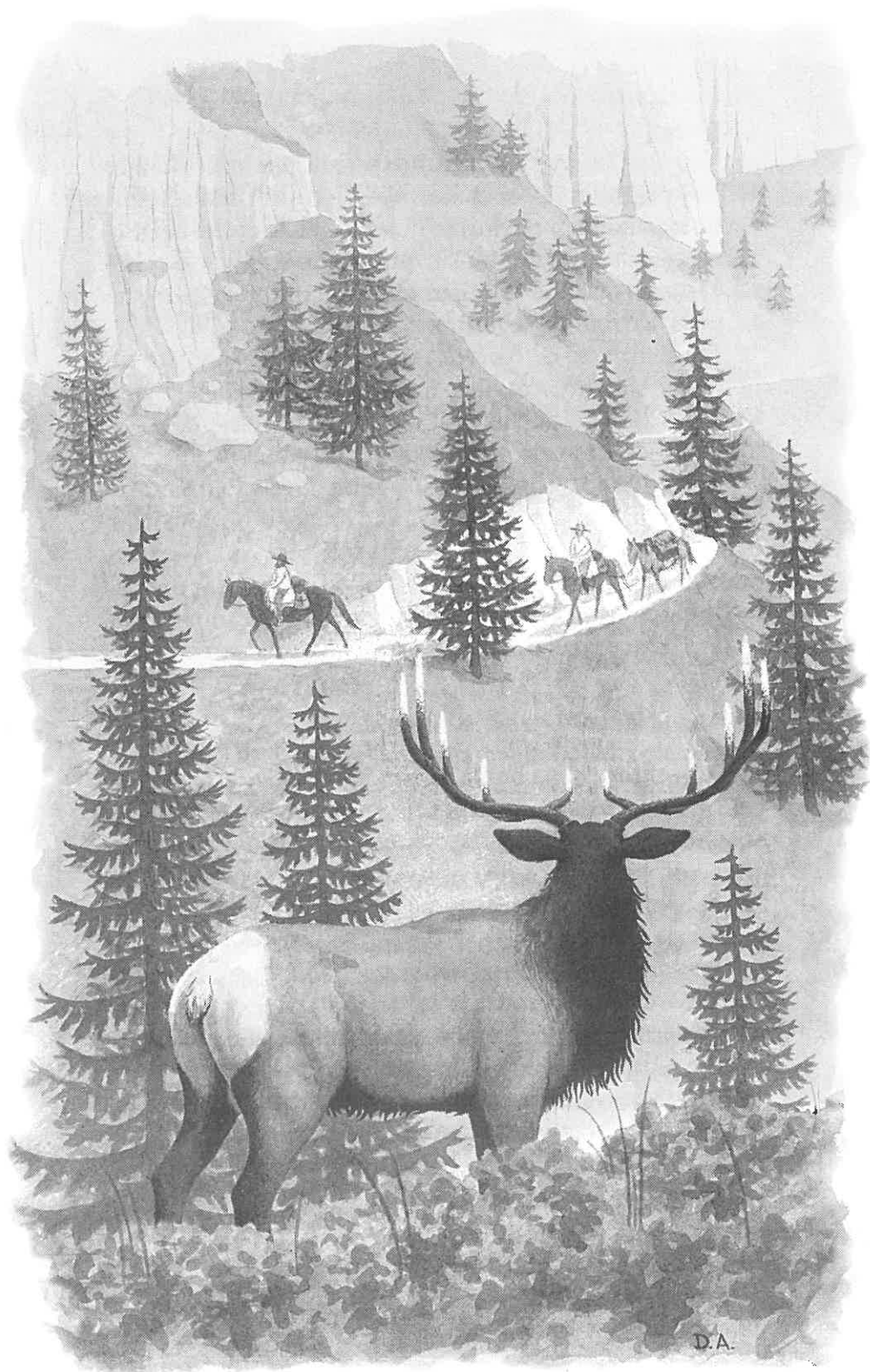
Al principio Louis no notó nada. Fichu y yo corrimos a comer nuestro cereal, pero Nori se limitó a mirarnos. Fue entonces cuando Louis advirtió que algo andaba mal.

¡Nori, qué le pasó a tu rodilla! ¿Qué te hiciste?

Louis salió corriendo y volvió con Vova y otro humano alto. Nori saltaba y trataba de salir volando cuando le lavaban y cosían la rodilla. Después de un largo rato la operación terminó.

Vova le había puesto muchísima crema amarilla en la pata, pero aun así Nori apenas si podía caminar. Muchos humanos vinieron a verlo. El humano alto se puso las manos en las caderas y echó la cabeza hacia un lado.

No creo que este caballo llegue con ustedes a Alaska. Habrá que esperar un buen tiempo para saber si podrá volver a caminar. Uno de ustedes necesitará otro caballo, creo. Les prestaré a Mouse si piensan que les puede servir. Es viejo, pero todavía trabaja duro.



Nos quedamos con Nori unos pocos días más. Cuando Fichu y yo íbamos a beber al arroyo, Nori se quedaba atrás. Cuando pastábamos, Nori se quedaba en el corral sin moverse. Nuestros jinetes tenían que traerle el agua y la comida. El día en que nos marchamos, Nori nos miró con tristeza, pero no trató de seguirnos.

El reemplazo de Nori era un caballo negro y alto de nombre "Mouse". Aunque su nombre no servía de nada. Cuando nuestros jinetes lo llamaban, Mouse no podía oírlos: era todo lo sordo que puede ser un caballo.

Al principio, Mouse se esforzaba. Louis lo montaba abriendo la marcha, y parecía tan ansioso por avanzar como Nori. Pero Mouse era mucho más viejo que Nori. En unos pocos días ya caminaba lento, y a menudo se olvidaba de caminar. Cuando hacíamos nuestro descanso de la tarde, Fichu y yo comíamos, pero Mouse se dormía de inmediato.

Para entonces ya había menos gansos. Toda la primavera sus bandadas habían pasado muy alto por encima de nosotros, en largas hileras negras. Nunca dejaban de gritarse unos a otros. Algunos de esos gansos seguramente discutían sobre la dirección, otros debían de pedirles a los retrasados que se apuraran.

Pero con el paso de las semanas, había menos bandadas. Las que vimos eran más calladas. Igual que nosotros, estaban apuradas por llegar a Alaska antes del regreso del invierno.

En lugar de gansos, ahora era más probable que nos cruzáramos con alces. A veces, cuando salía el sol, oíamos el eco de sus llamadas, como bocinazos en las montañas.

Los alces nunca eran fáciles de ver. Les gustaba ubicarse en lo alto de abruptas laderas de montaña. Era sorprendente lo alto que podían trepar. Y cuando el alce al fin se quedaba sin suelo firme donde poner sus cascos, la oveja Dall seguía subiendo más alto.

Mouse no podía oír ninguno de los sonidos que lo rodeaban. Por suerte para él, no necesitaba hacerlo. Los oídos de Louis habían mejorado mucho. Se erguía en su silla y clavaba la vista en el bosque que nos rodeaba. A veces se notaba su nerviosismo.

Escucha, Vova. No quise asustar a los caballos, ¿pero viste lo que acabamos de pasar en el bosque?

¿Te refieres a ese tronco de árbol con forma de oso?

¡Sí, sí! ¿Era sólo un tronco? Fue lo que pensé, pero quería confirmar. Tienes mejores ojos que los míos.

Además de "Alaska", ahora oíamos la palabra "oso" todo el tiempo. La mayoría de los humanos se excitaban mucho cuando la decían.

Yo no sabía lo que era un oso, pero vi muchísimas otras criaturas. Además del alce y la oveja Dall, había zorros, coyotes y otros perros grandes. Cuando los veía, Louis susurraba alarmado.

¡Mira, Vova! ¡Un lobo negro!

Había muchísimos puercoespines. Cada vez que veían uno, nuestros jinetes nos hacían detener para perseguirlo. Una vez encontraron uno blanco y lo siguieron hasta que él subió a un árbol y nos miró desde allí. Comprendí que esperaba que nos fuéramos.

A menudo podía oler de noche a todas estas criaturas. A veces olía otras que no podía reconocer. Inclusive podía oírlas, cerca de nosotros, pero siempre estaba demasiado oscuro para ver qué eran.

Cada día Mouse caminaba más despacio. Y cuando no caminábamos dormía, con lo que no tenía tiempo para comer.

Louis se irritaba más y más.

Vova, no podemos seguir así. Mira cómo ha adelgazado este caballo. Tendremos que detenernos.

Si nos retrasamos no llegaremos a las Montañas Brooks a tiempo. La nieve empezará a caer antes de que lleguemos. Quizás podamos conseguir otro caballo. Estamos a unos pocos días de Whitehorse.

Louis sacudió la cabeza.

No sé. La temporada de caza empieza pronto, y nadie tendrá un caballo extra para vender. Alguien me dijo que no hay ni dos mil caballos en todo el Yukon. No puedo creer que nos esté pasando esto cuando estamos apenas a diez días de la frontera de Alaska.

Ahora los días eran largos. Nunca he visto al sol pasar tanto tiempo en el cielo. Ya casi no había noche: el sol se ponía y volvía a salir tan pronto que la oscuridad no terminaba de hacerse. Podríamos haber marchado día y noche, pero en lugar de eso nos detuvimos en las afueras de la ciudad de Whitehorse. La ciudad está en la orilla del río Yukon. La habían llamado "Whitehorse", es decir "Caballo Blanco", por los rápidos blancos de espuma del río. Yo no los encontraba muy parecidos a caballos.

Mouse estaba cansado. Durante varios días estuvo con los ojos cerrados, durmiendo. Un día nuestros jinetes lo despertaron el tiempo suficiente para cargarlo en un camión, y fue la última vez que vimos a Mouse.

El crepúsculo se transformó en amanecer una y otra vez, y nosotros no íbamos a ninguna parte. Empecé a pensar que quizás nuestro viaje había terminado. Me pregun-

taba qué podía tener Alaska que no hubiera visto ya. ¿Había vientos más fuertes que en la Patagonia? Improbable. ¿Arroyos más claros que en Chile? No lo creía. ¿Mesetas más solitarias que en Bolivia? No me cabía en la imaginación. Perú tenía los mosquitos más hambrientos, y Colombia los colores más brillantes. Desde la cima de los Andes yo había visto la parte de arriba de las nubes cuando el sol se ponía sobre Ecuador. En las junglas de Panamá había visto camaleones que miraban hacia arriba con el ojo derecho y hacia abajo con el izquierdo, ¡y nada podía ser más extraño que eso!

Alaska, al fin

No mucho después de la desaparición de Mouse, llegó otro camión. Tenía un caballo adentro. No le presté mucha atención: era la hora del desayuno y corrí hacia mi comida antes de que Fichu terminara con la suya. Fichu creía que el caballo más grande debía recibir la porción más grande, y todos los caballos pequeños no debían recibir nada. Una vez que Fichu terminaba su comida, se servía de lo que yo no había tenido tiempo de terminar.

Nuestros jinetes tuvieron algún problema para sacar al recién llegado del camión. Estaba haciendo mucho ruido. Sonaba muy torpe.

Con el rabillo del ojo pude ver que era un caballo blanco. Lo único que pensé fue en terminar mi heno antes de que metieran a este intruso en el corral. Pero cuando Vova lo trajo, me di cuenta de que yo ya había visto antes a este caballo blanco. Era Nori. Tenía una gran cicatriz en la rodilla, pero caminaba bien. Vova lo llevó más lejos, y lo encerró en un corral vecino al nuestro.

Lo primero que hizo Nori fue meter la cabeza por entre

la cerca y tratar de morder a Fichu. Fichu y yo fuimos al otro lado del corral. Nori se curaba rápido, pero aprendía lento.

No muchos días después del regreso de Nori subimos a la cima de una loma. Era una mañana despejada y el sol había iluminado una colina no lejos de nosotros. La colina no parecía diferente de tantas que habíamos visto esa mañana, no muy diferente de cientos de colinas que habíamos visto en cientos de otros lugares. Pero esa colina llamó la atención de nuestros jinetes. La miraron y la miraron y no dijeron nada por muchísimo tiempo. Vova fue el primero en hablar.

Ahí está, Sufridor. Lo lograste. Eso es Alaska.

Una hora después llegábamos a un gran cartel sostenido por dos postes. Louis gritaba y Vova sonreía y sonreía. Los humanos que nos saludaron en la frontera llevaban uniformes. Se reían y sacudían las cabezas.

¿De la Argentina, eh?

Al principio Alaska se parecía mucho al Yukon. Por donde mirábamos veíamos pinos altos y delgados. Estos árboles eran tan feos que la mayoría de los otros árboles los evitaban. Los álamos preferían terrenos más altos. Junto con los abedules hacían las colinas más suaves e invitantes que los valles pelados.

Viajábamos por la autopista de Alaska. Podíamos marchar durante días sin ver una sola ciudad o pueblo. Nos deteníamos a acampar mucho antes del crepúsculo, y el sol estaba alto en el cielo cuando partíamos al día siguiente. Cada día el sol permanecía oculto bajo el horizonte un rato más. Pero hacía tanto que no teníamos oscuridad que yo ya no recordaba cómo era.

Una mañana, mientras esperaba a que nuestros jinetes se despertaran y me llevaran a un sitio donde hubiera hierba, sentí un olor extraño que ya había sentido antes. Me quedé muy quieto, escuchando. Al cabo de unos minutos oí una ramita que se rompía.

Esperé otro sonido, pero no oí nada.

Hasta que de pronto, en el mayor silencio, apareció del bosque una gran forma oscura. Nos miraba con enormes ojos pardos. Era del mismo color que Fichu, pero mucho más grande.

No podría decir qué era este monstruo. Se parecía más a un caballo que a cualquier otra criatura que conociera. Pero si era un caballo, era el más horrendo que hubiera visto en mi vida.

Al principio, pensé que quizás este caballo de Alaska consideraba que la hierba que estábamos comiendo le pertenecía. Estaba seguro de que hasta Fichu habría consentido en cederle su hierba de Alaska a este caballo de Alaska.

Nunca había visto un caballo con una cabeza más grande que la de Fichu, pero la cabeza de Fichu era diminuta comparada con la que se alzaba sobre el cuello del caballo de Alaska. Parecía como si en el momento en que las patas y el cuerpo de esta criatura habían llegado a un tamaño lo bastante aterradorizante, su cabeza hubiera seguido creciendo hasta que la nariz estuviera en condiciones de oler cosas que a sus cascos les llevaría un buen rato alcanzar.

Pero ni sus hombros sobresalientes, sus patas interminables ni su cabezota eran lo más notable de este caballo de Alaska. Más horrible que todo el resto de sus horrendos rasgos eran los dos anchos cuernos que le crecían de la cabeza como dos alas congeladas.

Ninguna hierba, por verde, larga y sabrosa que fuera, merecía que por ella se hiciera frente a esos cuernos. Fichu, Nori y yo corrimos hasta donde nos lo permitieron las cuerdas, y nos detuvimos con una sacudida. El caballo de Alaska giró lentamente la cabeza para mirarnos. Esos cuernos eran tan inmensos que me preguntaba cómo podía mantenerlos erguidos.

En ese momento Louis se movió en la tienda y el sonido sobresaltó al gran caballo, que partió trotando. Con sus rápidos movimientos, la cornamenta pronto desapareció entre los árboles.

De vez en cuando percibíamos el mismo olor de un caballo de Alaska. Pero durante un tiempo no vimos ninguno. Gradualmente las noches se hacían más largas, y aunque el cielo nunca llegaba a ponerse negro, después del crepúsculo la oscuridad se acentuaba.

Dondequiera que hay humanos, hay líneas rectas y círculos más redondos que la luna. Donde viven pocos humanos, el campo es irregular y nunca dos rocas o dos árboles o dos ríos son exactamente iguales. Pero donde viven los humanos hay casas y caminos y hasta las plantas y los árboles crecen en rectas hileras obedientes. Las líneas rectas y círculos que brotaban dondequiera hubiera humanos solían ponerme nervioso.

Libre de todas esas formas humanas, Alaska parecía vacía y tranquila.

Pero los humanos deben de haberse sentido perdidos sin sus formas y colores familiares. Para sentirse más cómodos, los humanos en Alaska han construido la cosa humana más rara que haya visto nunca. Parecía un millar de troncos de plata alineados extremo con extremo. Que cada tronco de plata fuera exactamente igual al siguiente me confirmaba que los habían hecho los humanos.

Esos grandes troncos se sostenían sobre patas metálicas, así que podíamos fácilmente pasar por debajo de ellos. Después de un millar de esos troncos, había otro millar, y otro y otro, de modo que esa gran serpientes de plata seguía las colinas y se estiraba cruzando valles, día tras día. A veces los troncos gruñían calladamente y yo pensaba que podía haber humanos viviendo adentro.

A nosotros los caballos no nos gustaba esa cosa al principio, pero las cosas humanas nunca asustan a los humanos. Mientras marchábamos, Louis perdía gran parte del día mirando esa extraña serpiente plateada.

¿Sabes, Vova? Alguien me dijo que un cuarto de todo el petróleo que entra en los Estados Unidos, lo hace por este tubo. Es difícil creer que estamos viajando paralelos al gran Oleoducto del Norte, y que nos llevará por lo menos veinte días llegar adonde termina.

Un día marchamos hasta tarde. Aunque había una luz azul encima del horizonte, el cielo se había vuelto casi negro. Aparecieron unas pocas estrellas. Yo creía conocer todos los trucos que el cielo nocturno podía realizar. Había visto relámpagos estallar entre las nubes. Había visto estrellas que partían de prisa y se perdían en la oscuridad. En Guatemala había visto desaparecer el sol y por unos minutos las estrellas habían titilado en el mediodía. Pero nunca había visto nada tan extraño como lo que sucedió cuando volvió la noche a Alaska.

Cuando sucedió, nuestros jinetes estaban sentados en el suelo y las llamas de su fogata habían empezado a morir. Yo estaba por dormirme cuando los oí hablar muy excitados. Abrí los ojos y ví a Louis señalando hacia arriba.

¡Vova! ¡Mira eso!

Louis sonaba más entusiasmado todavía que en el Ca-

mino del Inca, más feliz que cuando habíamos salido de la Jungla de Darien, más sorprendido que cuando me confundió a mí con la primera lluvia en el desierto de Atacama. Quedó con la boca abierta.

La Aurora Boreal.

El cielo se había cubierto de colores nunca vistos. En lugar de negro, había rojo, violeta y verde. Los colores se movían como alegres arroyos y nubes llevadas por el viento. Pero ese viento debía de estar muy alto, porque alrededor de nosotros el aire estaba inmóvil. Me sentí mareado viendo bailar esos colores. Me asusté, y de pronto pensé que nunca podría saber qué sorpresas me esperaban.

Después de unos minutos las luces volvieron a desaparecer, igual que animales desconocidos en el bosque.

A la mañana nos visitó otro caballo de Alaska. Apareció sin que lo oyéramos, aunque era más grande todavía que el primero.

Era muy temprano y el sol no había salido. Fichu, Nori y yo corrimos hasta el extremo de las cuerdas. Nuestro pánico despertó a Louis, que salió tambaleando de la tienda, frotándose los ojos. Sus piernas lo llevaban directo hacia ese gran caballo zaino. Al principio, no pareció preocupado.

¡Fichu! ¿Volviste a soltarte? ¿Por qué no te quedas en un lugar?

Los ojos de Louis no se abrieron del todo hasta que dio media vuelta y nos vio a nosotros tres. Se volvió de prisa a mirar al caballo de Alaska.

¡Eh! ¡Eso no es Fichu!

Al tiempo que gritaba, dio un paso atrás. El caballo gigante hizo girar sus grandes cuernos y partió trotando en otra dirección.

Ahora los ojos de Louis estaban bien abiertos, y se reía.

Vaya, Fichu. Será mejor que tengamos más cuidado. Eres exactamente del color de esos alces. No nos conviene provocarlos. Pueden ser más malos que los osos.

El frío empezó a arreciar, y aún no sabíamos qué era un oso. Atravesamos anchos valles que se ponían más amarillos cada día. A nuestros jinetes les gustaba detenerse e inclinarse sobre esos valles. Recogían bayas violetas y se las metían de a puñados en la boca. Había tantas bayas que cuando yo me revolcaba en esa tundra me levantaba cubierto de manchas violetas.

Mientras Louis y Vova recogían bayas, alzaban la vista todo el tiempo. Ni siquiera Nori se mostraba tan nervioso.

Las Brooks fueron las últimas montañas que tuvimos que cruzar. No habíamos visto nieve desde aquel día en el Perú cuando descubrimos los flamencos. Tres veranos habían pasado desde entonces. Ahora en las montañas la nieve volvía a caer sobre nosotros. Se acumulaba en los costados del camino. Pero el esfuerzo de la subida nos mantenía calientes.

Cuando llegamos a la parte más alta del paso nos internamos entre nubes. Por un tiempo no vimos nada más que nieve y grava. Pero cuando la niebla se levantó pudimos ver que había ovejas pastando en las laderas y adelante de nosotros, en una gran meseta llana. Había un débil olor en el aire. Y aunque me resultaba conocido, al principio no pude recordar de qué era.

Dos días después vi una gaviota, blanca y gorda bajo sus espesas alas negras. Tenía hambre, como lo tienen siempre las gaviotas. Fue entonces que comprendí que había

estado oliendo el agua que no se puede beber. Había sido en México, casi un año y medio antes, que la había oído por última vez. La gaviota me indicó que una vez más debíamos de estar cerca de un mar.

Habíamos visto el Océano Atlántico, el Pacífico, y, cuando pasamos por Veracruz, el Golfo de México. Me pregunté qué mar veríamos ahora. Miré hacia el oeste y sólo vi las llanuras vacías. Miré al este y vi las mismas llanuras amarillas. Me pregunté por dónde aparecería el mar.

Cuando examinaba esas llanuras, me volví para mirar los largos picos nevados de la cadena Brook. Los habíamos cruzado unos pocos días antes, pero ya parecían muy lejanos. Yo había visto una tierra parecida a ésta antes. El aire estaba quieto y la gaviota flotaba a media altura. De pronto batió las alas para vadear una ráfaga de viento. Entonces comprendí que la tierra que estábamos cruzando se parecía a la tundra ventosa de Tierra del Fuego, ese sitio donde habíamos empezado nuestra marcha cinco veranos antes.

Habíamos dado innumerables pasos cruzando innumerables montañas, llanuras, ríos y arroyos, sólo para llegar a un sitio que ya conocíamos.

Nuestros jinetes estaban inclinados otra vez sobre el suelo, recogiendo bayas y llenándose con ellas la boca. Quizás los habíamos traído tan lejos sólo para que al fin pudieran pastar.

En ese momento vi algo moviéndose en un risco cercano. Fichu y Nori levantaron la cabeza también.

Estaba cerca, así que pude olerlo. Era un olor fuerte. El mismo que había percibido a veces cuando cruzábamos Alaska, y de noche cuando nuestros jinetes estaban profundamente dormidos.

Parecía un humano, sólo que era mucho más grande

que cualquiera de los muchos humanos que yo había visto. Tampoco caminaba en dos patas como un humano, sino que usaba las cuatro, echado hacia adelante. Tenía un lindo hocico, y estaba cubierto de piel parda. Se dirigía hacia el sur. Pero antes de seguir adelante se detuvo a mirarnos.

Fue entonces cuando Vova lo notó. Se irguió y se lo señaló a Louis, que se echó hacia atrás y murmuró.

Tranquilo, Nori. No te preocupes. Ese oso parece haber estado comiendo bien últimamente. Estoy seguro de que para él es más fácil recoger bayas que correr tras un caballo. Apuesto a que él tampoco nunca ha visto antes un caballo.

Cuando la criatura se sentó, su piel se estremeció. Mantenía la cabeza alta y nos observaba con atención. Aunque yo no sabía qué era lo que estaba viendo, estaba seguro de no haber visto nada parecido antes. Y sabía que nunca lo olvidaría. Comprendí que por lejos que uno viajara, nunca terminaría de verlo todo.

Aunque sentía que estábamos cerca de nuestro destino, no había imaginado que la mañana siguiente sería el final de nuestra marcha.

El frío se había acentuado, y esa noche me desperté porque algo me hacía cosquillas en la nariz. A la luz del amanecer vi que todo alrededor se había puesto blanco por la nieve. De las narices de mis compañeros salía vapor, lo mismo que de la boca de nuestros jinetes. Antes de ponerme el bocado, Vova me echó café en la boca.

Será un poco más agradable para ti esta mañana, Sufridor.

Cuando metió el bocado entre mis labios y contra los dientes, sentía la boca cálida y dulce y extraña.

Esa mañana había humanos por todas partes. Y aun-

que era muy temprano, hasta nuestros jinetes estaban sonriendo. Había que reconocer que Alaska era un sitio muy especial.

Una vez que estuvimos ensillados, partimos entre la nieve. Un camión avanzaba despacio detrás de nosotros. Detrás del camión había un ómnibus cargado de humanos que habían observado cómo nos ensillaban.

Por momentos Nori o Fichu rompían en un trote. En general nuestros jinetes no nos dejaban trotar, pero esta mañana se limitaban a reírse y sonreír y nos dejaban ir todo lo rápido que quisiéramos.

Aunque no habíamos visto muchos autos en toda Alaska, aquí había muchísimos. No había casas, pero los tubos metálicos cubrían la llanura. Algunos de los tubos eran pequeños, otros eran grandes; algunos partían rumbo al oeste, otros al este, y otros más seguían el camino por el que íbamos nosotros.

Vova estaba muy erguido en la silla de Fichu. Le gritó a Louis.

El campo petrolífero llega hasta el horizonte. No creía que fuera así.

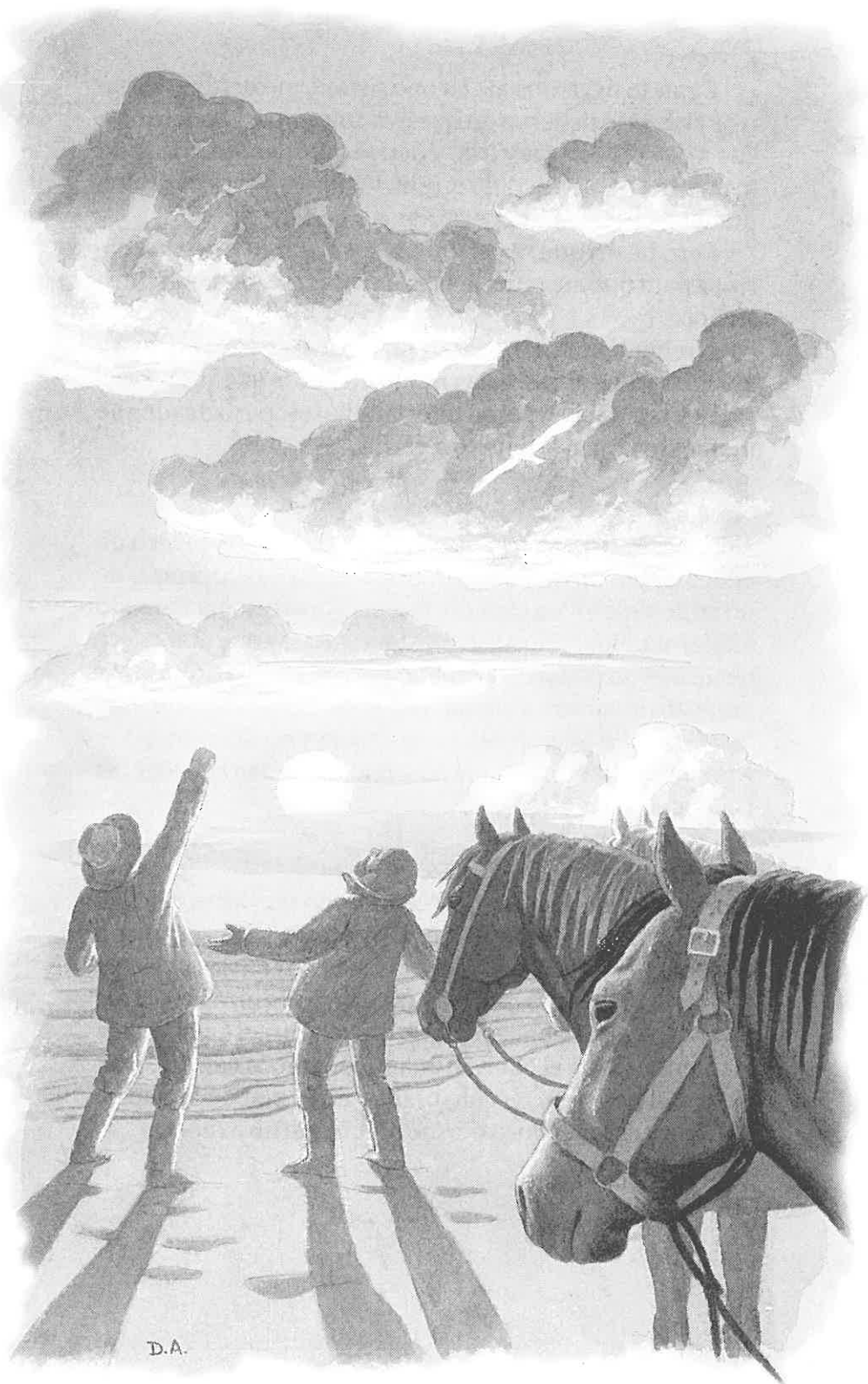
Louis miró hacia adelante.

Todavía no puedo ver el Océano Ártico. No debería estar lejos.

En ese momento el sol empezó a brillar entre las nubes y unos pocos últimos copos de nieve flotaron en la brisa, sin querer aterrizar.

Nunca habría encontrado el agua-que-no-se-puede-beber ni a mi derecha ni a mi izquierda: porque estaba adelante.

Durante todos esos años habíamos viajado siempre hacia el norte, fuera cual fuera el obstáculo que nos bloqueara el paso: siempre habíamos encontrado un modo de trepar o saltar o abrírnos paso. Nunca nos habíamos detenido.



D.A.

Cuando llegamos al Océano Artico, me detuve. Nuestros jinetes insistieron en que avanzáramos un poco más. Esa agua parecía muy fría, y pensé que, después de todo lo que nos habían pedido que hiciéramos, ahora muy bien podían querer que empezáramos a nadar.

Pero bastó que nuestros cascos tocaran esa agua barrosa para que nuestros jinetes de pronto parecieran satisfechos.

Los humanos del ómnibus nos rodearon con sonrisas y abrazos y nos sacaron las monturas y los bocados. Esas sillas y bocados me eran muy familiares, pero desde ese momento nunca he vuelto a verlos.

A veces pienso en aquel día en Alaska. Me alegro de no haber tenido que quedarme en esa tundra. Después de un largo viaje en un camión, llegamos a este lugar llamado California. Fichu, Nori y yo pastamos hasta que el sol de la tarde nos da demasiado sueño para seguir pastando. Me pregunto si volveré a ver mis potreros. Deben de estar muy lejos. Lo que he aprendido es que si uno abandona los campos verdes en los que ha nacido, pueden suceder las cosas más extrañas.

A veces me despierto y comprendo que he estado soñando con el desierto del Perú, o con el caballo gigante o con aquel oso de Alaska. Sobre todo sueño con mis potreros allá en la Argentina. A veces pienso que quizás todo fue un sueño. Pero después empieza a dolerme el lugar donde el toro me clavó el cuerno: cuando tuerzo la cabeza, puedo ver el pequeño círculo blanco en la piel de la panza. Entonces estoy seguro de que realmente fui a Alaska.